CIRCULO DEL CRIMEN

UN TRAGO DE VENENO

CHARLOTTE ARMSTRONG

ballesteros III-83

EDICIONES FORUM



Nº22

Annotation

Kenneth Gibson consideraba su vida acabada e inútil, marcada por un destino inexorable La botellita de veneno iba a ser la solución para resolver su problema y el de su esposa Rosemary. Pero ese destino que marcaba sus acciones tomó un rumbo inesperado y ya no era la vida de Kenneth la que peligraba, sino la de algún inocente perdido en la ciudad. ¿Cómo encontrarlo antes de que fuese demasiado tarde?

Un trago de veneno

Charlotte Armstrong

UN TRAGO DE VENENO

Círculo del Crimen Nº 22

1

El hombre alto encendió la luz.

—No tardaré ni un minuto —dijo.

El más bajo echó un vistazo a la habitación que era un laboratorio.

Caminó despacio para observar un aparato muy raro.

—Está aquí, en alguna parte —dijo Paul Townsend, levantando y quitando papeles de la mesa, y abriendo el cajón superior de la izquierda—. Es una carta que iba a echar. Se me ha olvidado, simplemente. Bueno, ¿dónde...? —era un hombre de aspecto formidable, un metro ochenta, y a sus treinta y siete años estaba en la flor de la vida. Mostraba un gesto inquieto en su atractivo rostro.

—No se preocupe —dijo el señor Gibson, que era más viejo, y que desde luego no tenía ninguna prisa y al que además le gustaba curiosear—. ¿Qué es todo esto?

—¡Ah!... —Paul Townsend encontró la carta—. Ya la he encontrado. ¿Eso? Eso es veneno.

—¿Qué hace usted? ¿Los colecciona? —el señor Gibson se puso a mirar una serie de botellines de base cuadrada que se alineaban pegados los unos a los otros en doble fila. Todos perfectamente etiquetados detrás de la puerta de cristal de una vitrina.

—Gran parte del material que empleamos es venenoso, al parecer —le dijo Paul Townsend—. Por eso lo mejor es tenerlo bajo llave —se acercó, agitando la carta entre los dedos. El también se puso a mirar —. Seguro, resulta toda una colección.

—Parece el especiero de un gourmet —dijo el señor Gibson, con admiración—. ¿Para qué valen?

—Para varias cosas.

—Nunca he oído hablar del noventa y nueve por ciento de ellos.

—Bueno... —dijo Paul Townsend, en tono comprensivo.

—Muerte y destrucción en pequeñas dosis —murmuró el señor Gibson. Puso el dedo índice sobre la puerta de cristal (recordó fugazmente haber sido alguna vez un niño señalando con el dedo, como ahora, el escaparate de una tienda de dulces)—. ¿Cuál me aconsejaría usted?

—¿Qué? —exclamó Townsend, moviendo sus largas pestañas.

El señor Gibson sonrió, formándosele delicadas, líneas en las comisuras de los ojos como diminutas colas de pavo real.

—Lo estoy considerando desde el punto de vista poético —dijo extravagantemente—, un par de docenas de botellas mortales. No puedo pensar de la misma forma que usted. Doy clase de literatura

poética, ¿sabe? —se rió de sí mismo con buen humor y recitó—: «Para morir en la noche, sin dolor…»

—¡Oh! —dijo Townsend, un poco estúpidamente—. Bueno, si lo que quiere decir es que cuál de ellos le dejaría fuera de combate de forma fácil y rápida, coja éste.

—¿Este? —el señor Gibson no podía entender la palabra polisílaba que mostraba la etiqueta y a la que señalaba en ese momento su anfitrión. Le parecía que debía de ser imposible de pronunciar por una lengua humana. El número de la etiqueta era el 333, que era sencillo y fácil de recordar.

—¿Qué me haría?

—Simplemente, le mataría —dijo Paul Townsend—. No huele, ni sabe a nada.

—Ni tiene color —murmuró el otro.

—No duele.

—¿Cómo lo sabe? —el señor Gibson tenía unos bonitos ojos grises que brillaban con inteligente curiosidad.

Townsend parpadeó otra vez.

—¿Saber el qué?

—¿Que no duele? ¿O que no sabe a nada? El tipo queda fuera de combate, como usted dice. No se le puede preguntar, ¿verdad?

—Bueno, yo… creo que, simplemente, no le da tiempo a sentir dolor —dijo Townsend, un poco a disgusto.

—¡Menudo sitio! —exclamó Gibson, echando una última mirada a la habitación.

Townsend tenía la mano en el interruptor.

—Espere un momento —se estremeció. Era como un ama de casa que recibe un visitante inesperado y encuentra desordenadas todas las cosas—. Veo que hay algo que debería estar guardado. Puede que no le matara, pero… ¿Quién habrá dejado esto fuera? ¿Le importaría volverse un momento, por favor?

—¿Volverme? Oh, no, en absoluto —el señor Gibson se volvió de espaldas cortésmente y se quedó mirando a un armario lleno de tubos y probetas que había en la pared de enfrente. La puerta del armario era de cristal, y resultaba un buen espejo, si uno seleccionaba con la mente sólo lo que se reflejaba en él, aislándolo de todo lo demás que veía. Por lo tanto, el señor Gibson observó vagamente a Paul Townsend tomar una pequeña lata de algo de encima de una mesa, sacar una llave de un escondite, poner la lata dentro del armario de los venenos, volver a cerrar la puerta y esconder la llave otra vez.

—Ya está —dijo Townsend—; lo siento, pero me gusta ser muy cuidadoso.

—Claro —replicó el señor Gibson suavemente. No se le iba a ocurrir contarle a sus amistades que ahora sabía muy bien dónde

estaba escondida la llave. Este Townsend era un muchacho muy simpático, con el que coincidió a la hora de comer en el mismo restaurante, fuera del recinto de la Universidad, y que se ofreció a llevar al señor Gibson a casa en su fría noche de enero. No es necesario explicar que el señor Gibson no quería molestarle. Y seguramente aquello no tendría importancia.

En lugar de esto empezó a meditar acerca de los venenos. ¿Por qué se habrán creado sustancias que el hombre no debe comer? El fuego, el agua, el aire… todas eran buenas para el hombre…, sin embargo, si se empleaban en gran cantidad, en exceso, o fuera de lugar, podían destruirle. ¿Era posible que también los venenos tuvieran cada uno su medida? ¿Eran también buenos, usados en la cantidad, sitio y tiempo adecuados? ¿Tal vez en cantidades mínimas? ¿Consistiría todo en descubrir el cómo, cuánto, dónde o cuándo?

—¿Para qué sirve el número trescientos treinta y tres? —preguntó cuando salían del edificio.

—No se sabe todavía —explicó Townsend amablemente.

—Pero no sería una mala forma de morir.

El señor Gibson no se quería morir. Se olvidó de ello y miró a la luna.

—Hace una noche divina, tranquila y libre… —murmuró.

—Una noche agradable —coincidió Townsend—. Un poco fresca. Voy a dejarle ya. Gracias por esperarme. Ahora me iré a casa.

—No olvide echar la carta —le dijo el señor Gibson con amable voz—. Hay un buzón en la esquina de mi casa.

Era el cumpleaños del señor Gibson. EL Lógicamente no lo había mencionado, cumplía cincuenta y cinco años.

Le dio las gracias y las buenas noches y subió un piso, hasta su amplia habitación, única. Encendió la luz, se quitó los zapatos, puso el tabaco a mano, escogió un libro. Era soltero.

Se estaba a gusto allí. Desde el punto de vista de un hombre era agradable. Era un pequeño remanso, y allí Kenneth Gibson se sentía satisfecho. A él le parecía que su vida había transcurrido en una serie de pequeños remansos. Nunca había respirado la tremenda turbulencia de las corrientes centrales sino que, como una hoja tranquila y dócil, había ido deslizándose por las orillas de la corriente, quedando atrapado y detenido en esta o aquella pequeña parada, luego sacada de allí, sólo para ser conducida de una a otra orilla hasta que llegó navegando a esta ribera especialmente tranquila, donde no había tormentas, solamente, de vez en cuando, unas olas más o menos apacibles.

Le gustaba su trabajo y la vida que llevaba. Tenía la sensación de que transcurría muy de prisa. Si pasaba otros diez o veinte años

viviendo tranquilamente, no se le harían muy largos. No era un hombre emprendedor, ni poseído por la ambición.

Cuatro semanas después de su cincuenta y cinco cumpleaños, el señor Gibson asistió a un funeral. Allí conoció a una mujer joven llamada Rosemary James.

Era el viejo profesor James el que había entregado su alma. Toda la Facultad acudió al funeral. Llevaba ocho años retirado y padecía una locura irascible. Pero hubo un tiempo en el que había pertenecido a la Facultad y por lo tanto debía tener un funeral bien organizado.

Y así fue anunciado.

Otros miembros del claustro también conocieron aquel día a su hija Rosemary por primera vez. Pero Kenneth Gibson la conoció más significativamente debido a que él tenía una cualidad que él estimaba como una debilidad. Tenía el don o el defecto de sufrir por los demás.

Él lo consideraba como una sensibilidad defectuosa. Pero había aprendido, durante cincuenta y cinco años, a manejarla bastante bien. Esto le había herido mucho durante la primera guerra mundial.

Como había nacido durante el primer mes del siglo, tenía por lo tanto dieciocho años en 1918. Había crecido en una pequeña ciudad de Indiana, un remanso, con un padre que tenía una ferretería y que era un hombre jovial e indiscreto, y una madre llamada Maureen (Grady) que era una mujercita con una mente imaginativa. Fue a la guerra directamente desde la escuela secundaria del pueblo, porque pensaron que era lo más apropiado que se podía hacer en aquel momento.

Era joven, de cuerpo y musculatura macizas, apuesto y pulcro, ya que Kenneth Gibson tenía desde niño el don natural de esas personas que parece que están siempre recién lavadas y peinadas. Incluso entonces sentía ya una inclinación evidente por el papel y la pluma. Pasó la guerra como oficinista, vestido con los bombachos y polainas propios del momento. Alegre, dispuesto y meticuloso, resultó ser un buen escribiente. Pero aunque llenaba el papel con tinta en unos lugares que no carecían de cierto peligro, nunca entró, de hecho, en combate. Así, cuando todo acabó, nadie podía suponer que aquel tipo estaba completamente aturdido por el horror. Nadie supo nunca cómo su alma, esencialmente delicada, estaba lacerada por los secretos de las matanzas que había tenido que soportar.

En aquellos días, nadie hubiera admitido que las heridas de su mente fueran comprensibles o importantes. Se habían experimentado demasiados horrores. El sólo había sido capaz de imaginarlos.

Sin decir nada, buscó asilo y remedio para sus males en los libros. Fue a la universidad. No se inflamó con la pasión de la juventud de la época porque era más mayor y se encontraba descolgado de sus

compañeros de clase. Además estaba ocupado, tratando de curar sus invisibles heridas a su manera.

Su padre murió el año que se graduó. Su madre quedó en una situación económica apurada. Kenneth la ayudó pero sin que ella abandonara su casa. No se la llevó con él porque sabía que aquello no sería agradable para ella. Pero cargó con el peso de mantenerla. Nunca se le ocurrió pensar, mientras trabajaba en un puesto de enseñanza pésimamente remunerado, que el enviar dinero a su madre, e incluso ayudar al mismo tiempo a su hermana menor Ethel, que estudiaba en la universidad, fuera ningún sacrificio. Simplemente, la pareció que su propia vida, como él la veía, había llegado a uno de aquellos remansos. Trabajar como escribiente en la guerra también debió parecerle lo mismo. Trabajar de maestro teniendo a su cargo las responsabilidades de la familia era sólo otro más. Tenía que seguir su línea de conducta. Debía hacerlo. No disfrutó de los días locos de la juventud.

Su madre murió en 1932, después de una costosa enfermedad, y él llevó luto por ella, pero la Depresión ya estaba presente y quienquiera que fuera el que había evitado que le expulsaran de su trabajo mientras su madre vivía, dejó de evitarlo.

Ethel, que era ocho años más joven que él, ya se había graduado naturalmente, y como ganaba dinero, le ayudó porque ella también tenía sentido de la responsabilidad y era digna de confianza. Contrajo grandes deudas mientras luchaba por conseguir algún empleo durante aquellos días difíciles.

Cuando, al final, encontró otro modesto puesto de enseñanza, llegó a aquel remanso con gratitud. Tuvo que trabajar mucho para pagar sus deudas y pasar años de escasez, pero lo hizo. Aprendió a disfrutar al ver cómo se desprendía de sus viejas necesidades, según las iba satisfaciendo. Cuando finalmente se vio libre de aquello y empezó a prosperar modestamente, el mundo estaba ya inmerso en los tensos meses que sucedieron a Munich.

Entonces ya tenía treinta y siete años y estaba soltero. Naturalmente. Nunca había tenido nada propio que ofrecerle a una mujer. Seguridad, prestigio. Cualquier cosa. Antes de que se decidiera a arriesgarse a cualquier tipo de atadura con una mujer, llegó 1941 y se fue a la guerra por segunda vez.

Naturalmente, trabajó como oficinista. Por su experiencia se sentía a gusto frente a los papeles. Pasó los años de la guerra en una oficina, en un remanso —soportándolo y realmente contento por ello— ya que su alma aún podía estremecerse. Pero nunca llegó a entender completamente cuál era la importancia de lo que estaba haciendo allí.

Solamente sabía que alguien consideraba que era su deber, y por

lo tanto lo hizo.

En 1945 salió de todo esto y se encontró con su hermana Ethel en Nueva York y se dijeron adiós. Ethel, su único pariente, tampoco había llegado a casarse. (¿Tendría esto algo que ver con su madre y su padre?) Era una mujer madura —que se las arreglaba bastante bien— de treinta y siete años. Ethel nunca fue una belleza, pero era lista y trabajadora y estaba bien establecida con un buen empleo. Ethel no le necesitaba. De hecho, le asustaba un poco en aquellos momentos, debido a su facilidad para moverse en el turbulento mundo de los negocios, su brusco valor y su perfecta independencia.

La admiraba mucho por todo ello, pero se despidió de ella con afecto y sin tristeza y se fue a California a desempeñar un puesto en el Departamento de Inglés de una pequeña facultad de artes liberales, en una pequeña ciudad que crecía y se extendía sobre un soleado valle.

Allí, durante diez años, sin ver ni una sola vez a su único pariente, enseñó literatura poética —a jugadores de fútbol, coeducandas, y toda clase de gente joven— con una especie de supremacía moral. Era evidente que Kenneth Gibson no era un bohemio infeliz con ojos salvajes e ideas rebeldes y, obviamente, tampoco era un asceta suave mirando a la burguesía desde la atalaya de su altiva nariz. Era, con bastante evidencia, un agradable y honrado hombrecillo, prudente y bajito, medía un metro cincuenta, que seguía siendo fuerte y robusto, que no aparentaba en absoluto la edad que tenía, aunque entre su pelo rubio había blancas hebras disimuladas. Era un hombre muy respetable, con bonitos ojos grises y una boca agradable que a menudo lucía un toque de humor.

Conquistó a los jóvenes por el hecho de que este hombre parecía tomarse el tema realmente en serio. Consiguió que les importara también a ellos mismos y que vieran entonces que merecía la pena.

Es decir, hacía bien su trabajo, pues lograba muy a menudo comunicarles su propia convicción de que la poesía no era necesariamente afeminada…, lo cual era un logro mayor de lo que él pensaba, dada la fama que la poesía tiene hoy en día.

Tenía sus libros, sus amistades, su soledad, su trabajo, su habitación confortable y la belleza de los árboles, la grandeza del cielo, la línea que formaban las montañas en el horizonte, y la música del pensamiento de los clásicos, para mantener su espíritu. Tenía su vida y creía que podía prever cómo acabaría. Pero entonces conoció a Rosemary James en el funeral de su padre.

2

El señor se sentó decorosamente en la lúgubre capillita y soportó la ceremonia, cruel pero necesaria, poniendo en juego un truco que había desarrollado, mediante el cual desligaba deliberadamente gran parte de su atención. Cuando terminó se dio cuenta, con un pinchazo de remordimiento, que a un lado, detrás de una cortina, en el «lugar reservado a la familia», había estado sentada sola Rosemary James durante toda la ceremonia. ¡Si lo hubiera sabido! No había tratado nunca a la muchacha —pobrecilla—, pero sabía que habría revuelto todo el mundo hasta encontrar a alguien, cualquiera, que permaneciera con ella. O se hubiera sentado allí él mismo. Odiaba los funerales, de quien fuera, y no pudo evitar imaginarse el mal rato pasado por la muchacha, y esto le enfureció.

Cuando le tomó la mano al pie de la tumba sintió la vibración de angustiada soledad. Percibió en la médula de sus huesos que estaba agotada y desesperada y que necesitaba tener esperanza. Tenía que tener algo en lo que esperar, aunque fuera insignificante. Sin eso podría morir.

Así que de pie al sol, en el triste césped, con las flores amontonadas detrás de ellos, le dijo:

—Su padre debe de tener muchos papeles. Supongo que alguno de ellos debería ser publicado.

—No sé —repuso Rosemary.

—Me pregunto —insistió el señor Gibson— si le gustaría que yo los revisara. Quién sabe, a lo mejor hay algo de valor.

—¡Oh!, supongo que puede haberlo, no sabría decirle, parecía tímida, la pobrecilla.

—Me gustaría mucho ayudarle, si puedo —dijo amablemente.

—Gracias, señor Gibson.

—Entonces puedo ir..., ¿tal vez mañana?

—Sí, por favor. Es muy amable de su parte, ¿no será mucha molestia?

—Será un placer —dijo. Eligió la palabra deliberadamente. Hablar de placer al pie de una tumba era duro e incluso chocante. Pero ella necesitaba que alguien le inculcara esa palabra en la mente.

Ella se lo agradeció una vez más, vacilante. Era una joven vergonzosa que estaba demasiado trastornada, asustada e indecisa. Desde luego no era una niña. Seguramente tendría casi treinta años. Era delgada..., de hecho daba pena ver lo delgada que estaba, temblando a causa de la tensión y de la fatiga pero resistiendo de un modo u otro. Tenía la cara blanca, unos ojos azules asustados, con

unos pequeños pliegues que se le formaban en las comisuras y que le caían tristemente. Su frente blanca estaba arrugada; tenía el pelo castaño, liso y sin vida. No llevaba la boca pintada e intentaba, conmovedoramente, sonreír y no sonreír a la vez. Bueno, ahora podía esperar algo para mañana aunque fuera tan poco.

—Ya veremos —dijo el señor Gibson, y sonrió ampliamente—. ¿Quién sabe? —añadió alegremente—. Tal vez encontremos algún tesoro.

Sus ojos se transformaron y él pudo ver que brillaban con admiración, con esperanza, y se sintió muy contento de sí mismo.

Al volver a casa estaba indignado. ¡Pobrecilla! Parecía que un vampiro le hubiera chupado la sangre. Y a lo mejor lo había hecho: el viejo arrogante cuyo cerebro le había traicionado y que vivió su última década intentando desesperadamente cazar sus propios pensamientos, que seguían escapándosele. Al señor Gibson le daba mucha pena la pobre chica. Sin dinero, sin atractivo, cansada, era una criatura torturada. Había sido un funeral horrible, no debía haber estado allí sola.

Los James vivían en el primer piso de una casa vieja cerca del campus de la universidad. En cuanto al señor Gibson entró en el vestíbulo percibió un halo de pobreza, de ruina y de oscuridad. Si aquel sitio había tenido color alguna vez, ahora estaba descolorido, formando una mancha turbia que destruía la luz. Todo, aunque estaba muy limpio, parecía manchado en cierto modo. Todo era viejo y había un desorden provocado por el hecho de no recibir nunca a nadie y no ver nunca la propia casa con nuevos ojos.

A pesar de todo se dio cuenta de que Rosemary se había arreglado el pelo, sin gracia, cuidadosamente; que se acababa de planchar el vestido y que llevaba un collar de cuentas azules. Al señor Gibson el darse cuenta de estas cosas no le hacía sonreír. Le daban ganas de llorar.

Le saludó seria y tímidamente. Le llevó, con prisa nerviosa, directamente al refugio del viejo.

—Bueno —exclamó el señor Gibson con triste asombro.

La vieja mesa de despacho estaba llena de papeles amontonados que yacían, unos junto a otros, formando ángulos extraños.

—Parece un pajar —dijo Rosemary con valiente actitud, cosa que le sorprendió.

—Desde luego —agradeció aquella frase y le hizo sonreír—. Y nuestro trabajo consiste en encontrar la aguja. Ahora venga, sentémonos aquí. Empezaremos en el centro desde arriba e iremos revolviendo hasta llegar a tocar la madera de la mesa. ¿Le parece bien?

Se sentaron. El señor Gibson empezó a inundarlo todo con su propia naturaleza de esfuerzo alegre, organizada y llena de propósitos. Al poco rato ella dejó de respirar nerviosamente y despegó los labios. Era inteligente.

Pero al cabo de un rato no había nada que pudiera salvar la situación de la tragedia a no ser un buen sentido del humor.

El viejo profesor había estado garabateando papeles durante muchas horas. Pero tenía una letra atroz y lo que era aún peor, lo que había escrito era indescifrable y parecía no tener un sentido razonable.

El señor Gibson, intentando defenderse automáticamente, se esforzó por ver el lado divertido del asunto.

—Si esto es una T mayúscula, la palabra puede ser «tanto», ¿usted qué cree? Claro que también puede poner «tonto».

—O «tacto» —dijo Rosemary, ansiosamente.

—«Tal vez» parece la palabra vencedora —dedujo él—. O pone «a la vez».

—¿Y «en vez de»?

—No sé por qué me da que aquí hay una «V», ¿y si fuera una «t» otra vez? «¿Otra vez tú, Romeo?» ¿No cree, señorita James, que puede poner incluso «Romeo»?

Era demasiado trabajo para algo que casi no tenía importancia.

—No creo —dijo ella seriamente. Después se quedó asombrada y luego le entró la risa.

Era como si el ave fénix hubiera resurgido de sus cenizas. Su risa era muy profunda y melodiosa. Los minúsculos pliegues de las comisuras de los ojos estaban hechos para reír. Esa era su función; eran graciosos. Sus ojos perdieron aquel aspecto polvoriento y se hicieron un poco sonrientes. Hasta su piel pareció adquirir un matiz de color.

—Le apuesto a que podemos leer lo que queramos —dijo el señor Gibson con entusiasmo—. ¿Ha oído hablar del monograma Bacon-Shakespeare?

Ella no había oído hablar de aquello y escuchó lo que él le contó sobre aquel descabellado asunto.

Más tarde, mientras la joven estaba todavía relajada y divertida, él dijo amablemente:

—¿Sabe qué le digo?, que creo que lo mejor es mirar lo de abajo del montón.

—¿Antes?, quiere decir —era inteligente.

—Eso creo, querida.

—El… lo intentó con mucho interés —sacó el pañuelo.

—Era un valiente por perseverar intentando algo —dijo—. Realmente lo era, y nosotros también vamos a perseverar.

—Hay montones de papeles en los cajones. Algunos están escritos

a máquina.

—¡Viva!

—Pero, señor Gibson, eso llevará mucho tiempo.

—Claro —dijo amablemente—, nunca pensé acabar con todo en una hora. ¿Y usted?

—No debe fatigarse.

—¿Está usted fatigada? —él creía que sí lo estaba.

—Creo... ¿Toma usted té?

—Si me lo ofrecen...

Ella se levantó torpemente y fue a preparar el té que le había ofrecido de una forma tan temeraria. El señor Gibson se quedó esperando contemplando seriamente la mesa y todo aquel papel desperdiciado. No creía que fueran a encontrar ningún tesoro. También sabía que de nuevo había vuelto a ser un loco y un impetuoso. Se había dejado dominar por un impulso. ¿Cuándo aprendería a no hacer aquellas cosas? Había hecho crecer la esperanza donde no había muchas posibilidades reales. Lo mejor sería que hiciera morir suavemente aquellas expectativas que había provocado. Pero mucho se temía que el asunto fuera demasiado importante para ella.

Mientras tomaban el te y comían unas delgadas galletas del supermercado..., una pequeña fiesta que ella había preparado lo más finamente que pudo..., el señor Gibson sintió que debía fisgonear un poco.

—¿Esta casa le pertenece? —le preguntó.

—¡Oh, no!, sólo tenemos alquilada esta mitad.

—¿Va a quedarse aquí?

—No puedo. Es demasiado grande. Para mí sola es muy grande.

El temió que quisiera decir demasiado cara.

—Perdone que le pregunte, ¿tiene algo de dinero? ¿Algún tipo de acciones?

—Puedo vender los muebles y el coche.

—¿El coche?

—Tiene diez años —vio que tragaba saliva—, pero tendrá algún valor.

—La renta de su padre..., ¿era vitalicia?

—Sí.

—Entonces, ¿no le queda nada? —aventuró bruscamente.

—Bueno..., los muebles... —se detuvo como insinuando que los muebles no valían nada, y se encontró con sus ojos—. Tendré que buscar un empleo, simplemente. No sé exactamente de qué tipo... —retorció las cuentas del collar—. Espero... —y se puso a mirar los papeles.

—¿Sabe escribir a máquina? —le preguntó rápidamente. Ella

sacudió la cabeza negativamente—. ¿Ha trabajado alguna vez, señorita James?

—No, yo… Papá me necesitaba. Cuando mamá murió sólo quedaba yo. Ya ve.

Le resultaba muy fácil al señor Gibson imaginarse perfectamente lo que le había pasado.

—¿Tiene a alguien que pueda aconsejarla? —le preguntó—. ¿Algún familiar?

—A nadie.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó amablemente—. Puesto que soy lo suficiente mayor como para ser su padre, espero que no tenga inconveniente en que se lo pregunte.

—Tengo treinta y dos. Y ya es tarde, ¿verdad? Pero encontraré algo que hacer.

Pensó que necesitaba un sitio para descansar, antes que nada.

—¿Tiene algún amigo? ¿Algún sitio donde pueda ir?

—Tendré que buscar un sitio para vivir —repuso evasivamente. Y él adivinó que no había tal amigo. Seguramente el viejo, extraño y difícil, había espantado a cualquiera que llegara con buenas intenciones—. El casero quiere que me vaya antes del uno de marzo. Quiere arreglar la casa. Realmente lo necesita —e hizo un gesto nervioso.

El señor Gibson maldijo al casero, silenciosamente.

—Está en un apuro, ¿verdad? —le dijo animadamente—. Déjeme que investigue a ver qué tipo de trabajo hay por ahí. ¿Puedo hacerlo?

Sus ojos volvieron a agrandarse. Su cuerpo se enderezó. Parecía cambiada.

—No quiero ser una carga…

—No va a ser ninguna carga —dijo gentilmente—. Puedo echar algún cable por ahí, ¿sabe? Tal vez mejor que pueda hacerlo usted. «Se necesita trabajo bien remunerado para persona sin experiencia en los negocios o similar.» Mire, querida, no es imposible. Al fin y al cabo, los niños nacen, y ellos no han tenido experiencia y, sin embargo, acaban por encontrar trabajo —consiguió hacerla sonreír—. Ahora vamos a encontrar algo aquí, pero es mejor que le diga esto, señorita James. No es ni fácil ni rápido encontrar un editor. Me temo que es algo muy lento. Tampoco se obtiene mucho dinero con el trabajo de tipo académico.

—Muchas gracias por ser tan amable, señor Gibson.

—No tiene por qué darlas.

No le estaba rechazando. En el decaimiento de su cuerpo podía adivinarse toda su debilidad y su fatiga. Pero no obstante estaba sentada, lo más erguida que podía e intentando parecer lo más útil posible. Estaba intentando liberarle.

Pero lo que acababa de decir no era verdad. Ojalá. No tenía por qué ser amable. El quería intentar ayudarla… y mantenerla con gotitas de esperanza. No sabía cómo podía hacerlo de otra manera.

—Le diré una cosa. Imagine que vengo otra vez…, veamos…, ¿el viernes por la tarde? Nos pondremos con el material que está escrito a máquina. Ahora ya no le molesto más. Mientras tanto buscaré algo por ahí. Y me ha gustado mucho el té —le dijo.

Ella no volvió a darle las gracias, cosa que él agradeció y salió a respirar el aire libre.

El señor Gibson estuvo preocupado durante todo el jueves porque sabía que había sido débil y no quería permitirse pensar en ello.

El viernes cuando volvió a ir (tenía que hacerlo, lo había prometido) resultó que las páginas escritas a máquinas del cajón de abajo de la mesa del profesor eran en su mayor parte correspondencia que, en lo que al profesor se refería, era cada vez más agresiva y menos coherente a medida que los conductos nerviosos de su cerebro habían empezado a chocar y a cruzarse unos con otros. El señor Gibson simuló que eran interesantes. Lo eran, pero en un sentido trágico, no como un tesoro.

No obstante, el señor Gibson extendió su tarea y siguió visitándola. ¡Ah!, pero sabía exactamente lo que estaba haciendo. Cuando pensó en ello no lo aprobó en absoluto. Era una debilidad. Se había enredado en todo aquello y cada visita iba tejiendo otro hilo más de la tela de araña. Lo sabía muy bien. Nadie sabía mejor que él que debía retirarse discretamente. Ella no era responsabilidad suya.

Podía retirarse. En estos días modernos, en los Estados Unidos de América, no aparece ningún cadáver en la calle, muerto por indigencia. Hay instituciones públicas y de caridad. Existe un auxilio social. Tampoco Rosemary le hubiera culpado si se hubiera quitado de su camino. Simplemente seguiría estándole agradecida por todo lo que había hecho por ella o intentado hacer.

Pero era incapaz de pensar con este sentido común. Ahora, ya sabía exactamente cómo hacerla reír. Ninguna organización de caridad lo hubiera sabido. Era un poco ridículo cómo este pensamiento llegó a pesar en él. Pero había llegado ya demasiado lejos en el tema de Rosemary y ella también lo sabía. Incluso la joven se lo había advertido. Ahora ya era demasiado tarde. Estaba haciendo el papel del que sujeta la zanahoria que se pone delante de la nariz del burro para que ande…, sin la cual éste se pararía, desistiría o incluso moriría.

Mientras tanto vinieron comerciantes a ver los muebles y le ofrecieron cantidades mínimas e insolentes. Los libros, desgraciadamente tenían muy poco valor en dinero. Un día un hombre le dijo que le daría cincuenta dólares por el viejo coche. Cuando

Rosemary acordó aceptarlos con el señor Gibson, ya había retirado incluso la oferta. Sus posesiones no tenían ningún valor.

Mientras tanto, también el señor Gibson había estado buscando empleo en nombre de Rosemary. Descubrió que había incluso algunos que no exigían experiencia, sólo buena salud y algo de fuerza en su lugar. Rosemary tampoco tenía esas facultades.

Por el contrario, era evidente para el señor Gibson que se encaminaba a una crisis peligrosa. El veía como arreglaba cada vez menos sus habitaciones, porque no podía hacer nada. Suponía que ella misma sólo se arreglaba a costa de un terrible esfuerzo, por un destello obstinado de orgullo natural. Por lo demás, estaba delgada debido a la inercia del agotamiento emocional y físico. Y el hacerla hablar, ir a verla y provocar un poco de alivio en su rostro tres veces a la semana realmente no era bastante.

¿Qué iba a hacer? Esto empezó a obsesionarle. Parecía que comía algo..., él no estaba seguro de cuanto. Pronto acabaría por no tener un sitio donde comer o dormir, ya que el primero de marzo se acercaba inexorablemente.

El veinticinco de febrero le anunció con decisión, que acababa de pagarle la renta hasta el mes de abril.

—Necesitaba este tiempo. Debe tenerlo. Está bien, me debe el dinero. Eso no es nada. Yo he debido dinero...

Ella se vino abajo y estuvo llorando hasta que él se asustó.

—Vamos, ratoncito —dijo—. Por favor... —sentía un nudo en la garganta.

Ella le dijo que tenía miedo de volverse loca, como le había pasado a su padre, pues estaba muy apesadumbrada con aquella postración y aquel entumecimiento. El, alarmado, insistió en llevar a su propio médico para que la viera.

El médico se burló de él. La enfermedad del viejo profesor James no era hereditaria. Esta mujer estaba destruyéndose peligrosamente. Con poco peso, mal alimentada, anémica, agotada psíquicamente. El sabía lo que necesitaba: medicinas, comidas adecuadas, y un largo descanso. Parecía creer que lo había resuelto todo.

El señor Gibson se mordió los labios.

—Dígame, señor Gibson, ¿qué lugar ocupa usted en todo esto? —le preguntó el médico, afablemente.

Aquella misma tarde uno de sus colegas, al que se encontró casualmente, le dio un codazo en los riñones y le dijo:

—¡Qué astuto eres Gibson! He oído que estás tratando de ganarte la amistad de la hija del viejo James. ¿Cuándo es la boda, eh?

3

En los idus de abril por la tarde (ya que siempre iba después de las clases, cuando todavía era de día), Rosemary estaba sentada en un viejo sillón del color del barro. El señor Gibson podía ver la capa de polvo acumulada sobre las costuras. Pensó para sí: es imposible que nadie pueda estar sano en este lugar horrible. Tenía que sacarla de allí.

Llevaba el pelo recogido hacia arriba, formándole una cola en el cogote, retenida con un lazo rojo descolorido. Aquello no le hacía parecer más infantil. Parecía trasnochada.

Ella dijo, afectadamente, como si lo hubiera aprendido de memoria:

—Me siento tan bien. La medicina me ha sentado estupendamente; estoy tranquila y es reconfortante saber, por lo menos, lo que a uno le pasa —levantó los párpados—. Señor Gibson, quiero irme..., no venga más.

—¿Por qué? —exclamó con un sobresalto.

—Porque yo no soy nada suyo. No debe molestarse por mí. Usted, ni siquiera era amigo nuestro.

El señor Gibson no la comprendió mal.

—Claro que sí, ahora soy su amigo —le reprendió amablemente.

—Sí, lo es —admitió con un seco gemido—, y el único..., pero me ha ayudado. Ya es suficiente. Dese por satisfecho, por favor.

Se levantó y se puso a caminar.

Le pareció bien. Pero estaba preocupado.

—¿Qué va a hacer el día uno de mayo?

—Si no hay otra cosa que hacer... Iré al campo.

—Ya veo, ¿está preocupada por mí?

¿No quiere que siga ayudándole?

Movió la cabeza sin hablar. Parecía como si ya hubiera gastado hasta la última gota de su energía.

—Me han dicho —murmuró en alto el señor Gibson, mirando el horrible papel de la pared— que es mejor dar que recibir, pero me parece que en este caso alguien tiene que estar dispuesto a recibir, y hacerlo agradablemente —ella parpadeó como si la hubiera pegado—. ¡Oh, ya sé que no es fácil! —le aseguró rápidamente.

Entonces él vaciló un poco, pero no por mucho tiempo.

El problema era que su imaginación había estado trabajando. Debía de saber que si se puede imaginar una cosa vivamente, se puede conseguir y probablemente así se hará. Se sentó y se inclinó hacia adelante con gravedad.

—Rosemary, imagínese que hubiera algo que pudiera hacer por mí.

—Cualquier cosa que pudiera hacer por usted —dijo ahogadamente—, me sentiré obligada a hacerlo.

—Bueno, ahora vamos a darlo por sentado. Usted me está agradecida, pero deje de repetirlo. Es un terrible aburrimiento para los dos. Y no lo paso bien viéndola llorar, ya lo sabe. No lo paso nada bien.

Apretó los párpados.

—Tengo cincuenta y cinco años —ella abrió los párpados húmedos, sorprendida—. ¿No lo parezco? Bueno, como siempre digo, he estado conservándome en la poesía. Gano siete mil al año. Quiero que conozca estas..., es..., estadísticas antes de preguntarle si quiere casarse conmigo.

Se puso ambas manos delante de los ojos.

—Escuche un minuto —continuó amablemente—. No he estado casado nunca. Nunca he tenido una mujer que arreglara la casa para mí. Tal vez me he perdido algo... Esa es una de sus habilidades, Rosemary. Usted sabe cómo llevar una casa. Lo ha estado haciendo durante años. Puede hacerlo y muy bien. Estoy seguro de que lo hará cuando esté bien otra vez. Por eso estaba pensando...

No se movió. Ni siquiera se miró las manos.

—Puede ser un buen trato para nosotros —continuó—. Somos amigos, diga lo que diga. Creo que no somos incompatibles. Hemos pasado horas agradables juntos. Podemos ser buenos compañeros. ¿No lo puede considerar como si fuera un experimento? ¿O una aventura? Digamos que no es para siempre. Imagine que lo pasamos bien juntos. Además, ya sabe, hoy en día el divorcio se acepta bastante bien. Especialmente... Rosemary, ¿es usted una mujer religiosa?

—No lo sé —repuso penosamente a través de las manos.

—Bueno, creo —continuó—, que en vez de una promesa sagrada... hacemos un trato —empezó a hablar más alto—, querida mía, no estoy enamorado de usted. No hablo de amor ni de romances. A mi edad sería un poco tonto. Nunca he esperado tener un amor romántico ni he intentado darlo. Estoy pensando en un arreglo. Intento ser franco. ¿Me quiere decir si me entiende?

—Si —dijo entrecortadamente—, entiendo lo que quiere decir, pero no es en absoluto un buen trato, señor Gibson, yo no le sirvo a nadie para nada...

—No, de momento no —coincidió alegremente con ella—. No espero que se ponga a hacer la colada el lunes próximo, ya lo sabe. Pero estoy pensando, y por favor, piénselo usted también seriamente... Aunque hay un punto que quiero tratar rápidamente. No quiero engañarle.

—¿Engañarme? —dijo con voz ronca.

—Usted sólo tiene treinta y dos años. Sea franca conmigo.

Ella dejó caer las manos.

—¿Cómo puedo decir que prefiero acogerme a la caridad pública?

—Puede decirlo si es así —le dijo sonriendo. El aire en la habitación pareció aligerarse. Todo pareció más alegre—. ¿Has tenido alguna vez una afición, Rosemary?

—¿Una afición? Sí, ya…, una o dos veces. Tuve un jardín. Durante un tiempo… intenté pintar —parecía estar aturdida.

—Entonces deja que te cuente. Estoy realmente cautivado por la idea de ponerte bien otra vez. Quiero que te recuperes, Rosemary, y que seas tú misma de nuevo. De hecho es como si hacerlo fuera un hobby para mí. Ahora bien, estoy siendo honesto. ¡Cuánto me gustaría! Realmente me gustaría. Me encantaría llevarte a un sitio agradable y brillante; alimentarte y ver cómo engordas y te pones atrayente. No me imagino nada que pudiera resultar más divertido.

Ella se puso las manos sobre la cara y empezó a mecerse.

—¿No? —preguntó él en voz baja—. Si la idea te repele, naturalmente será imposible. Pero, ¿qué vas a hacer Rosemary? ¿Qué va a ser de ti? ¿No te das cuenta de que no puedo dejar de preocuparme por ti? ¿Cómo puedes tú detenerme, si yo no puedo detenerme a mí mismo? Me gustaría que me dejaras prestarte dinero, por lo menos.

—Sé guisar, señor Gibson —repuso ella en voz baja.

—Entonces —dijo él rápidamente—. Entonces, me temo que tendrás que empezar a llamarme Kenneth.

—Sí, Kenneth, lo haré.

Se casaron el veinte de abril ante un juez de paz.

Uno de los testigos fue Paul Townsend.

Esto fue debido a que en aquellos cinco días de lucha y de nerviosismo, cuando el señor Gibson estaba tratando de encontrar una casa por todos los medios, tropezó con Paul Townsend, le confió su problema y Paul se lo resolvió.

—Oiga —su rostro hermoso y genial se iluminó—, tengo el lugar ideal para usted, será perfecto. Mi inquilino se fue hace una semana. Mañana se irán los pintores. ¡Qué coincidencia! Gibson, ya está dentro.

—¿Estoy dentro de dónde?

—En mi casa, en la parcela al lado de la mía. Es una casita ideal para unos recién casados.

—¿Está amueblada?

—Claro que está amueblada. Está un poco lejos.

—¿A qué distancia?

—A treinta minutos en autobús. ¿No conduce?

—Rosemary tiene un coche que es un cacharro; un viejo monstruo. Ni siquiera merece la pena venderlo.

—Está bien, entonces. También hay un garaje. ¿Qué le parece esto? Salón, dormitorio, baño, un gran cuarto de estudio lleno de estantes para libros, un comedorcito y una cocina. Hay una chimenea.

—¿Estantes para libros? —dijo el señor Gibson—. ¿Una chimenea?

—Y un jardín.

—¿Jardín? —exclamó el señor Gibson casi en trance.

—Soy muy aficionado a la jardinería. Venga a verlo.

La boda tuvo lugar por la tarde, a las tres, en una oficina gris, sin música de trompetas ni mucho olor a santidad. El juez era un tipo vulgar que entre dientes, tristemente. No había nadie presente más que los testigos necesarios.

El señor Gibson había pensado que sería mejor no invitar a ninguno de sus colegas a que le vieran casarse de aquella manera, con aquella mujer de cara blanca que llevaba un viejo traje azul y que casi no se tenía de pié. Sus dedos delgados temblaban de tal forma que casi no podía ponerle el anillo en el dedo.

Además, Rosemary no tenía a nadie. Y la única hermana de Gibson, Ethel, aunque fue invitada «por los viejos tiempos», no pudo venir. Escribió que suponía que sabría lo que estaba haciendo a su edad, y que se alegraba si él se sentía feliz; que intentaría ir a visitarles alguna vez, quizá durante el verano, y entonces conocería a la novia, a la cual le enviaba sus mejores deseos.

Fue una boda horrible y lúgubre. Esto hizo estremecerse el alma de Gibson, pero fue rápida y se terminó pronto. Se esforzó por considerarlo como un hecho simplemente necesario, como una píldora desagradable.

4

Vivía Paul Townsend junto con su hija de diez años y su anciana suegra, en una casa baja de estuco y grandes dimensiones en una amplia parcela. Junto al camino de entrada estaba la entrada del hotelito. Este estaba hecho de ladrillo y de madera de secoya sobre la que crecían unas parras. Los libros y los papeles del señor Gibson (aunque guardados todavía en cajas) y su cama turca ya estaban allí, en la gran sala llena de estanterías situada junto al salón, y el pesado coche que el profesor James había comprado hacía años ya estaba en el pulcro y pequeño garaje, cuando el señor Gibson trajo a su mujer a casa en un coche. Abrió la puerta principal y la acompañó al interior, sin intentar hacer lo típico en estos casos de pasarla en brazos por el umbral. La hizo sentar en su butaca azul brillante. Parecía que se iba a morir.

Pero el señor Gibson tenía sus propias ideas acerca de la curación y se entregó a ello con alma y cuerpo. Tenía una semana de vacaciones y se propuso emplearla para instalarse. Pero el hotelito había despertado en él algunos instintos que no había conocido anteriormente. También se había propuesto construir un hogar.

Por eso, durante aquella primera hora, fanfarroneó. Derramó su entusiasmo, todo hacia fuera. La hizo observar el color.

¿Le gustaba el amarillo verdoso para la tapicería? (pensaba para sí que los colores limpios y frescos colocados en aquella deliciosa habitación, serían por sí mismos productores de salud). ¿Dónde iba a poner el tocadiscos? Pensó en alto, obligándola a reconocer la grandeza de la música. Después trabajó en la cocina. No era muy mal cocinero, pero le suplicó que le aconsejara. Hizo todo lo que pudo para interesarla y tentarla.

Rosemary no pudo cenar. No estaba preparada para el futuro. Se estaba derrumbando después de haber huido del pasado. Se produciría un vacío. El temía que pudiera morir dé aquello.

Por tanto insistió en que se acostara en seguida en el dormitorio, de tonos suaves, que sería sólo para ella. Cuando supuso que se había acostado, le llevó la medicina. Tocó la paja seca de su triste pelo y le dijo:

—Ahora descansa —ella volvió la cabeza débilmente.

Pasó la noche desembalando libros inquieto... a veces se acercaba de puntillas a la puerta para escuchar.

Al día siguiente, ella se quedó todo el día en la cama, incapaz de moverse, como una muerta. Sólo sus ojos le suplicaban piedad y paciencia.

El señor Gibson tenía muchísima paciencia y se mantenía impávido. Se afanó haciendo tontos juegos de palabras cada vez que le llevaba algún bocado para comer. Montó el tocadiscos de forma que se pudiera oír por toda la casita. Creía en la fantasía, en la belleza, en el color y en la música y explotó las creencias más profundas que tenía… porque sabía que podía curarla.

La mañana del segundo día, cuando fue a retirarle la bandeja del desayuno vio que estaba tumbada sobre la almohada con la cara vuelta hacia la ventana. Entre los bordes blancos y delicados de las cortinas se veía un trozo de jardín plantado de rosas. Por primera vez desde que la conoció, tenía en el rostro un gesto de paz.

—De pequeña acostumbraba a sentarme en el suelo y jugar con la tierra —le dijo—. Hay algo atrayente en el contacto de la tierra con las manos.

—Sí que lo hay, y en la luz, y en el agua que corre, también. ¿No crees?

—Sí —replicó, estremeciéndose.

El pensó que aquel «sí» tenía un sentido muy positivo. Sin embargo, continuó tratándola con dulzura, teniendo cuidado de no importunarla ni molestarla.

El tercer día Rosemary se levantó y se puso un vestido de algodón. Comenzó a esforzarse en comer como si aquello fuera algo que le debiera. Por la tarde, él encendió el fuego (porque también hay algo de fuego) y le leyó en voz alta. Leyó algunas poesías. Le llenaba de placer pensar que iba a ser la mejor alumna que jamás hubiera tenido. Le escuchaba tan atentamente. También era algo vivo escuchar. Era como un destello de vida que él fomentaría.

Durante aquella tarde ella le dijo una vez: «¡Eres tan cuerdo!» Aquello le hizo comprender, con un sobresalto, lo que habían pesado en ella ocho años de convivencia con alguien al que no se podía tachar precisamente de cuerdo. No era de extrañar, se dijo a sí mismo, que aquello casi llegara a matarla.

Su semana libre empezó a esfumarse a gran velocidad. Ella le ayudó a desempolvar algunos libros. No podía, claro, limpiar mucho. El señor Gibson tenía que volver a trabajar el lunes, así que el viernes llegó Violette.

Consiguieron a Violette gracias a Paul Townsend. Era una mujer de la limpieza; por las tardes iba a casa de los Townsend. Pero era una mujer joven, delgada y rápida. Con el pelo negro brillante y una piel suave del color del melocotón y un aspecto de dulzura y tranquilidad extraños. Al menos había algo extranjero y no típicamente americano en su aspecto. Tal vez fuera del Cercano Oriente. No se la podía situar.

A Violette no le preocupaba que la situaran. Era fría y despegada, sombría y eficiente. Estaba claro que podría mantener limpia aquella

casita simplemente con el dorso de una de aquellas manos delgadas y fuertes de comí tostado. El señor Gibson pensó que lo haría admirablemente. Gracias a Dios, no era una de esas viejecitas parlanchinas que siempre se están quejando de tener que hacer aquellas tareas ingratas debido a las adversidades de la vida. Era fuerte y digna. Resultaría bien. Rosemary la aceptó, pero temía que saliera muy cara.

—Hasta qué estés perfectamente bien —le dijo él—. Violette es un ahorro, estoy convencido de ello.

—Al menos haces que lo parezca —repuso Rosemary con un toque de viveza e imaginación.

El iba en autobús a trabajar. No era muy buen conductor, ya que para él un coche era algo de lo que había prescindido toda su vida. Así que dejó el viejo coche en el garaje hasta que Rosemary quisiera usarlo. Ella lo comprendió, y él pasaba treinta minutos en el autobús cavilando y sonriendo ligeramente ante sus pequeños proyectos. Estaba poseído por la alegría de cuidar a alguien que está íntimamente ligada, si no es idéntica, con la profunda alegría de la creación. El nunca había conocido nada semejante. Y le absorbió por completo.

Rosemary estaba comiendo bien. Se había propuesto agradarle (y lo hizo). Cuando volvía a casa, la casita relucía gracias a los cuidados de Violette, y Rosemary le contaba cuántos huevos había tomado, cuántos vasos de leche, cuántas tostadas... Y él le decía que se iba a poner en seguida gorda como un cerdito y notaba que le escocían los ojos.

Una tarde que regresaba a casa recorriendo a pie las dos manzanas que había desde la parada del autobús, la vio sentada en el suelo, en la parte de atrás de la casa, junto a las rosas. Cambió el ritmo de su marcha y dio unos pasos por el césped para acercarse. Ella le miró y su rostro estaba manchado por haberse limpiado la nariz con las manos sucias de tierra. Estaba alisando y peinando la tierra en torno a un rosal, con los dedos.

La tierra estaba húmeda y era muy oscura. Ella le dijo que era un buen terreno para el cultivo. El señor Gibson se agachó para mirarla y al mismo tiempo para probar, pronunciar y gozar de una palabra nueva para él. ¡Qué palabra tan hermosa «cultivo»! La entendió inmediatamente.

Ella dijo que había que abonar los rosales y él aprendió a abonar. Ella le enseñó de qué forma tan delicada había podado este rosal y cómo había que dejar crecer los brotes hacia afuera. Parecía que comprendía lo que la planta necesitaba. A él le pareció que ella sentía por aquella planta, en la medida en que aún podía sentir, lo mismo que él había experimentado hacia ella. Pero no se lo dijo. Cuando la

ayudó a levantarse, le pareció que se había incorporado con más ligereza. Aquello le hizo feliz.

Un sábado por la mañana estaba él trabajando en su habitación, cuando se dio cuenta de que mientras oía a Violette andando en la cocina, echaba de menos otra presencia en la casa. Miró por la ventana y vio a Rosemary sentada en la hierba del patio, al sol, con un cepillo en la mano. Se estaba cepillando el pelo con un ritmo lento y mientras él la observaba no dejó de cepillárselo. Había algo en aquella escena que le chocó. El ritmo, el ritmo sensual, el rito que ponía en ello, era extraño... Rosemary era una mujer. Era un misterio. Un día, cuando le hubiera devuelto una vida y una salud plena, como pensaba hacerlo, no iba a saber con quién estaba viviendo en aquella casa. No conocía a Rosemary.

Paul Townsend resultó un casero ideal. Era simpático y complaciente, pero no se entrometía en su vida. Un día, sin embargo, cuando habían pasado tres semanas y ya podía decirse que los Gibson estaban instalados, Paul les invitó a cenar.

Fue su primer acontecimiento social.

Rosemary se puso el mejor vestido que tenía. Gibson la admiró en voz alta. Pero protestó un poco. En cuanto ella quisiera, le dijo, tenía que comprarse por lo menos dos vestidos nuevos..., tal vez tres. Rosemary le prometió tranquilamente que lo haría. Ella aceptaba todo lo que él le decía en aquellos días, sin aquella debilidad que tenía anteriormente y que le hacía derramar lágrimas de agradecimiento. De hecho, estaba en una buena disposición en cuanto a recibir se trataba.

Pasaron a través de la doble entrada de coches para llegar a casa de los Townsend.

Aunque no era grandiosa, sí era la casa de un hombre solvente. Paul Townsend, ingeniero químico, poseía la instalación y el laboratorio situado junto a la universidad, y si no le producía una fortuna por lo menos le permitía vivir holgadamente.

Era viudo. El señor Gibson nunca conoció a su mujer viva. Su foto estaba por toda la casa. Era un poco triste ver lo joven que era en las fotos. No parecía que su hija fuera a ser como aquella Jean de quince años cuando estaba en la universidad. Su hija era una niña agradable, con el pelo moreno y enmarañado, con unos dientes blancos y pequeños siempre dispuestos a sonreír, y que tenía unos modales exquisitos.

Después estaba su suegra, la señora Pyne, una pobre inválida que iba en una silla de ruedas.

La cena no fue de etiqueta pero sí servida agradablemente y algo envarada. Comieron con comedimiento. El señor Gibson observaba a Rosemary. ¿Estaba nerviosa? ¿Estaría cansada? ¿Estaba lo

suficientemente fuerte para esto?

La anciana, amablemente, le hizo preguntas vulgares y les contó cosas de su familia y de ella misma. Tenía un rostro agradable, bastante delgado y huesudo, y tuvo cuidado de no mencionar sus propias dolencias. La niña ocupó su lugar entre los mayores. Sirvió la cena, después quitó la mesa y luego se disculpó porque tenía que hacer los deberes. Paul fue un anfitrión considerado, lleno de buenas intenciones y de afán de trato social.

Pero había demasiados lugares comunes. El señor Gibson se empeñó en disolver la rigidez de este primer encuentro entre Rosemary y sus vecinos más próximos. Estaba decidido a que Rosemary se encontrara a gusto y le agradara moverse en un mundo de agradables encuentros. De hecho, durante algún tiempo habló mucho sobre eso. Al final, indagando y buscando intereses comunes descubrió cómo incitar a Paul hablándole de su jardín. Rosemary empezó a escuchar y a participar en la conversación. El señor Gibson estaba ansioso por aprender. Una vez, Paul les hizo un juego de palabras... para ver si el señor Gibson tenía sentido del «humus». El señor Gibson se sintió inspirado y contestó: «No, ni rastrillo», y Rosemary soltó una risita. La anciana sonrió con indulgencia y continuó escuchando mientras la velada iba creciendo en animación.

Se fueron a las diez. El señor Gibson no quería que Rosemary se cansara demasiado. Después de desearle las buenas noches y pronunciar unas amables frases de despedida, cruzaron el porche descubierto que había delante de la casa de Paul. Bajaron los cinco escalones, y cruzaron la entrada de coches, en el aire fresco de la noche. Entraron por la puerta de atrás de su casa, sorteando los cubos de basura nuevos y relucientes que eran el símbolo de una casa en funcionamiento.

Atravesaron la cocina perfecta, tremendamente iluminada y entraron en el salón, donde había una lámpara encendida. La impresión de encontrarse en su hogar inundó el corazón del señor Gibson.

—Ha sido muy divertido, ¿verdad? —dijo—. Creí que lo estabas pasando muy bien.

Rosemary se quedó allí de pie, quitándose despacio la rebeca oscura que se había echado por los hombros. Estaba fuerte y robusta.

—Nunca podía imaginarme —dijo con voz vibrante— que se pudiera pasar tan bien. Nunca, nunca me lo había imaginado.

Aquello le extrañó mucho. No supo qué contestar. Ella tiró el jersey sobre la silla, se sentó, le miró y sonrió.

—Lee para mí, Kenneth; por favor, sólo diez minutos, hasta que me tranquilice.

—Si te tomas la leche con las galletas.

—Sí, tráeme cuatro.

Así que fue a buscarle la leche y las galletas. Abrió su libro y leyó para ella.

Después se chupó una miga de galleta que tenía en un dedo y le dio las gracias con una somnolienta sonrisa.

Kenneth Gibson se fue a su habitación, que ya había adquirido el aspecto de todos los lugares donde había vivido mucho tiempo, con su moderado orden, su comodidad masculina. Se acostó un poco confundido. Estaba empezando a no comprenderla.

5

El diecinueve de mayo Rosemary se levantó antes que él para prepararle el desayuno. Llevaba un traje de algodón nuevo, «para estar por casa», dijo. Era rosa, concretamente de ese rosa primaveral. Se puso a charlar por los codos. Le gustaría echarle a ese macizo una clase nueva de fertilizante; Paul Townsend decía que hacía maravillas. ¿Le parecería mucho si gastaba 3,95 dólares en comprarlo? ¿Y querría comer cordero asado para cenar? ¿Preferiría salsa de menta o gelatina de menta con el cordero? ¿No era maravilloso el efecto que producía el sol sobre la pared de piedra? Dorado pálido sobre gris. ¿Por qué el sol por la mañana era tan frágil y luego por la tarde parecía como la miel espesa?

—¿Y las sombras? —dijo él—. Algún día deberías intentar pintar lo que ves, Rosemary.

Replicó que no era demasiado buena pintando, aunque lo intentaría...

—Por lo menos —dijo, inclinando la cabeza—, Violette debería lavar y almidonar las cortinas de la cocina. Parecerían más ligeras para hacer juego con la luz de la mañana. ¿No le parecía?

El señor Gibson estaba allí, sentado a la mesa, observándola y escuchando, y sus ojos de repente se aclararon. Vio a Rosemary, no como había sido, o como él pensaba que era, sino como estaba realmente esta mañana.

El traje ligero resaltaba una figura que aunque era delgada ya no podía ser descrita como flacucha. Tampoco estaba ya torcida y vacía como cuando, debido a su debilidad, debía adoptar esa postura. Por el contrario, estaba sentada muy tiesa y sobre su cintura estrecha se perfilaba un pecho bonito, y los huesos de sus hombros estaban cubiertos por suave carne. Luego estaba su pelo. ¡Lo tenía espeso y brillante, lleno de reflejos de color castaño! ¿De dónde había salido? Bueno. ¿Y esa cara? Esa cara no era blanca y macilenta ni le colgaba la carne arrugada. Casi era firme y tostada por el sol con un color rosa dorado, y las arrugas de la frente eran un signo de madurez (más interesante que pueda serlo una limpia frente juvenil). Los ojos azules le chispeaban al pensar en los proyectos que tenía para aquel día. Los extraños pliegues de las comisuras de sus ojos eran tan característicos, tan propios del fino humor que tenía. Todo su rostro estaba tan animado y..., no sabía cómo llamarlo, pero era tan... de Rosemary. Y aquella risa explosiva que ella siempre tenía en la garganta.

Su pecho se hundió. «Bueno. ¡Ya está bien!», pensó.

El señor Gibson lo ocultó como un secreto temporalmente

mientras sonreía y aplaudía todos sus planes, animándola..., luego le dijo adiós.

Pero se fue en el autobús con la alegría estallándole en el corazón. «Está bien otra vez. Rosemary está viva y bien.» Era como si hubiera vuelto de entre los muertos.

Durante todo el día el milagro vibró en su corazón. Volvería con ella, volvería con ella. Su corazón latía con violencia y sonaba como una campana.

Cuando regresó a casa para admirar el cordero, observar su apetito delicado y escuchar cómo había pasado la jornada, que sólo era el cimiento del día siguiente, dijo firmemente:

—Rosemary, mañana por la noche vamos a ir a celebrar algo.

—¿Nosotros? ¿Por qué?

—¿Puedes conducir quince kilómetros? ¿Podrá el coche rodar quince kilómetros?

—¡Claro que puede! —dijo alegremente—. No sé por qué no.

—Entonces vamos a salir a cenar a un restaurante que conozco. Está junto a la autopista. ¡Ah! Seguro que te va a gustar.

—Pero, ¿por qué?

—Para celebrarlo —dijo misteriosamente.

—¿Celebrar, qué, Kenneth?

—Es un secreto. Quizá te lo diga mañana.

—¿De qué diablos estás hablando?

—No importa —dijo vergonzosamente—. No quería compartir este auténtico milagro, ni siquiera con ella.

El día siguiente por la tarde (que era viernes) el viejo coche avanzó despacio por la autopista, hacia la parte oeste de la ciudad. Era viejo y estaba anticuado y andaba pesadamente haciendo un ruido sordo, como una corpulenta matrona que no obstante conserva su dignidad. Rosemary llevaba un vestido blanco, nuevo, con un ramillete de rosas en el talle, con un chal de suave lana roja echado por los hombros. Condujo como si no le costara demasiado trabajo. «Puede hacerlo», pensó el señor Gibson con orgullo, «porque está bien, y no hay duda de ello».

El señor Gibson había llegado hasta a reservar una mesa, ya que aquel pequeño restaurante era muy famoso, tanto por su exquisita comida francesa como por su ambiente, que era ligero y humeante y olía a salsas deliciosas. Tampoco era barato. Pero aquello era una celebración.

Bebieron un poco de vino. Comieron con satisfacción un delicioso plato detrás de otro, y el señor Gibson estuvo bromeando para evitar la verdadera razón de aquella salida y aquel derroche. Era estupendo poder estar juntos en la niebla de humo y con aquellos deliciosos

olores entre el suave murmullo de las conversaciones de los demás. El señor Gibson sabía que se estaba pavoneando, Rosemary también.

Como si fueran actores o máscaras y estuvieran fuera de sí mismos y, sin embargo, fueran ellos mismos pero de una forma más libre y verdadera. No podía evitar sentirse delicado y alegre como un perrito. Disfrutó la velada. Rosemary parecía sentirse adorable también. Y desde luego lo era, pensó.

A la hora de los postres tomaron una gota de coñac con el café. Después, sin previo aviso, estas dos personas que vivían en un mundo aparte cayeron en un acceso de hilaridad infantil.

Fue simplemente algo que dijo él. Un giro de una frase.

Y Rosemary la remató.

Y él lo exageró.

Y saltaron, y la cosa aumentó. Era cada vez más y más divertida. Se estaban comportando como un par de locos. El señor Gibson se reía tan fuerte que tuvo que esconderse detrás de la servilleta. De tanto reírse empezó a sentir dolor. Rosemary tenía las manos sobre el ramito de rosas que llevaba en el talle como si a ella también le doliera. Los dos se balanceaban juntos. Chocaron con la cabeza. Y aquello fue un tumulto total. Se decían cosas uno al otro, con la cara roja y los ojos húmedos.

Se reían y se desafiaban.

La gente se volvía y les miraba con cara de pocos amigos, y aquello fue lo más divertido que jamás habían visto. Y empezaron otra vez. No podía haber en el mundo nada tan divertido. Pero nunca podrían explicarle a los demás, el porqué. Qué era lo que les parecía tan divertido.

Entonces la gente empezó a sonreír por contagio, observándoles con verdadera curiosidad. Así que intentaron controlarse y apretaron la boca y bebieron brandy. Rosemary pensó en otra palabra más y la dijo, y otra vez empezaron a retorcerse de risa, echándose hacia atrás, olvidándose del mundo como si estuvieran en otro planeta.

Les costó mucho trabajo calmarse. Pero al final, de forma igualmente repentina, apareció la tristeza. Se acabó. No debían tratar de empezar otra vez. No, no hay que forzar nada. Allí sentado, con un suave regusto en la garganta. El sabor que le queda a uno en la boca después de haber estado riéndose es como un verdadero alivio.

—¿Cuándo vas a decirme lo que estamos celebrando? —preguntó Rosemary? bastante seria.

—Te lo voy a decir ahora —se bebió la última gota de coñac—. Te estamos celebrando a ti. Porque ya estás bien, otra vez.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y no contestó.

—Bueno, es tarde. Cero que debemos irnos —dijo él, tranquilamente.

—Sí —colgó el chal de lana rojo que estaba detrás de ella. Parecía que estaba temblando. El camarero separó la mesa para que pudieran levantarse. Salieron despacio, como si aún estuvieran en trance, recordando aún, suavemente, la cena y la diversión. El tomó el suave y amplio chal y lo sostuvo; ella se dio la vuelta y él la envolvió en él. Quería arroparle bien la garganta para que estuviera calentita y no se enfriara. No pudo evitar que sus manos lo hicieran con ternura.

Rosemary inclinó la cabeza y durante un momento fugaz y alocado ella oprimió la cálida piel de su mejilla descuidadamente contra la piel desnuda de su mano.

Sólo duró un momento. Pero su mundo cambió por completo.

El señor Gibson la siguió al pequeño vestíbulo y sostuvo la puerta que el dueño le ayudó a abrir (mientras les daba las buenas noches y les decía que se había extendido la niebla y que debían tener mucho cuidado). El señor Gibson le contestó mecánicamente. Estaba completamente aturdido.

Acababa de darse cuenta de que estaba enamorado de su esposa Rosemary, que era veintitrés años más joven que él, pero eso no importaba. Y qué, estaba loco por ella. Ahora se daba cuenta de lo que la gente sentía cuando decían que estaban «enamorados». ¡Enamorados... enamorados... enamorados!

Rosemary retrocedió y se apoyó en él para descansar un momento. Sus cuerpos era lo único que había en el mundo y lo único que importaba. A cubierto de todo lo demás. Al otro lado de la carretera los campos se adormecieron y ahogaron un suspiro.

—¿Prefieres que conduzca yo? —le preguntó.

—No, no —dijo ella—. Yo conozco bien el coche. Oh, Kenneth, ¿no es maravilloso?

Sintieron una vibración que él apreció. Era demasiado íntima y demasiado nueva y aún más hermosa para comentarla.

Subieron al coche. Rosemary puso en marcha el ruidoso motor, y retrocedió para salir del aparcamiento. El señor Gibson se esforzaba mirando a través de la niebla. Pero casi no sabía lo que veía. Ella conducía muy despacio y con mucho cuidado. El enorme coche viejo marchaba sin parar. El mundo era invisible por delante de ellos, y por detrás desaparecía. No estaban en ningún sitio y, sin embargo, estaban allí. Juntos, y sólo a unos quince kilómetros de casa.

El señor Gibson no pensaba con demasiada claridad en lo que había alrededor, ni en la distancia. Sólo sabía que estaba enamorado y todo, todo resultaba completamente diferente y hermoso.

Unos faros aparecieron de repente, como si acabaran de ser creados. Un coche se precipitó hacia ellos, de frente. Vio que Rosemary giraba repentinamente el volante. Eso fue lo único que vio, a excepción de un ruido brutal, un dolor intenso y luego el mundo



desapareció de sus sentidos.

6

Estaba maniatado encadenado como un perro en una perrera. No podía, aunque hubiera querido intentarlo, levantarse de la cama y huir de los artilugios que le tenían aprisionado.

—Entonces, ¿ella está bien? —preguntó—. ¿La ha visto usted, realmente? —intentó torcer la mirada y estudiar aquella cara, pero la muchacha que tenía el cuaderno se había sentado también y estaba muy baja. Se veía lo alto de la cabeza, pero los ojos no.

—Bueno, no —oyó que decía la voz—. De hecho, no la he visto. Pero he estado en la planta donde está. Intentando... ya sabe... obtener alguna información. Y está bien, señor Gibson. Palabra. Todo el mundo se lo ha dicho.

—¿Qué quiere decir con eso de que está bien? —preguntó, con irritación. Tenía una pierna levantada colgando de una forma extraña. La espalda oprimida de algún modo, los sentidos embotados. Estaba completamente sumido en el shock producido por el dolor de las heridas... Sin embargo, él mismo «estaba bien» en el lenguaje médico'. Y eso ¿qué quería decir, excepto que no estaba en peligro de muerte? ¿Y ella?

—Me han dicho que perdió el conocimiento unos minutos, y que estuvo algo agitada —dijo la voz tosca—. Pero eso es todo. Ahora, por favor, señor Gibson.

Giró la cabeza, que era lo único que podía hacer. Pero, pensó, inundado por la pena, ¿quién va a hacer sonreír a Rosemary?

—¿Le duele algo? —le preguntó la muchacha con amabilidad—. Tal vez pueda volver dentro de un rato.

—Claro que tengo dolores. Exactamente, justo aquí dentro. Estoy metido como en el capullo de un gusano de seda, hecho de niebla y de pelusa... (¿Niebla? Se le encogió el corazón. Debían de tenerle drogado. Tenía la lengua pastosa y a la vez floja)—. No siento dolor, ¿sabe?, pero sé que está ahí, alrededor de mí. Y sabe que yo lo sé. ¿Qué día es hoy? ¿Qué hora es? ¿Dónde estoy? —bromeó, con labios asustados.

—Es sábado, veinte de mayo —le dijo despacio y con paciencia—. Son las nueve y veinte de la mañana, y está en el Andrews Memorial. Fue hospitalizado anoche, y palabra, señor Gibson, lo siento, pero tengo que obtener estos datos para Información.

—Ya lo sé.

Estaba asustado, sudaba porque tenía miedo de que todos le estuvieran mintiendo. No era impensable.

Posiblemente, roto y apaleado como estaba, habían decidido,

según su criterio, conspirar contra él para evitarle sufrimientos. Abrió los ojos todo lo que pudo y se esforzó por levantar la cabeza y observar a la muchacha a través de la pelusa y de la niebla.

—Siéntese un poco más arriba, no puedo verla —le suplicó.

La muchacha se levantó pensando: vaya, tiene unos ojos bonitos. En una chica serían maravillosos. ¿Verdad que lo serían? Es como si mi hermana y yo tuviéramos el pelo lacio y los chicos hubieran sacado ondas naturales en el pelo… Bajó los ojos para que no le pillaran aquellos pensamientos.

—¿Qué le están haciendo a ella? —dijo el señor Gibson, con furia.

—¿Por qué? Supongo que la tendrán sedada. Al menos no he podido hablar con ella. Seguramente querrán tenerla algunos días en observación.

—Eso está bien —repuso, nervioso—. Sí, eso es lo que deben hacer. Mantenerla y observarla. Ya lo ve, no ha estado muy fuerte últimamente. Ha pasado una temporada muy mala, y esto puede significa un retroceso.

La muchacha suspiró y oprimió el lápiz.

—Tengo su nombre y su dirección; ahora, veamos… ¿Cuándo nació usted, señor Gibson? Por favor, sería tan amable de ayudarme a rellenar estos espacios en blanco…?

—Lo siento. El cinco de enero de mil novecientos; como verá, es muy fácil averiguar mi edad. Ni siquiera tiene que restar, ¿verdad?

La muchacha apuntó.

—Sí. ¿Casado?… ¿Cuánto tiempo lleva casado, señor Gibson? —preguntó en alto.

—Cinco semanas.

—¡Oh!, ¿de verdad? —su voz se volvió ligera e interesada. La siguiente pregunta que estaba en blanco era «¿Hijos?». Empezó a escribir «no» y se detuvo.

—¿Es ésta su primera esposa?

—La primera… y la única… ¿Quiere decirme una cosa? —luchaba por verla de cerca—. ¿Está sufriendo?

—Mire —dijo la muchacha, esta vez con voz firme—. ¿Qué puedo hacer para que me crea, señor Gibson? Palabra de honor. Nadie está tratando de engañarle. No creen ni que tenga una conmoción siquiera. Yo me hubiera enterado si ella tuviera algo malo. Créame, se lo hubiera dicho.

Ahora podía verle la cara, y ésta era amable, reluciente y ansiosa.

—Creo que lo haría —dijo débilmente—. Sí, gracias.

Estaba en una sala del hospital. No había teléfono. Estaba separado de Rosemary. Estaba más lejos de ella que si hubiera estado a mil kilómetros. Entonces dijo, con desesperada extravagancia:

—¿Puedo enviarle una postal?

—Bueno, tal vez es probable que ella pueda bajar aquí a verle... posiblemente mañana.

—¿La dejarán salir a ella antes que a mí? —preguntó en seguida el señor Gibson, alarmado.

—Bueno, creo que sí. Al fin y al cabo, usted va a tener que esperar un poco.

—No pueden permitírselo —no podía aceptar que Rosemary estuviera sola. Habrá que contratar a Violette para que se quede en casa, pero Violette es tan despegada y tan fría... Paul Townsend se portaría bien, pero no se puede quedar con ella. No había nadie, pensó, horrorizado. Sí, claro que lo había. Rosemary no tenía familia, pero él tenía a una persona. El tenía una hermana.

—¿Puede enviar un telegrama?

—Creo que podré hacerlo por usted, o, si no, la enfermera...

—Hágalo usted. A la señorita Ethel Gibson —le dio la dirección—. ¿Lo está escribiendo? Envíe esto: «No te preocupes. Accidente de coche. Estoy en el hospital. Rosemary está bien, te necesitamos. ¿Puedes venir?»

—¿Besos? —preguntó la muchacha, solícitamente.

—«Besos, Ken».

—Veinte palabras.

—No importa. Envíelo, por favor. ¿Puede hacerlo por mí? No sé dónde tendré el dinero...

—Yo lo buscaré —susurró—. Pueden cargárselo en su cuenta. Bueno, ¿qué tal se siente? ¿Está mejor? ¿Puede contestarme ahora a todas estas preguntas?

El le dio todas las contestaciones.

—Esta bien —dijo ella finalmente—. Creo que tengo toda la historia de su vida. Ahora, no se preocupe, señor Gibson. Voy a poner el telegrama sin más demora.

—Es usted muy buena.

—Gracias —sonrió. Le gustaba aquel hombre. Era atractivo. De todas formas, tampoco representaba cincuenta y cinco años, con el tipo de piel que tenía, rubio, delgado y fuerte. Cualquier mujer a su edad ya habría tenido que hacerse estirar la piel. Y sólo llevaba casado cinco semanas con su primera esposa. Pensó que era atractivo, y un poco divertido—. No se preocupe tanto por su esposa —le dijo, con afecto.

—Intentaré no hacerlo —le prometió. Pero aquello divertía a la muchacha y pensó que no iba a poner al descubierto su vida para divertimento de la gente extraña, otra vez.

Cuando se hubo ido, pensó confusamente: La historia de mi vida. No se ha enterado de nada... Entonces, toda su vida pasó por su mente

como una ráfaga y su corazón latió fuertemente debido a su desilusión y a su sentimiento de postergación.

Pero se contuvo y se armó de paciencia. El tiempo le curaría dolorosamente. El dolor no significaba nada, podía soportarse. No estaría de acuerdo con el tiempo que eso le supondría, pero podría soportarlo.

¡Si al menos Rosemary no hubiera retrocedido demasiado! Si su querida hermana Ethel, en la que podía confiar plenamente, pudiera venir a quedarse... y llevar la casa. Estaba seguro de que respondería igual que él habría respondido si hubiera recibido un telegrama semejante. Ethel podrá incluso venir en avión. Su hermana Ethel no estaba lejos de él en el tiempo como lo estaba Rosemary, recluida en un piso más arriba. Ethel vendría y se haría cargo y con el tiempo todo iría bien otra vez.

Mientras tanto, el señor Gibson vio que el hombre que había a su derecha yacía estúpidamente inerte con un tubo que le salía de forma desagradable de la nariz. El hombre que estaba a su derecha tenía la oreja sobre la almohada, bajo la cual había una especie de disco magnético que emitía un serial radiofónico. La sala del hospital estaba llena de hombres que esperaban lo mejor que podían... y la mayoría de ellos sufrían. Algunos también podían estar enamorados, según creían ellos mismos.

El señor Gibson yacía allí recordando palabras, ya que las palabras ayudaban a soportar el dolor —esa cosa tan ardua y callada — y a pasar el tiempo.

... una huella para toda la vida.
Que observa la tempestad y nunca se hunde.
Es la estrella de todas las barcas a la deriva.
Cuyo valor es
Desconocido...
Desconocido...
Desconocido...

Parecía que se había quedado dormido.

Aquel mismo día, más tarde, le llevaron un telegrama: IRÉ EN AVIÓN LO ANTES QUE PUEDA.

El señor Gibson suspiró tan profundamente que le dolió el pecho.

—Ya casi se me olvida, su esposa le envía su cariño —le dijo la enfermera, alegremente.

—¿De verdad?

—Estaba muy preocupada por saber cómo estaba usted. Deje que le ahueque la almohada. ¿Está así más cómodo?

—Estoy a gusto —dijo, afectadamente—. ¿Puede decirle que me acuerdo mucho de ella?

—Claro que puedo —exclamó la enfermera—. Lo haré por una vía misteriosa.

La gente es buena, pensó el señor Gibson, débil y satisfecho. La gente es realmente estupenda. ¡Qué enfermera tan buena! ¡Querida hermana Ethel, qué buena eres! Todo este dolor pasará.

7

—¡Qué alegría que hayas venido! —le dijo a la mañana siguiente —. Ha sido estupendo. Estoy tan contento de verte.

—No pienses en eso, querido —dijo Ethel, allí de pie con su aspecto familiar de siempre. Hacía el efecto de que descansaba su peso en ambas piernas al mismo tiempo, en vez de echar el peso en una pierna y mecerse con la otra, como hace la mayoría de la gente. Ethel era una mujer de bastante peso. Aunque no era gruesa, tenía una cintura maciza, las piernas firmes y los hombros anchos. Llevaba un traje de tweed, de corte austero, y una blusa tipo sastre, pero llevaba la cabeza, con el pelo corto y salpicado de hebras grises, al descubierto. Tenía las manos anchas y no llevaba anillo ni guantes.

—En buen estado están las cosas —dijo, con aquella voz suya vigorosa. Tenía unos ojos castaños, muy vivos, en un rostro que parecía poco acogedor. (De repente se dio cuenta de que su hermana tenía ya cuarenta y siete años. Ethel se parecía mucho a su padre)—. ¿Cómo te encuentras? —se interesó ella.

—No me lo preguntes. No te gustaría lo que te iba a decir. Quiero que vayas a ver a Rosemary...

—Ya he estado con Rosemary.

—¿Ya la has visto? —parecía extrañado.

—Son casi las diez de la mañana —dijo Ethel—. Yo he salido en avión a medianoche, y «el lechero», o como se llame ese avión, aterrizó aquí a las cinco de la mañana. He conocido a tu casero, he visto tu casa, y me he bañado allí. Y he ido a ver a Rosemary porque está en una habitación privada, mientras que en esta sala estaban haciendo un montón de cosas indecentes, o por lo menos eso decían —Ethel miró al hombre que tenía el tubo en la nariz y que no se inmutó.

El señor Gibson emitió un débil «¡Oh!», sintiéndose en cierto modo aplanado por su energía.

—Creo que he despertado a tu señor Townsend, y debo decir que se ha comportado muy amablemente. Cuando me identifiqué me dejó entrar sin decir nada.

—Paul es un buen amigo...

—Es encantador —dijo Ethel, secamente—. Es uno de esos soñadores. Y además es un viudo rico, ¿no? Vives en una casa muy bonita, Ken.

—¿Verdad que sí?

—He puesto mis cosas en una habitación que supongo será la de Rosemary—. Su inteligente mirada había entendido todo.

—Sí —dijo él, débilmente. No podía en absoluto imaginarse de repente a la sensible, enérgica y activa Ethel en su casita. Luego dijo con impaciencia, porque ella parecía un vendaval soplando una brisa que desbarataba el orden y la cuidada organización de sus pensamientos—. Dime, Ethel, ¿cómo está Rosemary?

—No tiene ni un rasguño —repuso Ethel inmediatamente—. Se siente un poco triste. ¡Lamenta tanto lo que ha pasado! Está preocupada por ti y por lo ocurrido. Tengo entendido que era ella quien conducía el coche.

—Sí, era su coche... —balbuceó.

—Pues está hecho una pena, al menos eso me ha dicho el señor Townsend. Pero no puedo entenderlo —dijo Ethel, frunciendo el ceño —. Casi siempre es el conductor el que sale peor parado. Al parecer, el otro coche le dio al vuestro justo de frente en el lado donde tú ibas sentado.

—Otro coche... —parpadeó el señor Gibson.

—Iban en él dos hombres. Ninguno de ellos resultó herido, excepto superficialmente. Al parecer, tú te llevaste la peor parte. Sólo tienes unos cuantos huesos rotos, Ken. Me parece que has tenido suerte de estar vivo para poder contarlo.

—Yo no puedo contarlo —dijo, de forma impertinente—. No puedo recordar absolutamente nada.

—Da lo mismo. Así te evitarás las entrevistas. Me temo que va a ser una especie de callejón sin salida. Nadie se va a atrever a' demandar al otro.

—¿Demandar? —se sentía desconcertado.

—Ya ves, iban conduciendo por la izquierda en medio de la niebla, por donde no debían hacerlo. Pero Rosemary giró a la izquierda, lo cual fue una equivocación. Y la Policía notó que a ambos os olía a alcohol el aliento.

—Una gota de coñac —murmuró Gibson tristemente.

—Los polis tienen una mente muy suspicaz.

—Rosemary... —el señor Gibson no continuó hablando, al darse cuenta de que lo único que quería era seguir pronunciando su nombre.

—Es una muchacha tan agradable, Ken —dijo su hermana.

—Sí —repuso él, relajándose.

Ethel le sonrió. Sus ojos tenían una mirada inteligente, amable e indulgente.

—Supongo que has estado haciendo una obra de caridad.

—Bueno...

—Ella no paraba de elogiarte. Según ella, estaba en la ruina, enferma y deprimida. Supongo que eso te conmovió.

Ethel le estaba tomando el pelo, pero el señor Gibson se puso muy serio.

—Estaba peligrosamente deprimida. Por eso es exactamente por lo que quería que vinieras...

—Ha sido repentina, ¿verdad? —Ethel levantó una ceja.

—¿El qué?

—Tu boda.

—Puede parecerlo... —dijo, muy serio, poniéndose a la defensiva.

—Ella es joven, ¿verdad? Vamos a ver. Tu tienes cincuenta y cinco años. Bueno, ella cree que eres un santo en la tierra, y a lo mejor lo eres —le sonrió cariñosamente.

—No tengo la menor intención de ser un santo en la tierra ni en ningún otro sitio —dijo, indignado, el señor Gibson.

Ethel se rio de él.

—Ken, qué bondadoso eres. Yo no tenía que haberme preocupado. Nunca te hubieras dejado engatusar por una rubia, ¿verdad? Tenía que ser una pobre chica, una descarriada o una expósita...

—Yo no diría...

—Está obsesionada por el agradecimiento —dijo Ethel, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Está consagrada a ti. Naturalmente... —volvió a recobrar su equilibrio—. Tengo entendido que estuvo cuidando a su padre durante algunos años.

—Sí, varios años. Sí que lo hizo.

—Estaba muy encariñada con él, y entonces apareciste tú, y supongo que habrá transferido...

El señor Gibson movió la cabeza inquisitivamente.

—La imagen del padre —continuó Ethel.

El bajó los ojos.

—Ella dice que tú le has salvado la vida y la mente. No me hubiera sorprendido, tampoco. Es propio de ti.

—¿*In loco parentis*? —dijo el señor Gibson, como sin darle importancia.

—Está muy claro —repuso Ethel, descuidadamente—, para cualquiera que conozca ligeramente los principios de la psicología. Bueno, que tengáis buena suerte los dos.

—Es una muchacha adorable —dijo tranquilamente el señor Gibson.

—Estoy segura de que lo es, y tú también eres un cielo. Bueno, pues aquí estoy. He conseguido un mes de vacaciones y está todo dispuesto para tomar posesión.

—Está bien —murmuró, sintiéndose muy cansado.

—Vuestra casa es linda como un juguete, Ken, pero seguramente debe de haber un largo trayecto en autobús hasta la ciudad. Prefiero viajar cuatro mil quinientos kilómetros en un avión seguro y agradable. Pero los conductores de autobús son tan brutos... Tienen

una forma tan despiadada de llevar dos toneladas de esos monstruos destructores de hombres a través de las inocentes calles… Me tienen aterrorizada.

—¿Te tienen aterrorizada a ti? —intentaba ridiculizarla y alabarla a la vez—. Venga ya, tú eres Ethel, la intrépida. ¿Cómo estás, querida?

—Un poco harta —dijo, con franqueza—. Estoy harta del Metro. De hecho, Ken, estoy pensando que me gusta mucho este clima —levantó su enérgica barbilla.

—Bueno, podemos hacer de ti una oriunda de aquí en seis semanas.

—Ya veremos. Ahora, ¿qué quieres? ¿Qué te puedo traer? ¿Qué puedo hacer por ti?

El, que sentía el corazón un poco encogido, se liberó y se relajó.

—Quédate aquí —le suplicó—. Vive en mi casa. Cuida de Rosemary. Hazlo por mí.

—Puedo hacerlo —dijo Ethel, y él sucumbió ante su fuerza—. Pobre viejo. Ya no somos jóvenes, ¿verdad?… Aunque tú eres el más inteligente de los dos.

—¿Yo?

—Vivir como tú vives. Alejado del mundanal ruido. Dejando que el mundo pase junto a ti. Creo que voy a renunciar a la lucha, y voy a adquirir inocencia.

—¿Inocencia?

—Querido Ken. Tú y tu poesía.

Aquella misma tarde, a última hora, Rosemary fue dada de alta en el hospital.

—Al fin y al cabo —dijo Ethel alegremente—, hay tan pocas camas y tanta gente que está mucho peor que ella… Y, además, yo estoy aquí para cuidar de Rosemary. Si lo hubiera sabido, le hubiera traído la ropa… Pero no importa, cogeremos un taxi.

Al señor Gibson su voz le sonó como un charloteo… un charloteo que apenas escuchaba. Tenía su atención puesta en su esposa Rosemary, en el estado de su cuerpo y de su alma.

Allí sentada, de pie a los pies de su cama, con el vestido blanco de las flores rojas. El vestido estaba sucio y arrugado. Se arropó con la estola roja. Tenía la cara demasiado pálida, en contraste con el rojo chillón de la estola.

—¿Estás segura…? —dijo. A él no le parecía que estuviera lo bastante bien como para abandonar el hospital.

—¡Lo siento tanto, tanto! —estalló Rosemary—. Oh, Kenneth, hubiera deseado haber sido yo la víctima. Hubiera hecho cualquier cosa en el mundo antes que herirte.

… Estaba temblando debido a la necesidad que sentía de

decírselo.

—¡Oh!, venga —dijo el señor Gibson, un poco alarmado—. Hemos tenido un accidente. Ahora, ratoncito... no tienes que preocuparte de nada.

«Esto le ha hecho recaer», pensó. «¡Qué lástima!»

—Mira, Ethel ha venido desde muy lejos... Tu «hermana», Rosemary —tenía que darle algo, y le dio a su hermana Ethel—. Vosotras dos lo vais a pasar muy bien —quería aparecer tan radiante y complaciente como fuera posible—. Yo sólo tengo que quedarme aquí tumbado con la pierna colgando como si fuera la colada del lunes hasta que mis huesos decidan soldarse. Pero se soldarán.

No la había adulado con una sonrisa, y Rosemary dijo:

—Giré a la izquierda, ¿sabes? Pensé...

—No tienes por qué culparte —dijo Ethel, un poco alto, y con mucha firmeza—. No existe culpabilidad.

—Claro que no —gritó el señor Gibson, aturdido—. Claro que no tienes que echarte la culpa. ¡Qué idea! Venga, Rosemary, no pienses en eso. Por favor, quítate eso de la cabeza. Sé como yo. Sabes que yo no recuerdo nada de nada. Sólo... y aquí me tienes.

—¿No? —preguntó ella afablemente. Se humedeció los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Me siento ridículo —dijo con voz quebrada— y muy humillado, créeme.

Pero era incapaz de leer detrás de aquella mirada que se advertía en la blanca cara de la joven. Temía que estuviera aún bajo los efectos del shock, que estuviera luchando aún contra el hecho del accidente, tratando de no aceptar la realidad.

—Llévatela a casa, Ethel —suplicó—. Ahora, Rosemary, quiero que hagas todo lo que Ethel te diga. Quiero que descanses.

—Sí, Kenneth, lo haré. No he tenido ninguna herida.

—Entonces, buenas noches —dijo, amablemente—. Y tú, Ethel, cuida de ella.

Pensó: Oh, sí, sé que ha resultado herida. Ha recaído. ¡Qué desastre! Y dijo en alto:

—Quiero que te encuentres bien, Rosemary.

—Sí, voy a estar bien —dijo ella, como si fuera algo que estuviera dispuesta a hacer para darle gusto.

Entonces se fue.

Ethel la condujo hasta el taxi y luego le dio conversación. Le daba lástima aquella extraña, su hermana política (y creía que sólo era eso, política). Sin embargo, ¿se habría puesto ella en una posición tan falsa? Su hermano Ken era tan soñador y tan poco realista. Todo el asunto era penoso. Ethel se dedicó a consolar a Rosemary.

—No debes alentar ese sentimiento de culpabilidad —dijo Ethel,

amablemente—. No existe ninguna culpa, ¿sabes?

—No es eso exactamente lo que siento —repuso, con voz baja, y en su boca se adivinaba la tristeza—. Lo siento tanto, no puedo verle así...

—Claro, claro —dijo Ethel, intentando calmarla—. Ya sé que ha hecho mucho por ti. Es muy propio de él.

—Kenneth... —empezó a decir su esposa con voz más decidida.

Pero Ethel la cortó.

—Es un cielo. Pero es tan vulnerable. Desde luego, hay personas que son así. La caridad les ayuda a expresar alguna deficiencia suya.

Rosemary dijo, casi sin respiración:

—Quiero mucho a tu hermano. Creo que es maravilloso. Odio...

Ethel la miró y le dio pena de ella.

—Naturalmente —dijo—, sólo podemos odiar aquello que amamos, ya sabes.

—Pero yo no le odio a él —dijo Rosemary—, yo no podría hacerlo. Me sería imposible.

—Claro que no. Ese es el problema. Probablemente no podrías. Pero eres una mujer joven todavía, Rosemary. Eso es solamente un hecho, y no es culpa tuya. Realmente, no tienes por qué sentirte culpable de eso.

—Pero...

—Ya lo entendemos —entonó Ethel—. Entendemos estas cosas. Ahora, querida, intenta descansar. No le des vueltas al accidente. Dime, ¿qué son esos increíbles montones de flores? ¿Geranios? Nunca he visto una cosa parecida. Vamos, estoy aquí para verte descansar y que te repongas. Francamente, estoy encantada. Para mí supone un cambio que estaba deseando desde hacía mucho tiempo. Ya ves, soy muy egoísta. Rosemary, todos lo somos.

—Supongo que sí.—dijo Rosemary, desanimada.

—Pronto te encontrarás fuerte y bien...

—Sí.

Ethel era la que se sentía fuerte y bien, y satisfecha, con la idea de tener el timón en la mano.

El señor Gibson yacía pensando en Rosemary. Habían mantenido una conversación casi estúpida entre ellos. Lúgubre. También algo convencional. No era como lo que habían deseado. Pero de qué otro modo podría ser allí, en aquella sala llena de gente, con los ojos descarados del hombre que tenía el tubo, y los ojos curiosos del hombre del otro lado, ambos fijos en el espectáculo que era Rosemary. Y Ethel también estaba allí.

El señor Gibson se cruzó de brazos. Entonces esperó. En un sitio público como aquél, no declararía su amor. Ni lo declararía en

absoluto hasta que no se sintiera menos inseguro de sí mismo de lo que se sentía hoy. ¿Qué sabía él del amor, de todas formas? Podía haber confundido un sentimiento paternal con otra cosa. Sabía demasiado poco de esto, soltero como había sido. (Inocente.) Y, por supuesto, además podía haber cometido también otra falta. Sea lo que fuere lo que «él sintiera», Ethel podía tener razón respecto a Rosemary. Ethel era una mujer ruda y mundana, y debía prestar atención a su opinión. A lo mejor él había interpretado un gesto suyo de amable agradecimiento de forma completamente equivocada. Naturalmente, Rosemary le estaba agradecida. Sólo de pensarlo se le encogía el corazón. La había hecho callar, pero eso podía haber contribuido a aumentar su obsesión, como Ethel lo llamaba. Bueno, tendría que librarse de eso. Asegurarse de que no estaba interfiriendo y tergiversando la situación.

El corazón le latía con un ritmo lento, como un canto fúnebre.

«Porque si la viera tan sólo un minuto.

Mi voz enmudecería inmediatamente.»

Se daba perfectamente cuenta de que se encontraba roto y de la dura realidad del hospital, de cómo le quemaba la estirada sábana sobre la piel, la luz incómoda. La escena del restaurante le parecía muy lejana en el tiempo… al otro lado de la niebla… lejos y desvaneciéndose como un sueño.

Ciertamente, lo último que haría sería preocupar a Rosemary más de lo que ya estaba. No quería preocuparla nunca. Tener un padre adoptivo… (la mente del señor Gibson evitó terminar este pensamiento; era demasiado aborrecible). Sería mejor que se tragara lo que podía ser sólo una locura suya… por lo menos de momento. Pobre chica, acusarse a sí misma porque había sido ella la que conducía… Pero Ethel era muy considerada. El conocido buen sentido común de Ethel la haría salir de aquello. El no podía. No podía estar allí.

El señor Gibson suspiró y le dolieron las costillas.

A veces se sentía, más que ridículo, digno de compasión por estar tan atrapado y amarrado como estaba. Tan quieto… justo en medio de todo lo que había emprendido. Pero tenía que resistir. Por lo menos había venido su hermana Ethel… Que Dios la bendiga.

8

Los días empezaron a tomar forma y fueron pasando. Al principio Ethel y Rosemary iban a verle juntas todas las tardes. Pronto dejó de desear que llegara la hora de las visitas. ¡Hablaban de cosas tan corrientes! Se quedaban de pie, junto a la cama, y por toda la sala había otras personas de pie y que hablaban de la misma forma. El señor Gibson se sentía como si estuviera en el zoo y vinieran los seres humanos a hacer ruido para comunicar a los animales sus buenos deseos, pero poco más. Como si los hombres que están en una sala de hospital hubieran perdido la razón, las ideas y la imaginación. Eran cuerpos que estaban curándose, y nada más. Durante la segunda y tercera semana venía a menudo Ethel sola diciendo que Rosemary estaba descansando. Ethel le daba noticias triviales y alegres. Violette era un gasto muy grande, pero la conservarían si Ken insistía. El tiempo era ideal. ¿Y Rosemary? ¡Oh!, Rosemary estaba siendo muy sensata, comía bien y se recuperaba estupendamente. El señor Gibson venció un sentimiento de celos al pensar que las dos congeniaban y que la casa marchaba demasiado bien sin él. Deseaba poder salir de allí. Pero no lo dijo. Sólo afirmó que él también iba mejorando.

Paul Townsend cayó por allí una o dos veces y le habló de alegres lugares comunes Era una vergüenza que tuviera que pasar aquello. Todos estaban bien en casa y todo marchaba perfectamente.

Solamente cuando algunos de sus compañeros profesores iban a verle y se ponían a charlar —como lo habían hecho durante tantos años de su vida—, comentando libros que recordaban, el señor Gibson disfrutaba un sentimiento de satisfacción por la visita.

Un día Rosemary vino sola. Ethel llevaba unos días diciendo cada vez más en serio que se iba a quedar con ellos definitivamente. Hoy había salido a ver qué trabajos había por ahí. Y, ante la sorpresa del señor Gibson, Rosemary se proponía salir también a buscar empleo.

—Al fin y al cabo —dijo junto a la cama, de pie, de la misma forma que Ethel—, hay un sustituto que va a terminar el curso en tu lugar, Kenneth, y luego viene el verano. No eres el hombre más rico del mundo... y no deberías hacer nada este verano, después de todos estos descalabros. A pesar del seguro, sabes que no podremos recuperar lo que nos ha costado todo esto —durante un momento pareció sentirse desamparada—. Pero no hay razón para que yo no pueda ayudar. Ahora ya estoy bien...

Estaba demasiado bien. Físicamente tenía un aspecto robusto. El no supo qué fue lo que le hizo inquietarse. Le pareció percibir en la voz de Rosemary ciertos matices de la vivacidad y el sentido práctico

de Ethel... El enfermo de la cama de la derecha, que era nuevo, estaba escuchando atentamente cada palabra que decían, y el señor Gibson tampoco podía sustraer su propia conciencia de este hecho.

—Una mujer no tiene por qué ser un parásito —dijo Rosemary—, a no ser que esté casada con un gran magnate de la industria que pueda permitirse el lujo de mantener a un parásito.

—O que le gusten —murmuró—. Algunos hombres, están muy anticuados —revisó austeramente su pensamiento—. Si crees que vas a disfrutar trabajando, estoy de acuerdo, Rosemary. ¿Cómo... cómo está el jardín?

—Está bien, supongo.

—¿Has intentado pintar la pared pequeña? —él se esforzaba por rebuscar hacia atrás algo lejano, al otro lado de la niebla.

—No —dijo ella—, no lo he hecho. Nunca podré pintar bien, Kenneth. Sólo soy una aficionada. Ethel dice, ya lo sabes, que la gente se dedica a esas cosas para evadirse de la realidad, y creo que yo no he estado al corriente de... bueno, de la realidad económica... del mundo de los negocios... en fin del mundo real.

El señor Gibson pensó para sí mismo: «Sí, ésta es Ethel. Pero esto le viene bien.»

—Creo que he estado más o menos protegida demasiado tiempo —prosiguió Rosemary.

—Bueno... —repuso, pensativo—. No sé si yo lo llamaría así.

«Una prisión es una protección, en cierto modo», pensó.

—Ahora me doy cuenta —dijo ella, enérgicamente— de que todo era como un sueño, y yo no mostré la firmeza suficiente al dejar que se desarrollaran las cosas. Si hubiera tenido más sentido... si me hubiera enfrentado con los hechos... nunca hubiera tenido que encontrarme en el estado en que estaba...

—Estabas —exclamó con admiración—. Ahora pareces un joven muy resuelta.

—Y lo soy —aquello satisfacía su orgullo—. Hay trabajos que ahora puedo desempeñar.

—Sí.

El lo sabía, trabajos para gente con buena salud. Son los primeros pasos para obtener experiencia laboral.

—Bueno, nunca he pensado conservarte envuelta en algodón... para siempre.

«Rizos, Rizos, ¿cuándo vais a ser míos?»

«No tienes que fregar platos, ni alimentar a los cerdos, sino sentarte entre cojines y coser una fina tela y alimentarte con fresas, azúcar y crema», canturreó.

Esto le hizo reír (si su risa fue un tanto artificial y un poco forzada, fue tal vez debido a que el hombre que estaba en la cama

contigua les miraba con cara de desprecio y largos bigotes.)

—¡Qué régimen tan desequilibrado! —exclamó Rosemary, intentando parecer alegre.

—Es demasiado rico en calorías, y seguramente me hará engordar —afirmó el señor Gibson, con aspecto soñoliento y estudiando encubiertamente su nueva vivacidad. ¿Sería auténtica? ¿Era así Rosemary? ¿Estaba equivocado al rechazarla?

—¿Necesitas más libros? —dijo ella, de repente—. No estaba segura...

El volvió la cabeza.

—Me cuesta mucho esfuerzo sostener un libro. A lo mejor he seguido una dieta de poesía demasiado uniforme. Cuando «la vida es real, la vida es seria — y allí voy» —su propia sonrisa le pareció un tanto artificial.

—Ethel me ha contado tantas cosas de ti —dijo su esposa—. ¡Cómo te has pasado la vida ayudando a la gente!

—Ah, bueno... —farfulló. Aquel tipo de juicio piadoso le desagradaba. Como todo el mundo, lo único que había intentado era encontrarse a gusto.

—Da igual —dijo Rosemary resueltamente—. Ethel y yo vamos a cuidar de ti, para variar.

(Al señor Gibson no le gustó aquello ni una pizca. Pero pensó que tal vez ella necesitaba desembarazarse del peso de su gratitud, y si ése era su modo de hacerlo, él tendría que aguantarlo.) Y así se lo dijo, con ojos forzadamente alegres, que imaginaba que sería maravilloso.

Cuando le dio la espalda al vecino curioso y se puso a repasar la conversación. Se dio cuenta de que la energía y la disposición de Rosemary eran para ella un esfuerzo. Se estaba esforzando por ser algo que nunca había sido. Pero quizá ahora necesitaba serlo. Bueno, si ella realmente deseaba sentirse útil para él, y ése era su modo de hacerlo, pues bien, él tendría que adquirir la gracia de aceptarlo.

Tendría que deshacerse de ese sentimiento de congoja, de esa noción absurda de que era él el que había estado recibiendo antes, y que ahora había perdido algo precioso. Si a Rosemary aquello le parecía un deber, bueno, pues lo entendería. El había creído también que lo suyo era un deber, y muy a menudo había disfrutado realizándolo. Debía olvidar ese sentimiento infundado de que había algo... algo escondido... que no marchaba bien en Rosemary. Al fin y al cabo, cavilaba con triste fantasía, si un hombre no puede vivir solamente de pan, tampoco puede una mujer sentirse satisfecha tomando solamente fresas con nata.

Intentó abandonar su vieja costumbre de hacer citas mentalmente. Había demasiados poemas de amor. Quizá todos lo

fueran…

El señor Gibson recibió una fuerte impresión un día, cuando descubrió que algunos de los huesos de la pierna que habían resultado dañados se le habían soldado de forma extraña. A menos que se sometiera a una serie de operaciones en las que le romperían aquellos huesos para colocárselos bien, lo cual resultaría muy caro (y no le garantizaban el resultado), se quedaría cojo.

Pero cuando intentó andar, cuando se dio cuenta de qué tipo de cojera le quedaría en lo sucesivo… entonces sí le importó mucho.

Finalmente volvió a casa. Ethel fue a recogerle en un taxi. Rosemary se quedó esperándole junto al fuego. Le recibió en la puerta de la casita. Todavía con las muletas, el señor Gibson se deslizó hasta el salón, ansioso de percibir el calor del hogar en su corazón.

Pero no fue así. Los colores le parecieron un tanto cursis. Era evidente que los muebles no eran adecuados. Todo lo que él recordaba tan tiernamente debía de haber sido completamente subjetivo; algunas cosas estaban ligeramente cambiadas de sitio. Las sillas colocadas en ángulos diferentes. Se sentó, con pena.

Jeanie Townsend acudió con un ramo de flores y le dio la bienvenida y todo el mundo hizo como que no se daba cuenta de que toda la casa estaba ya llena de flores. Pero la chiquilla fue bien recibida. Con su presencia y su buena educación les ayudó a pasar ese momento de tensión.

Después, su padre apareció detrás de ella, con su ropa de estar en casa; la camisa blanca sin cuello pegada a su torso hercúleo hacía resaltar el moreno de sus brazos y de su cuello. Después de venir de una sala de hospital, resultaba casi ofensivo verle tan sano y enérgico.

—¡Qué lástima! —dijo, igual que ya lo había hecho dos veces antes en el hospital— que tenga que suceder una cosa semejante. Supongo que uno nunca sabe lo que va a pasar, ¿verdad? ¡Oh!, gracias, Rosie.

Rosemary estaba sirviendo el té con manos temblorosas.

—Supongo que habrás estado bien cuidado, como yo, por un regimiento de mujeres —alargó sus grandes manos morenas para coger un plato y una taza.

—He estado muy bien atendido —dijo el señor Gibson, aceptando con su pálida mano una gruesa porción de bizcocho seco que le ofreció Ethel (ella siempre lo había considerado un bocado exquisito, pero el señor Gibson prefería, aunque no fuera muy conveniente, un baño de azúcar en el bizcocho).

—Esto me recuerda —dijo Ethel—, al hablar de cuidar a alguien… a Violette. No merece la pena el dinero que nos está costando.

—Pero si vais a ir las dos a trabajar —dijo dulcemente el señor

Gibson—, ¿queréis decirme quién se va a quedar conmigo cuidándome?

—Pero si todavía no nos vamos a ir —dijo Rosemary inmediatamente—. Hasta que tú estés perfectamente bien, no nos iremos. Estaba sentada en el borde de una silla y su actitud era como la de una criada nueva ante una situación desconocida, demasiado deseosa de encontrar su lugar y de agradar. El estaba deseando decirle: «Siéntate, Rosemary. Esta es tu casa.»

Ethel estaba diciendo:

—Incluso en ese caso, cuando nosotras nos vayamos, Ken... No me gusta la idea de dejar aquí a una extraña para que haga lo que quiera. Necesitan una persona que las vigile. Tienen pequeñas extravagancias, ya sabes. A veces desaparecen cosas de la nevera —pensando en la fragilidad humana, aquella cara áspera parecía animarse.

—Nosotros tenemos a Violette desde hace un año. Lo tiene todo tan limpio... —dijo Jeanie.

—¡Ah! —exclamó Ethel—, pero allí sólo estás tú, querida. Tu pobre abuela... En cambio, aquí no hay nada que hacer. Yo he tenido limpio mi apartamento y al mismo tiempo he trabajado durante años. Y aquí que somos dos para repartirnos las tareas... las dos mayores y capaces. Eso no cuesta trabajo.

—Rosie está bien ahora —dijo Paul.

Los ojos de Jeanie brillaron.

—Me gusta Violette.

—Es un derroche —insistió Ethel—. Prefiero hacerlo yo misma.

El señor Gibson, masticando el bizcocho, se dio cuenta angustiado que le sería incluso imposible preguntar a su hermana Ethel cuánto tiempo pensaba vivir en su casa, después de haber venido en seguida dejándolo todo por el bien de Rosemary y el suyo. Ni siquiera podía sugerirle que sería mejor que se fuera. En su lugar, sería Violette quien lo hiciera.

Así que las sillas seguirían estando en sitios que le molestaban ligeramente. El menú seguramente seguiría incluyendo bizcocho y algunos otros platos determinados. Rosemary nunca sería la señora de su propia casa, por lo menos no del todo. Ethel iba a dormir en la cama que había libre en la habitación de Rosemary.

Estaba avergonzado. Cambió el ritmo de sus pensamientos. ¡Era un miserable! ¡Y qué intolerable egoísta! (y también un loco). De treinta y dos a cincuenta y cinco van veintitrés, y por muchas matemáticas que estudiara, nunca obtendría otra respuesta mejor. El tenía su sitio, su propia cama y un lugar confortable entre sus libros.

¡Era un ingrato! Estaba allí en una hermosa casita, con dos mujeres solícitas, pendientes sólo de cuidarle, ¿por qué no se conformaba contando todas las ventajas que tenía y se daba por

vencido, para siempre?... «¿Por qué no borrarlo de su mente y olvidarse de que era un hombre destinado a amar a una mujer y a ser amado, y aceptar la situación en los términos presentes, que eran excelentes...?», se gritaba a sí mismo en su interior. ¡Era estupendo! Pasaría los días inundado de amabilidad, buena voluntad y agradecimiento mutuo.

Paul Townsend se levantó y se estiró. Parecía que no podía evitar irradiar su exceso de salud. Dijo que tenía que irse. Había dejado la hiedra a medio podar.

—Y, por cierto, Rosie —añadió, con su cálida sonrisa—, si de verdad quieres algún esqueje, va a haber un montón de ellos.

—Muchas gracias, Paul, pero creo que no voy a tener tiempo... —repuso Rosemary.

—Claro que tendrás tiempo —exclamó el señor Gibson, extrañado—. No me dejes que te estorbe...

Ella sonrió y Paul dijo que, de todos modos, conservaría unas pocas docenas en agua, y Jeanie, que había estado allí callada la mayor parte del tiempo, al levantarse para salir dijo dulcemente:

—Estoy tremendamente contenta de que esté en casa otra vez, señor Gibson.

Con el rabillo del ojo, el señor Gibson vio la expresión, que tan bien conocía, en el rostro de su hermana. Era la expresión que ponía cuando no iba a decir lo que estaba pensando. Era fugazmente perturbadora. Justamente en ese momento, el señor Gibson se dio cuenta de que había perdido el contacto.

—Se me había olvidado —dijo Paul desde la puerta—, mi madre le manda recuerdos. Diga, señor Gibson, ¿por qué no se anima y va a verla alguna vez? A ella le gustaría.

—Puede que lo haga algún día —repuso el señor Gibson, lo más amablemente que pudo.

Rosemary acompañó a los Townsend hasta la puerta.

—Han sido tan amables —dijo al volver—. ¿Quieres más té, Kenneth?

—No, gracias —el señor Gibson rebuscó en su mente algún tópico que decir—. Jeanie es una niña muy callada, ¿verdad? Es una chiquilla muy agradable.

—No creo que sea especialmente callada con las niñas de su edad —dijo Ethel—. Aunque seguramente se quedará sentada como un gato observando a un ratón...

Está muy unida a su padre. Naturalmente, de forma inconsciente; está asustada de que pueda volver a casarse.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el señor Gibson.

—Tiene que estarlo —dijo Ethel—, y, naturalmente, él se casará,

eso es inevitable. Está en la flor de la vida y es un hombre muy atractivo para las mujeres, o por lo menos eso creo. Y, además, tiene dinero. No creo que pueda evitarlo. Le pescará alguna rubia —Ethel cogió el último trozo de bizcocho—. Me imagino que sólo estará esperando a que muera la vieja. Aunque hasta que la niña empiece los estudios o ella misma tenga algún romance, puede pensar que de esa parte puede venirle algún problema.

—¿Problema? —preguntó Rosemary educadamente.

—Los consabidos e inevitables celos —dijo Ethel—. Especialmente una cría de su edad, que puede ser tan difícil para su madrastra.

—No conozco muy bien a Jeanie —murmuró Rosemary, con gran tristeza.

—Estas adolescentes no tienen ningún interés en que se las conozca —dijo Ethel—. Les gusta creer que son muy sagaces —para ella debían de ser demasiado sagaces, o por lo menos el tono de su voz lo hacía creer así.

El señor Gibson había tratado con gran cantidad de gente joven que pasaba por sus clases. Pero aquella relación, se recordó a sí mismo, no era algo arbitrario. Se daba por sentado que le respetarían, por lo menos superficialmente. Había pasado muchas sesiones de agradable charla escuchando la confusión de sus pensamientos inquisitivos. Hacían alarde de ellos ante su profesor. Sería el último en conocerlos en su dimensión social o privada.

No obstante, insistió con un tono de rebeldía:

—Se sienten sagaces.

—¿Y no nos pasa eso a todos? —dijo Ethel con una de sus inteligentes miradas—. ¿Quieres que te diga quién me da pena? La señora Pyne, pobrecilla.

—Yo creo que no la conozco lo suficiente como para sentir pena por ella o no —continuó diciendo el señor Gibson, ya que por lo menos aquella era una conversación.

—¿No es evidente? —dijo Ethel—. Ser vieja y estar enferma y tener que depender de un yerno, es un destino bastante desgraciado. Los veo sacarla todos los días al porche; sentada en su silla de ruedas y quedarse allí sentada al sol. Pobrecilla. Debe de saber, quiera admitirlo o no, que es un estorbo. Debe de saber que será un alivio para toda esa gente cuando se muera. Si alguna vez me vuelvo vieja e inútil, llevadme a un asilo. Acordaos de esto.

—Lo apuntaré —dijo el señor Gibson con cierto matiz de aspereza. Pero en su mente hacía algunas cuentas angustiosas. Dentro de veinte años, Rosemary tendrá cincuenta y dos, no será mucho mayor de lo que Ethel es ahora, y nadie puede dar la imagen de la fuerza mejor que Ethel. Pero entonces él, Kenneth Gibson, tendría setenta y cinco… será anciano, decrépito, posiblemente estaré

enfermo... posiblemente. Oh, Señor, perdónanos. Seré otro profesor James. Entonces Rosemary estará esperando a que muera.

—Me temo que voy a echarme un rato. Lo siento —afirmó con voz cansada.

Se levantaron inmediatamente para ayudarle a ir hasta su habitación, donde, en su propia cama, entre sus libros, sus antiguos libros, trató de descansar y recordar sin pena la frialdad y la conmiseración afligida del rostro de Rosemary.

Sencillamente una de sus piernas no tenía el mismo tamaño que la otra. Nunca podría ganarle aquella partida a su cuerpo. Estaba cojo. Viejo, agotado. Así estaba.

9

La vida en la casita reanudó rápidamente su curso. Algunas semanas más tarde el señor Gibson meditaba sobre este hecho. Uno debería dar coces como un novillo (si es que los novillos realmente daban coces) en el primer momento de cualquier régimen, porque el hábito rápidamente adquiere fuerza y en seguida resulta demasiado tarde.

Seguramente su hermana Ethel no había pensado dominarle. Era una persona demasiado honrada y razonable. Pero estaba acostumbrada desde hacía mucho! tiempo a ser independiente, a tomar decisiones. Creía que había estado demasiado débil físicamente (y demasiado preocupado emocionalmente) para darse cuenta de lo que estaba pasando. Naturalmente, Rosemary no parecía pensar que necesitara afirmarse en su puesto, ya que estaba tan profundamente agradecida. Agradecida a él. Agradecida a Ethel.

Sin embargo, había sucedido. Las horas que pasaban juntos eran las horas de Ethel. Comían pronto, lo cual hacía que las mañanas fueran demasiado cortas y demasiado llenas de pequeños detalles. Por las tardes se dedicaban a dormir la siesta e inmediatamente después a preparar una cena temprana. Los menús reflejaban las preferencias gastronómicas de Ethel, aunque sólo fuera porque a ella le gustaban y los Gibson eran demasiado amables y flexibles.

Compartían las veladas entre los tres. Eran largas y estaban dedicadas a la música. Las preferencias de Ethel eran severamente clásicas, y a veces había que escuchar con solemne expresión. Otras veces hablaban de música y Ethel dirigía la conversación. Ethel tenía muchas ideas y era difícil no escucharlas y estar de acuerdo con ellas. Al señor Gibson le desagradaban las discusiones.

Después, a Ethel le apetecía jugar al ajedrez. Rosemary no jugaba. Una vez el señor Gibson intentó leer en alto durante media hora. Pero cuando Ethel interrumpió la lectura con una fina y culta sentencia en la que se ridiculizaba a Browming haciéndole aparecer como un periquito entre mujeres victorianas, sin que él pudiera discutirle la veracidad de lo que decía, proyectó una semblanza tan ridícula en la mente del señor Gibson, que éste puso el libro de nuevo en el estante, excusándose ante un viejo amigo.

De hecho, ahora vivía con su hermana Ethel.

Durante los largos años que había pasado en Nueva York, Ethel había perdido la costumbre de asistir a reuniones sociales. Ethel gozaba siendo una del trío. Para ella, eso era una multitud. Tenían pocos visitantes. De vez en cuando iban por allí Paul Townsend o

Jeanie. Sus visitas no eran especialmente estimulantes. Paul se mostraba indiferente y Jeanie era toda educación.

Los viejos amigos del señor Gibson no les visitaban. Parecía que se había divorciado de la Facultad, al estar tan alejado en aquella casita y mientras todo el trabajo se hacía sin él.

Así, pues, vivía con Ethel, y Rosemary estaba allí, en la misma casa. Por ejemplo, era lógicamente su hermana Ethel, y no su mujer, relativamente nueva y extraña, la que se ocupaba de hacer de enfermera para el señor Gibson, porque, naturalmente, ella estaba más preparada para enfrentarse con ciertos aspectos físicos indecentes.

El señor Gibson había empezado a pensar que estaba metido en una trampa, suave pero sin escapatoria posible. Era incapaz de luchar por salir de allí. No sabía si debería intentarlo. Rosemary cedía ante Ethel en todas las cosas. Parecía" como si no quisiera quedarse sola con él. A veces pensaba si había algo desconocido en Rosemary. Oh, estaba bien y estaba entretenida, agradable y dispuesta... pero parecía que él y ella estaban encerrados, lejos uno de otro, sin poder comunicarse, y él encubría las dudas que le asaltaban ocultándose tras la armadura de una perfecta cortesía.

Una mañana el señor Gibson estaba sentado en el soleado salón, que era donde le gustaba estar. No solía sentarse fuera, donde únicamente podía ver a la señora Pyne en su silla de ruedas, en el porche de los Townsend. Había descubierto que no disfrutaba con eso. Tal vez la luz era demasiado cruel, y caía con excesiva intensidad desde el cielo. Tal vez él se había acostumbrado a un efecto más enclaustrado, y estando físicamente débil, lo prefería. De todos modos, aquella mañana estaba sentado dentro y pensaba para sí mismo que nunca había conocido nada tan penoso, nada tan enloquecedor, como aquella atmósfera que se respiraba entre unos adultos que se soportaban mutuamente en una armonía perfecta y sin sentido.

Mientras, imaginaba modos y maneras de rebelarse, sólo con la mitad de un corazón que le dolía sordamente pero sin tregua. Violette estaba limpiando el polvo. (Tanto Rosemary como Ethel le habían preguntado si le importaba, y él, naturalmente, había dicho que no.)

La observaba moverse con rápida coordinación sintiendo un ligero y vago placer. Violette no tenía precisamente aspecto de tener excesiva buena voluntad. Ella hacía su trabajo a su manera fría y silenciosa, sin tener en cuenta si a él le importaba. A él casi le aliviaba. Estaba quitando los adornos del estante de la chimenea cuando pareció darse cuenta, de repente, de algo que había a Sus espaldas. Volvió la cabeza y con aquel brusco movimiento el trapo que tenía en la mano golpeó ligeramente un florerito azul y lo tiró al suelo. Se hizo mil pedazos.

—¡Oh, querida! —exclamó Ethel, que había llegado sin hacer ruido—. Pertenecía al señor Townsend.

—Podemos encontrar otro —dijo el señor Gibson automáticamente.

Violette se agachó y empezó a recoger los trozos. El observó cómo doblaba las piernas con facilidad y contempló su espalda recta y firme.

—¡Con el azul tan bonito que tenía! ¿No lo comenté ayer mismo? —insistió Ethel.

—No lo he hecho a propósito —dijo de repente Violette con un asombroso estallido de ira.

—Claro que no quería hacerlo —afirmó Ethel dulcemente—. No ha podido evitarlo.

El señor Gibson, que estaba observando el rostro de Violette, empezó a parpadear. ¿Por qué se había enfadado tanto?

Rosemary entró, atraída desde su habitación por el ruido.

—¡Oh!, qué pena... supongo que no valdría mucho, ¿verdad?

—No, no. Los he visto en el almacén de oportunidades. No es caro —afirmó Ethel.

—Por favor, no se preocupe por esto, Violette —dijo en seguida Rosemary—. Espero que no se haya cortado.

—No, señora —repuso Violette, levantándose. Miró a Ethel descaradamente durante un segundo—, Lo pagaré —añadió desdeñosamente. Atravesó la habitación con los trozos en la mano y se metió en la cocina.

—No podemos permitir que lo pague, puesto que sólo ha sido un accidente —dijo el señor Gibson.

Ethel sonreía con su expresión peculiar.

—Parece que ella sabe que no ha sido un simple accidente —dijo en un susurro—. ¡Qué extraño!

—¿Qué quieres decir con eso de que no ha sido un accidente? —exclamó el señor Gibson, sorprendido.

—Naturalmente, lo ha hecho porque me odia.

—¡Ethel!

—Es cierto, ya lo sabes. Yo había ponderado ayer mismo el color de ese jarrón delante de ella. Me odia porque la vigilo, que es más de lo que al parecer hacéis vosotros.

—Pero... ¿qué necesidad...?

—¿Qué necesidad? ¡Oh, Dios mío! —suspiró Ethel, sentándose—. Creo que un criado podría robaros a ciegas y ninguno de los dos lo descubriría nunca.

El señor Gibson se sentía como un niño perdido. Semejante pensamiento no se le había ocurrido nunca.

—No creo que fuera a robarnos —dijo Rosemary en voz baja e indecisa—. ¿Y tú, Kenneth?

—Claro que no —explotó.

—Claro que no —repitió Ethel en tono de burla—. Nada de que no haría nada de eso. Estos extranjeros no tiene el mismo concepto de la honradez que nosotros. Ella no lo llamaría robar, pero tú si lo harías, y yo también.

—¿Qué ha robado? —dijo Rosemary, poniéndose un poco colorada.

—Se lleva comida —afirmó Ethel, con cierto misterio.

—Todos los extranjeros se llevan comida. No lo consideran como algo mal hecho.

—Come a escondidas —dijo Rosemary—. Eso es cierto.

Ellas estaban discutiendo. El señor Gibson contuvo el aliento, culpable y sorprendido.

—Es un poco mentirosa —siguió diciendo Ethel, arrastrando las palabras—. ¿Nunca tomáis precauciones, queridos confiados? ¿No creéis que existe el robo en sí? Me da miedo pensar lo que sería de vosotros si estuvierais en un sitio menos bucólico. Aunque no lo creáis, existe la maldad por el mundo

—Realmente —dijo el señor Gibson, muy enfadado—. No veo que haya más razón para creer que Violette nos roba que para creer que rompió ese jarrón a propósito. Yo estaba exactamente aquí, Ethel, y vi lo que pasó.

—Crees que lo viste —afirmó Ethel, como si hablara con un niño pequeño.

El se sintió desconcertado.

—Es la primera cosa que ha roto —empezó a decir Rosemary—. Ha sido muy cuidadosa…

—Ahí está la cosa —dijo Ethel, satisfecha—. Naturalmente que es lo primero que rompe. ¿No os dais cuenta de que quiere molestarme, y que ha estado intentando hacerlo desde el momento que llegué? Por eso ha roto algo que me gustaba. No la estoy acusando. Simplemente lo comprendo.

Al señor Gibson le pareció que había algo que estaba desapareciendo de su visión periférica.

—¡Por Dios bendito, Ethel! —gritó—. ¡Cualquiera puede tener un accidente!

—No existen los accidentes —dijo Ethel tranquilamente—. Francamente, Kenneth, en algunas cosas eres un ignorante. Subconscientemente quería molestarme. Le gusta estar completamente sola, como vosotros la dejabais. Pero, claro, yo no soy tan fácil de engañar.

—¿Qué demonios estás diciendo? —dijo el señor Gibson, hecho un lío—. Claro que existen cosas como los accidentes. Ella se volvió a mirar porque tú la asustaste… y entonces, con la mano…

—¡Oh, no! —insistió Ethel.

—Espera un momento —el señor Gibson se volvió para ver la expresión que tenía el rostro de Rosemary, pero ésta ya no estaba en la habitación. Se había ido. Era desconcertante.

El señor Gibson se dio la vuelta y dijo severamente:

—No estoy de acuerdo con tus sospechas, Ethel.

—¿Sospechas? ¿O precauciones normales? El hecho es, querido, que no podemos vivir todos en un mundo romántico, poético y totalmente amable. Algunos tenemos que enfrentarnos con las cosas tal como son —sus claros ojos miraban francamente y con honestidad, y él temía que tuvieran razón—. Enfréntate con la realidad.

—¿Qué realidad? —preguntó bruscamente.

—Los hechos —dijo Ethel—. La malicia, el resentimiento, el egoísmo. Las necesidades del ego. Todas las fuerzas reales por las que la gente se mueve. La mente consciente, querido mío, sólo es la punta del iceberg. Tú crees muy fácilmente en la hermosa superficie...

—¡Claro!

—Sí, tú —dijo Ethel amablemente—. Tú no sabes nada de lo que pasa, Ken. Estás en las nubes. Siempre lo has estado. Naturalmente, te quiero por eso... Pero por cada santo que tiene la cabeza en las nubes supongo que tiene que haber alguien que acepte la maldad de las cosas como son realmente.

—No veo el motivo, —dijo el señor Gibson con los labios apretados— para desconfiar de Violette.

—Tú no ves razón ninguna para desconfiar de nadie —dijo Ethel con indulgencia— hasta que el hecho se presentara inesperadamente y te golpea tu preciosa y delicada nariz. Siempre has esquivado las verdades desagradables de este mundo, hermano querido. Debes ser más enérgico.

El se quedó mirándola.

—¡Oh! —lo siento—, dijo ella, y verdaderamente parecía sentirlo —. No debería decir estas cosas...

—¿Por qué no? —gritó él—. Si crees en ellas...

Pero Ethel evadió la contestación.

—Te pareces mucho a mamá, ¿sabes? Creo que deberías haber sido una mujer, Ken, y yo debía haber nacido hombre.

—¿Qué quieres decir?

—No debes prestarme atención. Tu mundo de poesía y de bondad quijotesca, de fe y de todo lo demás es un lugar muy agradable...

—¿Y tu mundo? —preguntó él, estimulado por la ira—. Supongo que le llamarás a eso el mundo real.

Ethel respondió a su ira:

—¿El mío? —le miró a los ojos—. Resulta que está lleno de cuchilladas por la espalda y de todo tipo de indignidades humanas. No

se puede evitar. Los hombres son animales. Te guste o no te guste.

—¿Y tú dices —retrocedió, buscando algún argumento sólido con que desafiarla— que Violette rompió el jarrón azul deliberadamente?

—Claro, no es que lo planeara conscientemente —dijo Ethel—. No lo has entendido, sino que lo hizo para molestarme, que es lo mismo.

—No lo creo —dijo el señor Gibson.

—Pues no te lo creas. Sigue siendo tan dulce como siempre... Esto es una canción, ¿no? —le sonrió y él se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo como para disculparse—. Eres como un corderito, Ken, y todo el mundo te quiere. No puedo evitar el hecho de que yo no sea ningún corderito, ya lo sabes. Bueno, no te habré molestado, ¿verdad?

El pensó que estaba más molesto de lo que había estado nunca en toda su vida. Apenas podía saber por qué, pero tenía miedo por Rosemary. Así que se levantó, tomó su bastón y se fue cojeando hasta la cocina.

Violette estaba fregando el mostrador con energía. Rosemary estaba allí también, mirando por la ventana. El pensó que parecía solitaria.

—Por favor, Violette —dijo—, quiero que sepa que yo pagaré el jarrón. Usted no tuvo la culpa.

Violette se encogió de hombros y no dijo nada.

—Violette dice que tiene que dejarnos, Kenneth. Se va fuera con su marido la semana próxima —dijo Rosemary con tono cortante.

—Sí, nos vamos a las montañas —dijo Violette—. El está buscando un trabajo nuevo para los dos. Si lo conseguimos nos quedamos allí.

—En un rancho —dijo Rosemary—. ¡Qué agradable debe ser! —su voz sonaba desesperadamente alegre—. Pero vamos a echarla de menos, Violette.

Violette no respondió. No le importaba que la echaran de menos. Ni siquiera estaba ya enfadada con Ethel, por lo que podía ver el señor Gibson.

—¿Deberíamos intentar buscar a otra persona? —le preguntó Rosemary con preocupación.

—No. No, yo ya estoy bien. Ethel y yo podremos arreglárnoslas —él no pudo leer nada en sus ojos.

—Sí, pero si un día Ethel se va a vivir por su cuenta, entonces...

—¡Oh!, no debe hacer eso —gritó Rosemary—. Sería una vergüenza. Es tu única hermana, y ha sido tan buena viniendo... —él no vio cómo ponía las manos en la madera redonda de la silla de la cocina. Tenía los nudillos blanquiazules—. Una persona tan agradable,

tan inteligente y tan buena.

El señor Gibson estaba asustado. Había algo que no marchaba bien en Rosemary. Parecía extraña y lejana, pero cómo podía él adivinar lo que le estaba pasando, si parecía que ella se cerraba ante él… cuando le miraba con aquellos ojos tan… ¿podría ser?… asustados. Tenía que reconocer que Ethel tenía razón. Debían de estar pasando muchas cosas que él no sabía. Se sintió perdido. ¿A qué ansiedad o presión estaría sometida para que tuviera aquella mirada?

—Sí —expresó, ausente—. Naturalmente.

Mientras tanto, Violette estaba fregando enérgicamente en la habitación pequeña. Ethel entró y dijo gentilmente:

—¿Comemos, queridos? Empezaremos por la verdura.

Fuera, en el patio, Paul Townsend estaba trabajando junto al pequeño muro de piedra. Estaba de vacaciones. Jeanie andaba por allí cerca; la señora Pyne estaba sentada en el porche. No había intimidad alguna.

10

El señor Gibson se retiró a la intimidad de su propio cerebro a hacer planes.

Aquella misteriosa pena de Rosemary era intolerable. Por lo tanto lo primero que tenía que hacer era descubrir qué era lo que la preocupaba. Después, procuraría que lo que le preocupaba dejara de hacerlo. Se sintió mucho mejor cuando vio que era el camino que debía seguir, clara e imperiosamente.

Había decidido, sin embargo, que no obtendría esta información de Ethel, aunque, curiosamente, estaba casi seguro de que Ethel sabía lo que pasaba, pues reconocía que era inteligente y estaba mucho más alerta que él. Pero no. Descubriría lo que le pasaba a Rosemary de la forma más sencilla. Se lo preguntaría a ella, pero lo haría en privado.

Muy bien, pues. Esa misma noche iba a luchar por romper la rutina diaria. Cuando Ethel dijera que era la hora de acostarse, como lo hacía tan a menudo (al llegar la noche, y no tener compañía, estando el mundo tranquilo), no le permitiría que le «arropara», costumbre que ella conservaba, aunque él ya no necesitaba a nadie que le ayudara a acostarse. Le diría a Ethel que se fuera a la cama, pero le pediría a Rosemary que se quedara. Le diría a Ethel: «Ethel, quiero hablar con Rosemary a solas, ¿te importa?»

Ella no podría decir que sí le importaba. ¿Por qué iba a importarle? Sería tan sencillo... Mientras se estaba diciendo esas cosas a sí mismo, el señor Gibson estaba Imaginando la escena. Vio a Ethel sonreír... con aquella expresión suya inteligente, indulgente y bastante divertida, que esbozaría al tiempo que asentiría y diría «Claro que no me importa», y él sabía que no sería capaz de llegar a esa situación.

Pondría la misma expresión que aquella muchacha había puesto en el hospital. ¿Por qué resultaba tan gracioso e incluso un poco divertido que quisiera tanto a su mujer? Vamos, era ridículo ser así de sensible. Bueno, entonces actuaría. Y cuando estuvieran solos, ¿cómo podría acercarse a Rosemary y recobrar su confianza?

Volvió cojeando al cuarto de estar después de la comida, ocupado en darle vueltas en la cabeza a las palabras que podría decir; lo amable que debería mostrarse, pero sin dejar de ser insistente. Era la hora de su siesta, pero hoy no se iría inmediatamente a su estudio-dormitorio a cerrar ventanas y echarse tranquilamente en la cama el tiempo de costumbre. Hoy se quedaría de pie mirando por la ventana que daba al levante, a través de la entrada de coches. Mirando, pero sin ver, el torso desnudo de Paul Townsend, inclinado y moviéndose al borde del jardín trasero haciendo alguna actividad de jardinería, a la

que dedicaba apasionadamente sus días de vacaciones.

Podía oír las voces de las mujeres en la cocina, pero no les prestaba atención. Sabía que Violette estaba planchando y que Rosemary y Ethel estaban fregando los platos, como de costumbre.

Se quedó allí en la niebla de la rutina, tramando cómo podría romperla, cuando oyó la voz de Rosemary elevarse de repente con pasión y rebeldía. Sólo oyó la emoción que ponía en sus palabras, no el sentido de lo que estaba diciendo.

Entonces la puerta de la cocina se abrió de repente. Vio a Paul Townsend enderezarse y levantar la cabeza. Vio a Rosemary salir tropezando, despacio y distraída, a la parte del escenario que él podía ver.

Vio a Paul dejar caer su escardador de largo mango e ir rápidamente hacia ella.

Vio que Rosemary lloraba desesperadamente.

Vio a Paul alzar los brazos.

La vio a ella lanzándose, como si fuera imposible evitarlo, en su abrazo.

El señor Gibson volvió la cabeza y se fue. No podía ver nada. El cuarto de estar estaba oscuro, oscuro como la noche para sus ojos que venían de la luz. Debió de hacer algún ruido, pues oyó que Ethel decía «¿Qué ocurre?». Supo que ella estaba allí, en la habitación, y supo también que se había acercado a mirar brevemente por la ventana detrás de él, antes de sentir que le ponía su enérgica mano en el codo.

Le condujo hasta su propia habitación... pues se sentía tan alterado que necesitaba que le guiaran. Pero después de un minuto o dos se aclaró la mirada del señor Gibson y se sintió muy tranquilo y extraordinariamente libre. Se sentó en su silla de cuero y dejó el bastón cuidadosamente en el suelo.

—¿Qué le has dicho para hacerla llorar de esa forma? —preguntó tranquilamente.

Ethel apretó los labios durante un segundo.

—No importa, querido, no importa —dijo ella dulcemente—. Sólo es que Rosemary insiste en interpretar mal una advertencia mía perfectamente simple. Ella creyó que yo quería regañarla... como si yo fuera a hacerlo. Claro que es algo emocional... —Ethel le tocó la rodilla—. ¡Oh, Ken!, siendo que hayamos visto lo que vimos. No creo que eso signifique mucho. Todavía no.

—¿Todavía? —dijo bruscamente.

Su hermana dio un suspiro que le salió desde lo más profundo.

—Ken, siento decirte eso, pero has sido tan loco...

—¿Yo? Pero si lo que yo quería hacer... —organizó sus pensamientos dolorosamente (rechazó la frase «en primer lugar»)— era lograr que ella se pusiera bien —terminó diciendo.

—Y lo has conseguido, estoy segura —dijo Ethel, mirándole amablemente—. ¡Pero no pensaste nunca en el futuro!

No te diste cuenta de que Rosemary, bueno, no sería ya la misma chica.

—Ya lo sé.

—Es joven, por lo menos en relación...

—Ya lo sé, eso ya lo sé.

—Cuando estaba tan enferma, se sentía vieja. Pero no lo es, y ya no se siente vieja.

Al señor Gibson le ofendió la simplicidad infantil de aquello,

—Ya lo sé —repitió.

—Pero lo que fue una locura, mi pobre Ken..., fue traerla aquí, al lado de un hombre semejante. ¡Un hombre que incluso comparte una afición con ella! Prácticamente lo has arreglado todo para que esto llegara a suceder, ¿sabes?

El señor Gibson no podía asimilar sus nuevos pensamientos. Ideas de este estilo nunca se habían acercado antes a ningún lugar de su mente. ¡Rosemary y Paul!

—¿Entonces ellos... ellos...?

—Son amigos. Pero, mira, Ken, Rosemary es una buena chica y te adora, pero es más joven.

(Ya lo sé, gritó el señor Gibson en su interior.)

—Y él tiene exactamente la edad apropiada para ella, y es un hombre muy atractivo. Creo que yo hubiera podido pronosticarlo —dijo Ethel tristemente.

El señor Gibson se quedó sentado analizando aquella locura. ¿Había sido una locura alquilar aquella casa? El nunca lo hubiera supuesto. Ideas de esa clase nunca se le habían pasado por la imaginación.

—Como todos los hombres guapos —continuó diciendo Ethel—, está un poco malcriado, supongo. Es descuidado. No ha tenido el autocontrol de no mostrarse encantador. No puede evitar emanar ese magnetismo físico. Pobre Rosemary. No debes culparla tampoco a ella. No existe culpa. Ella no podía saber cómo la iban a persuadir. El cuerpo manda. Estas cosas realmente no se pueden controlar. Querido, debéis mudaros en seguida.

Pero el señor Gibson estaba contemplando su crimen.

Al fin y al cabo él la había engañado. No había hecho caso cuando pronosticó esto. (Sí, ¡lo había previsto!, ahora lo recordaba..., aunque lo había hecho de una forma demasiado ligera, egoísta y deleitándose locamente, lo había olvidado todo.) Naturalmente, no podía culpar a Rosemary.

—No la culpo —dijo en voz alta.

—La culpabilidad no existe —insistió Ethel amablemente—. Una vez que se ha entendido. Simplemente ella no ha podido evitarlo.

—Debe haber sido... —podía imaginarse el sufrimiento de Rosemary—. Pero Paul...

—Francamente —dijo Ethel como si no lo hubiera sido siempre—, no sé hasta qué punto se sentirá atraído por Rosemary. Ella no es hermosa, claro, pero tiene un aspecto muy agradable y es una señora. Además, está tan cerca. La proximidad tiene tanta fuerza.

Con gran tristeza el señor Gibson pensó para sí mismo que así era. No le cabía la menor duda de que Paul se sentía atraído hacia ella.

—Desde ese punto de vista —dijo Ethel bruscamente— existe el problema de la hija, como yo digo. ¡Oh!, ya he visto a Jeanie observando a Rosemary.

El señor Gibson también lo había visto, ahora que pensaba en ello. Jeanie era bastante tranquila. Se sentaba quietecita en una habitación observando a todo el mundo.

—Está también la vieja —continuó diciendo Ethel—, Paul no está en situación de lanzarse alegremente a..., bueno, llamémosle romance. Múdate, Ken, Rosemary es básicamente leal. Puede que no sea demasiado tarde.

—Sí, lo es —dijo él. Se había acordado de algo que le había sorprendido en su momento, Rosemary estaba de pie en el cuarto de estar, diciendo tan apasionadamente «...nunca creí que se pudiera disfrutar tanto...», y ¿no fue, precisamente después de la primera velada que había pasado en compañía de Paul Townsend?

Suponía que habrían sentido una atracción mutua, incluso entonces. ¡Oh!, había sido inevitable. Se veía a sí mismo viejo y además ahora cojo.

—Tú deseas conservarla —dijo Ethel—. Sé que la quieres mucho y Rosemary está profundamente...

—La quiero mucho —le cortó tristemente, impidiendo así que ella dijera la detestable palabra «agradecida» antes de que pudiera herirle los oídos, una vez más—. Pero no tengo intención de..., ¿cómo diría yo?... cobrar por los servicios prestados.

—Eres muy listo.

—Especialmente —dijo él con mucha afectación— puesto que discutimos la posibilidad del divorcio antes de la boda.

—Entonces estoy muy contenta —Ethel suspiró y su rostro se iluminó—. ¿Entonces ella sabe que puede ser libre si eso fuera lo mejor? Bueno..., esto arroja otra luz diferente al problema. Tú y yo podemos arreglarnos —añadió pensativamente.

—Sí.

—No es mala solución. Tenemos nuestro trabajo. Estaremos muy a gusto, fuera de la lucha diaria. Hay que prepararse la vejez, Ken,

porque ya no somos unos niños. Tal vez debamos permanecer juntos.

—Tal vez tengas razón.

—Pero aquí no, naturalmente.

—No.

—Si Rosemary y Paul Townsend se casaran...

—No —dijo tratando de dominar el estremecimiento que amenazaba con destruir por completo su serenidad—. Ciertamente, aquí no.

—No debemos precipitarnos, sin embargo —aconsejó Ethel—. Si Paul no... Es decir, si la cosa sólo es de un lado, Rosemary puede necesitarnos.

—Ella necesita verse libre de su compromiso —dijo bruscamente —. O de otra forma, ¿cómo podría ella saber con seguridad...?

—Tienes mucha razón —dijo Ethel cálidamente—. Y si tú eres generoso y Rosemary respetable, como estoy segura de que lo es, entonces no habrá problemas.

(El sabía que había un pequeño problema por su parte. Pero ya se encargaría de eso.)

—Algún día volverá a ti —dijo Ethel—. Cuando encuentre el valor. No puedo decirte lo tranquila que me encuentro querido, al saber que aceptas esto con los ojos abiertos. He estado un poco preocupada por ti. Un romance tardío puede ser destructor para un soltero de nacimiento como tú. ¿Bueno, y ahora por qué no te acuestas un poco?

—Será lo mejor —mintió el señor Gibson valientemente.

Se tumbó encima de la cama. No podía soportar imaginarse el dilema, desde el punto de vista de Rosemary. Intentaba imaginarse su vejez.

Pero en otro nivel, el plan que se había trazado le golpeaba en la mente. Primero tenía que averiguar qué era lo que preocupaba a Rosemary. Después procuraría que dejara de preocuparla.

¿Qué es el amor?, pensó finalmente con un gran malestar que le invadía y un sentimiento sordo de certeza. ¿Qué le atrae a ella de mí? No es mi aspecto físico. Soy un viejo cojo. Un monstruo que cojea. El hecho es que tengo su amor, por poco que sea. Ella está encariñada conmigo. Pero mi amor debe hacerla libre.

Estuvo allí tumbado más de una hora hasta que recordó, con un ligero sobresalto de desaliento en el cerebro que Paul Townsend era un católico practicante, y el señor Gibson no estaba muy seguro de que el divorcio fuera suficiente.

11

Pasaron tres días Rosemary no vino a él. Ya se había recobrado. Era otra vez la misma.

Él no la presionó para que lo hiciera, o para que le dijera algo. Empezó a temer que no lo hiciera nunca.

En la casa de al lado, Paul Townsend trabajaba en su jardín descuidadamente saludable, sano, alegre, fuerte y visible. La anciana señora Pyne estaba sentada en el porche. La pequeña Jeanie entraba y salía. La casita seguía su curso, al margen de la vida y del cambio, con aquella falsa armonía.

El señor Gibson pasaba mucho tiempo solo con un libro abierto, meditando su inocencia.

Ethel tenía razón. El no tenía ni idea de lo que estaba pasando, ignoraba muchas cosas. Las teorías de la psicología moderna eran para él, sólo eso, teorías. Eran como un juego. El había creído en la poesía, en el honor, el valor, el sacrificio. Palabras anticuadas. ¿Esas cosas servían para algo? Desde mucho tiempo atrás se había refugiado en los libros, en las palabras, pero no en las duras palabras de los hechos. Poesía, ¿por qué? Porque era demasiado débil y no lo suficientemente valiente para soportar la realidad. No se había enfrentado a los hechos.

No sabía ni siquiera cuáles eran. Debía confiar en Ethel, hasta que supiera más.

Había sido extrañamente inocente y ahora lo sabía..., era socialmente inocente. Había extraído un gran placer deshecho de que los estudiantes y profesores hablaran con él por los paseos del campus universitario o en los pasillos, o a veces incluso en una calle de la ciudad. Un saludo, un gesto con la cabeza, el murmullo de su nombre, le habían asegurado su identidad (no estoy perdido en la eternidad, soy el señor Gibson del Departamento de Inglés y hay algunas personas que lo saben).

Pero en el transcurso de un día se había bastado de la gente. Su receptiva audiencia, sus clases, le habían permitido ejercitar su voz. Después estaban las horas de oficina, en las que a veces hablaba a los estudiantes con amabilidad, lleno de optimismo para con ellos y habían sido suficientes las más mínimas precauciones contra su falsedad, sus halagos y sus alardes. Por tanto había sentido una plenitud que llenaba sus días y una confianza prudente en el pequeño mundo que le rodeada. Su intimidad y su soledad, le habían parecido naturales e ilimitadas. Realmente había vivido una vida muy minuciosa, muy protegida y muy inocente. Sabía muy poco de la

realidad.

Esta debía de ser la causa por la que había llegado a hacer, a sus cincuenta y cinco años, una cosa tan estúpida, tan loca y tan perversa. Se había casado con una Rosemary enferma, indefensa y confiada. Basándose en la ridícula premisa de que sería un arreglo. Ahora miraba hacia atrás, a los primeros días felices, apenado por su propia y jocosa ignorancia. Los actos de la carne. Las acciones más íntimas. Había ignorado todos los hechos, englobándolos en una nube de románticos desatinos. Sí, la estúpida noción romántica y sentimental de que sería él quien la curara. ¡Qué iluso! Después, peor aún, ¿cómo podría haber pensado, por un momento, que este casamiento quijotesco podía convertirse en un matrimonio de amor? Eso había sido imposible desde el principio y se dedicó a pensar en ello con mentalidad matemática. De treinta y dos a cincuenta y cinco van veintitrés y siempre sería así.

El era su padre… emocionalmente. El era la ayuda, la amabilidad, la protección; ella le quería por todo eso y él lo sabía. Lo que ahora le asustaba era la posibilidad de que Rosalie pudiera seguir con su pacto hasta que él fuera viejo, y nunca se confesaría, ni siquiera a sí misma, cómo deseaba que muriera. Rosemary podría intentar soportarle. Había aguantado durante ocho años al viejo profesor.

Ella no quería herirle. Se había mostrado casi trastornada de dolor, allí en el hospital, cuando se culpó a sí misma por una cosa tan simple como sus huesos rotos.

Ella ni le heriría ni rompería su compromiso. Se quedaría paralizada por su lealtad y se engañaría a sí misma. Era posible que ella no supiera (o consintiera en saber) por qué había caído de forma tan natural en los brazos de Paul.

Cuanto más pensaba en Paul y en sus virtudes, que eran muchas, el señor Gibson se sentía más seguro de que Ethel tenía razón. Rosemary se había enamorado o iba a enamorarse de él, que no podía recordarle a su padre en absoluto, sino que era de su propia generación, viril, encantador, bueno y amable. No podría evitarlo.

Pensó que era mejor que Rosemary no conociera nunca su locura, porque ¿para qué iba a servir que lo supiera? La piedad no le interesaba lo más mínimo al señor Gibson. No quería nada de eso. Así pues desterró su amor y lo echó para siempre de su corazón. No pensaría más en eso.

Se apartó deliberadamente. Parecía que se hallaba absorto en la lectura y la escritura. Intentó no darse cuenta…, lo que podría ayudarle a no preocuparse de dónde estaba Rosemary o de qué estaba haciendo… Si se sentía deprimido se decía a sí mismo que no era culpa de nadie más que de sí mismo, y se le pasaba.

«La palabra amable, la intención generosa.

»Las cosas razonables que un hombre puede hacer o decir.
»Todas las hice para alegrarla.
»Pero no la pude tocar cuando se fue.»

Cerró el libro. Cátulo también era un loco. Eso era lo único que significaba aquello, y también era un llorón. El señor Gibson decidió no ser un llorón. Ya no leyó más poesías.

La depresión no se le pasó sino que se hizo más profunda. Vivía con ella día y noche yu se le olvidó cómo se sentía antes, Empezó a suponer que eso era a lo que uno se acostumbraba cuando se hace viejo.

Pero se avecinaba un cambio. Se acercaba el día en que las mujeres se pondrían, como una vez dijo el señor Gibson, a trabajar. Iban a empezar el mismo día y el señor Gibson en su desgracia no lamentó la coincidencia porque ya no suspiraba por quedarse solo con Rosemary.

Ethel, que era una secretaria consumada, había conseguido un empleo que era una bicoca y del que salía a las cuatro de la tarde. Esto, explicó satisfecha, le permitiría encargarse de la cena.

El horario de Rosemary era algo más largo. Iba a ayudar al propietario de una tienda de modas para colaborar en el inventario al principio y luego llegar a hacerse dependienta. Era un comienzo excelente.

Y había otra coincidencia. El mismo día en que ellas se fueran a trabajar, sería el último día que fuera Violette a asistir.

La víspera de aquel día estaban los tres sentados en el cuarto de estar como de costumbre.

Tenían puesta la radio bajita, estaban oyendo música, lo cual les proporcionaría una cultura musical. Rosemary estaba hilvanando un cuello y unos puños blancos en un vestido azul marino que debía ponerse al día siguiente. Ethel estaba tricotando, cosa que hacía con misteriosa habilidad. (Había pasado horas y horas junto a la radio, oyendo música, discursos políticos y programas educativos. Prefería la radio al tocadiscos. No había tenido nunca un tocadiscos.) El señor Gibson volvía las páginas de un libro. A veces de dos en dos. Tenía en el rostro una expresión tranquila y bondadosa. Era una escena hogareña y armoniosa, pero la sensación que él tenía no lo era…, ya que aquello era el fin del experimento y ahora todo se convertía en polvo. Rosemary no sólo estaba recuperada: estaba a punto de salir y ganarse la vida. No necesitaba nada que él pudiera darle, pero sí mucho de lo que él no podía darle. Así que ahora la dejaría marchar…, su corazón estaba de acuerdo…, cuanto antes mejor.

Con la imaginación se había pintado el futuro. Se veía a sí mismo y a su hermana Ethel ayudándose mutuamente y consagrados el uno al

otro, en algún apartamento pequeño, cerca de la Facultad, trabajando durante el día hasta que se cansaran, y después todas las tardes Ethel se pondría a tricotar con la radio puesta. Se decía a sí mismo que podría aguantarlo. Se había arreglado con mucho menos, sin tener a una hermana consagrada a él. Realmente no sabía por qué estaba tan desalentado y se sentía tan desesperadamente infeliz.

—Todo va a salir bien —dijo Ethel—. Aunque me asusta el viaje en autobús. Ir a merced de esos autobuses treinta minutos cada vez. Es realmente una pérdida de tiempo. ¿No sería mejor mudarnos para estar un poco más cerca de la ciudad?

Las manos y el cuello de Rosemary temblaron.

—¿Mudarnos? —murmuró.

—Al fin y al cabo —dijo Ethel—, esto naturalmente es agradable, pero cuando estés trabajando, Rosemary, no tendrás todo el día… ¿Te has pinchado en el dedo, querida?

Rosemary dijo tranquilamente:

—No, Ethel, no me he pinchado.

—¡Ah!…, bien. Tenemos que pensar también en Ken. ¿Le convendrá a él ir en autobús cuando venga el otoño con esa pierna?

—No había pensado —dijo Rosemary deprisa y se puso colorada.

—Creo que puedo ir en el autobús sin… —dijo el señor Gibson, pero se calló de repente, porque vio claramente una mancha roja en el cuello blanco y en los dedos de Rosemary.

—Lo lavaré —dijo Rosemary débilmente, se levantó y caminando muy tiesa, llevó su labor a la cocina.

El señor Gibson se preguntó lo que significaba aquello.

—Supongo —dijo, observando la chimenea apagada y sintiéndose helado— que se habrá pinchado el dedo y ha manchado el cuello porque no quiere ir mañana a trabajar.

Esperó tímidamente a ver si Ethel estaba de acuerdo.

—No creo —dijo Ethel—. ¿Por qué iba a mentir por eso? (el señor Gibson se enfrentó a aquello: Rosemary había mentido). Claro que ha sucedido —dijo Ethel bajando la voz— cuando yo he hablado de irnos de aquí.

—¿De irnos?

—De irnos lejos de él, me imagino —insistió Ethel en voz baja—. ¡Cómo se delata a sí misma!

El la oyó suspirar, pero por dentro se estaba hundiendo y estremeciéndose de disgusto. Suponiendo que nada es lo que parece; ni siquiera así, podía imaginarse lo que pasaba realmente. En los viejos poemas el hombre era dueño de su alma, y él, que estaba tan empapado de ellos, no aprendería nunca. ¿Cómo podía aprender? Era viejo. Su corazón estaba abatido. El señor Gibson se sentía firme; sentía la traición, también, no podía evitarlo, y lo odiaba. Volvió a

mirar al libro y no levantó la mirada cuando Rosemary regresó.

—¿Has empleado agua fría? —preguntó Ethel.

—Naturalmente —dijo Rosemary suavemente.

—No es nada —había empezado a coser, y el señor Gibson podía verla de reojo por encima de la montura de sus gafas. ¿Sabía Rosemary por qué se había pinchado con la aguja? Le daba pena pensar que quizá no lo supiera.

—Vamos, Ken, ¿estarás bien mañana?

—le preguntó su hermana con inquietud—. Violette vendrá para repasar tus camisas y puede quedarse y prepararte la comida.

—No, no —dijo. No quería que se quedara Violette. Estaba deseando estar solo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Rosemary, tímida e impaciente a la vez—. No hay nada que te preocupe, ¿verdad, Ken? En cierto modo, no tienes tan buen aspecto como tenías. ¿No te parece, Ethel?

—Estoy pensando si no perderé mi trabajo —dijo, enderezándose los hombros—. Estoy acostumbrado a trabajar...

Rosemary inclinó la cabeza sobre la costura. Desvió la mirada de la silla.

—No debéis pensar en mí —dijo—. En primer lugar, he vivido solo durante casi medio siglo, en mi época..., y además, los Townsend están en la casa de al lado, y Paul anda por ahí —se despreciaba a sí mismo por pronunciar el nombre de Paul.

—Así es —dijo Ethel—. La nueva mujer de la limpieza que va a venir a casa de Paul, no lo hará hasta el viernes y, claro, Violette ya se habrá ido. Paul, a no ser que le deje todo el peso de la casa a Jeanie, va a quedarse aquí junto a la anciana señora Pyne —parecía que disfrutaba con malicia de aquella situación.

—Paul es muy bueno con la anciana —dijo el señor Gibson (por los celos no se rebajaría a no ser generoso y justo como siempre).

—Creo que es extraordinario.

Rosemary levantó la vista y sonrió fugazmente.

—Eso creo yo —dijo cálidamente.

El señor Gibson pasó la hoja, lo cual era ridículo, ya que ni siquiera parecía que la hubiera leído.

—He estado pensando —dijo Ethel con aquel gesto suyo un poco hosco—. ¿Estás seguro de que la casa es suya y que no es de la señora Pyne? Me imagino que Paul es su heredero.

—A veces pareces terriblemente cínica, Ethel —dijo Rosemary, sonriendo.

—¡No, en absoluto!, sólo soy realista —repuso Ethel afectadamente—. Al menos me gusta pensar que puedo enfrentarme con un hecho.

—Pero, ¿es que no puede un hombre ser bueno y amable, sin más? —preguntó Rosemary.

Parecía que el corazón del señor Gibson iba a desvanecerse.

—¿Y también guapo? —dijo Ethel con una sonrisa maliciosa.

—Imagino que es posible. A lo mejor es tan bueno como guapo —levantó la cabeza y contó los puntos.

—Pero Paul tiene un negocio próspero. ¿Verdad, Kenneth? —insistió Rosemary—. Gana dinero.

—Es químico —dijo el señor Gibson—. Sí... (de repente, vio ante sí el laboratorio de Paul como una aparición, y una hilera de botellas en un armario. La visión tintineó y desapareció).

—Por lo tanto, no necesita el dinero de la señora Pyne, si es que tiene algo —dijo Rosemary—. Simplemente, no creo que sea un mercenario.

—Yo tampoco —dijo el señor Gibson, valerosamente.

—Naturalmente, no lo es, al menos a sabiendas. Hay mucha gente que no admite los hechos más elementales. Sin embargo, casi todo el mundo haría lo que fuera por las ventajas materiales... —dijo Ethel—. Podemos engañarnos a nosotros mismos, ¿verdad?, y pensar que es por cualquier otra razón. Pero siempre cuenta si uno come, si se está a gusto, si se siente uno seguro. Por supuesto que importa. Siempre.

—Supongo que sí —dijo Rosemary, poniéndose colorada. Se inclinó sobre su labor. Parecía estar vencida.

El señor Gibson empezó a temer lo que ella pudiera tener en su mente. Rosemary había ido a él en busca de comodidad y seguridad... ¡Oh!, ella no había podido evitarlo, pero ahora se daba cuenta de eso y él también. El lo había provocado. Lo había dado a entender.

—Naturalmente que cuenta —dijo en voz alta, amablemente—. Es muy natural —volvió la página.

—¿Por qué piensas que lloran los bebés? —dijo Ethel con un pequeño bufido—. Lloran porque quieren estar calientes y porque quieren comer, y eso es todo. Vamos a hablar del tiempo. Me pregunto si hará calor mañana.

El señor Gibson pensó para sí mismo: estar caliente, estar alimentado; para mí, estar a gusto... ¿es eso lo que está en el iceberg? ¿Es que no sabe ninguno de nosotros por qué hacemos las cosas? ¿Por qué no vamos a admitir que somos animales? ¡Ah! Entonces ¿para qué estamos aquí? ¿Estamos siempre, y en cada momento, obligados? ¿Tenemos todos nosotros su propio destino en toda esta situación cambiante?

No le gustó la idea. Intentó enfrentarse a ella. Ethel lo hacía. Ella era lo suficientemente fuerte. El tampoco se escondería ante ningún hecho..., nunca más. ¿Era este hecho el que le tenía tan deprimido? Se

aferró a esto.

En la radio estaban hablando sobre las pruebas de una bomba con la esperanza piadosa de que aquel terrible poder nunca se desatará contra el prójimo.

Ethel escuchaba y dijo:

—Naturalmente se desatará.

—¿La bomba? —preguntó Rosemary asustada.

—¿Crees que no lo harán?

Ethel ladeó la cabeza que empezaba a grisear.

—Puedes estar segura de que lo harán.

—¿Cómo puedes...? —exclamó Rosemary, suspirando.

—Simplemente, es cuestión de darse cuenta de que los seres humanos son los que son —dijo Ethel—. Y créeme, tener un arma en la mano es lo mismo que arrojarla. ¿No crees que cualquier cosa puede hacer que caiga? Los seres humanos son tan primitivos... esencialmente. Ellos no quieren serlo. No puede decirse que sea culpa suya, sino de su naturaleza. Porque ninguno de nosotros somos culpables. Pero se enfadan, y una vez que están enfadados empiezan a llamar monstruos a la parte contraria. Al parecer no hay ninguna razón por la que no sea correcto, honrado, valeroso y bueno matar a un monstruo. No esperan e intentan discutir la razón de sus diferencias. Sencillamente, no lo hacen. E incluso si fueran a intentarlo la razón humana es tan penosamente nueva y es un factor tan insignificante... La gente siempre actúa en virtud de su sangre y de sus instintos animales.

—¿Cómo te enfrentas a un hecho semejante? —le preguntó tranquilamente el señor Gibson.

—¿Que caiga la bomba? —preguntó sin entenderle—. En cuanto a lo que a mí me concierne, me quedaré donde estoy y estallaré con el mundo que conozco. Ni siquiera quiero sobrevivir. ¿No me digas que tú, sí?

—No —repuso el señor Gibson pensativo —no... especialmente. No, pero claro, soy viejo.

Es el destino, pensó. Bueno, entonces todos estamos predestinados. El no estaba pensando en la bomba.

—No comprendo ¿cómo tienes el valor de pensar como lo haces? —dijo Rosemary a Ethel.

—El valor —dijo Ethel— es el único rasgo útil. Lo mejor que podemos hacer es confiar en nuestros nervios y tratar de comprender.

¿Y para qué sirve comprender pensó Gibson, si de todas formas ya estamos predestinados?

—Entonces todos nuestros hermosos juguetes intelectuales... —dijo, viendo cómo las palabras por las que había vivido se precipitaban hacia el limbo.

—Juguetes. Eso está bien —dijo Ethel, comprensivamente—. Disfruta de tu poesía mientras puedas, Ken. Cuando, o si alguien, sobrevive, cuenta con que no quedará mucho tiempo para la poesía. De momento, todavía no ha ocurrido —hizo un gesto como para tranquilizarle—, y me gustaría vivir el tiempo que me queda igual que tú lo harías. Tenemos en nuestro interior un deseo de sobrevivir que nos gobierna a este lado de la catástrofe. Así que, esperemos.

—Tú no tienes hijos —dijo Rosemary en voz baja.

—Tú, tampoco. Démosle gracias a Dios —repuso Ethel.

Pero el señor Gibson pensó: Es cierto. Estamos predestinados. Y el destino está en el iceberg. Es la parte que está dentro del mar. Ninguno de nosotros ha averiguado nunca por qué hacemos lo que hacemos. Sólo tenemos la ilusión del conocimiento, la ilusión de la elección. Realmente estamos a merced de las cosas ocultas, de impulsos desconocidos. Somos ciegos e incautos. Eso es lo que Ethel llama realidad. ¡Oh!, sí, y es verdad. Violette tenía que romper el jarrón. Paul tiene que casarse con alguien. Rosemary debe enamorarse de Paul. Y yo he hecho el tonto. Pero tenía que hacerlo. No fue culpa mía. Mis elecciones, todas, estaban hechas por los genes que heredé de mi madre. Ethel heredó más de papá y por eso es diferente..., pero ella tiene ideas claras. Ella por lo menos puede ver.

Toda mi vida ha sido una ilusión. La vida de todo el mundo es una ilusión. Estamos a merced de lo desconocido y que no se puede conocer.

Un día saltaremos todos por los aires. Haremos saltar a la tierra de su órbita, posiblemente. Eso es tan seguro como que Rosemary se irá con Paul, como que yo la enviaré con él...

Dejó caer la cabeza sobre el pecho. Paul era viudo, químico, católico... Paul también estaba predestinado. Predestinado para ser feliz y hacer feliz a Rosemary durante un corto tiempo, antes de que el mundo explotara.

Mientras él, Kenneth Gibson, viviría con su hermana y envejecería..., cojo, durante quince o veinte años. ¡Eso no!

Había un acto de rebelión en el que podía pensar. Sólo uno. Esto le elevó el ánimo tremendamente. Un poco de valor y escaparía.

Y podía recordar el número de la botella.

Estuvo durmiendo por la mañana hasta bastante tarde. Cuando despertó supo que aquel era el día. Iba a estar sólo.

12

La mañana estuvo llena de alboroto. Rosemary, arreglada y nerviosa, con su traje azul marino con los puños blancos, fue la primera en salir.

El señor Gibson la acompañó hasta la puerta. Llevaba puesta su bata de seda de menudos dibujos, y con ella se sentía el mismo hombre elegante y honesto que siempre había sido.

No sabía lo blanco y enfermo que parecía.

—Adiós —dijo—. ¡Oh!, por favor Kenneth, ten cuidado... Me preocupas. Yo casi deseo...

—No, no, no debes preocuparte —él la devoraba con los ojos—. Adiós, Rosemary. Debes recordar... que esto es lo que yo quería para ti.

—¿Verme bien? —le preguntó—, ¿y robusta? ¿Es eso lo que querías?

El no contestó. Estaba mirándola a la cara con mucha atención, ya que era la última vez que la vería. La quería tanto. En cierto modo era suya.

—¿Eso es todo? —dijo ella de repente.

El señor Gibson intentó recordar qué era lo que acababa de decir.

—Por encima de todo —le contestó firmemente—, quiero que además seas feliz.

—Bueno, sí..., yo... ¿Qué puedo hacer para hacerte más feliz? —exclamó ella—. Estoy tan..., te quiero, Kenneth. Lo sabías, ¿verdad?

Era curioso que en este último momento parecieran más unidos, pues reconocía en ella su habitual sentimiento de agradecimiento.

—Lo sé, querida niña —le dijo amablemente—. Soy todo lo feliz que se puede ser —añadió con acento tranquilizador.

Rosemary se estremeció y salió corriendo. El la observaba, tan erguida, tan flexible, tan saludable, tan joven, bajando por el camino.

Paul Townsend estaba en el porche olfateando la mañana. Le saludó, pero Rosemary no le vio. El señor Gibson se alegró de ello.

Su naturaleza fiel la obligaba a soportarlo todo.

Ethel salió a continuación.

—Ken, cuando vayas a la compra, compra un cogollo de lechuga también. Sé buen chico.

—Lo haré —le prometió.

—Y págale a Violette...

—Sí.

—Yo volveré sobre las cuatro...

—Sí, Ethel, adiós, querida. Buena suerte. Has sido estupenda.

—¡Bah! —dijo Ethel—. Naturalmente. Bueno, me voy.

El señor Gibson cerró la puerta.

Entró al salón y se sentó. Violette estaba planchando. Por supuesto, no iba a suicidarse hasta que ella se hubiera ido.

Era un hombre que se preocupaba y pensaba mucho (no podía evitarlo). No habría líos con esto. Ni nada desagradable para que nadie tuviera que limpiarlo. Nada horrible. Sabía dónde iría y lo que cogería. Era rápido, limpio y con seguridad. Le encontrarían tumbado en la cama decorosamente en paz. Creerían durante un rato que estaba dormido. Así la impresión sería gradual y lo más suave posible.

Pero debía dejarles una carta. La carta debía ser simplemente eso. Debía expresar todo con la mayor claridad posible.

Sintió que se le helaba la sangre. Debía tratar de no ponerse sentimental. Estaba haciendo una elección, fría y clara. No le daba miedo la muerte. Intentó ver más allá.

No tenía ningún seguro que pudiera resultar afectado por el suicidio. Rosemary recibiría las pocas acciones que tenía y la cuenta corriente. Sí, también tendría que escribir una carta a tal efecto. Ella quedaría en buena posición. Paul estaría a su lado (sería libre). Ethel, por supuesto, era auto-suficiente. Ethel ayudaría a Rosemary a comprenderlo. Debía entender la decisión que él había tomado. No tenía que preocuparse absolutamente de nada.

Excepto de la bomba que haría estallar un día al mundo. Pero eso no podía evitarlo.

El destino de todo el mundo era el suyo.

El señor Gibson se sentó como en un sueño.

A las doce ya estaba vestido y preparado para ir a la ciudad y Violette había terminado. Así que le pagó.

—Señor Gibson, ¿puedo coger esta cuerda vieja? —le preguntó ella, y le enseñó la que había cogido del cubo de la basura de la cocina.

—Naturalmente, ¿necesita algo más?

—Tengo que atar muchas cosas —explicó—. Vamos a llevarnos casi todo en la parte de atrás del camión.

—¿Qué le parece esto? —le dio una madeja de cuerda color mostaza.

—Esto es de la señorita Gibson —la boca pequeña y pintada de Violette hizo un gesto de protesta.

—¿Bueno? Seguramente puedo regalarle un trozo de cuerda.

—No quiero coger nada de ella. Da igual. De todas formas tengo que ir al banco y puedo pasar a comprarla...

—¡Tómela! —dijo, imperiosamente—, quiero que la coja.

—Bueno, entonces... —Violette pareció entender su necesidad.

Empezó a enrollársela en los dedos extendidos.

—No, llévesela toda. Por favor, hágalo.

—No quiero llevarme más de la que voy a usar.

—Ya lo sé —le dijo. Esto era, se imaginó, una tontería. Una reacción un poco simple. Quería que algo fuera como acostumbraba a ser antes. Quería sentirse generoso. (O... por lo que él sabía, quería vengarse de su hermana Ethel como si la estuviera vendiéndo por un ovillo de cuerda.)

Violette cogió el ovillo entero.

—Siento dejarles a usted y a la señora Gibson —dijo.

—Lamento que mi hermana le haya molestado —repuso él, fatigadamente.

—Joe y yo nos vamos a las montañas —dijo Violette. El se dio cuenta de que aquello era su respuesta—, y tengo que estar preparada para las cinco...

Dejó de hablar y le miró. El pensó que aquella mujer sabía lo que se proponía hacer.

—Está bien —dijo con dulzura.

El rostro de Violette se iluminó con una extraña sonrisa.

—Bueno, entonces, adiós. Dicen que esto quiere decir: El Señor esté contigo.

—Adiós —contestó el señor Gibson muy afectuosamente.

Salió por la puerta de la cocina llevándose el ovillo de cuerda en el bolsillo. Ahora ya estaba sólo.

A las doce y diez salió de la casita y se fue andando... Lo hacía bastante bien sin el bastón, aunque no podía evitar dar algún bandazo cuando se apoyaba en la pierna que tenía más corta... Anduvo dos manzanas hacia el Oeste; cruzó el bulevar y cogió el autobús que iba a la ciudad. Había dejado tras de él a Paul Townsend. Seguro que estaba en casa, trabajando en el césped de su jardín aquella mañana. Por lo tanto, el señor Gibson sabía cómo obtener lo que buscaba.

No vio ni siquiera a la gente que iba en el autobús. Ni se fijó en el paisaje familiar que el vehículo recorría al avanzar por el bulevar y después a través de los barrios residenciales hasta que llegó a una calle comercial donde el tráfico era más intenso. El señor Gibson, en un estado de ánimo amargo y peligrosamente dulce a la vez, empezó a componer una carta.

Sentía la tentación de mostrarse patético, pero debía evitarlo. Quería hacer comprender a Rosemary su fría decisión.

De ninguna forma debía parecer que le echaba algo en cara. Era una carta difícil. ¿Con qué palabras la escribiría?

Salió de su ensimismamiento a tiempo para bajarse del autobús en una esquina.

Esta pequeña ciudad había crecido, como todas las ciudades de

California, de la misma forma que crecen las semillas salvajes. Había rodeado la Facultad con sU parque, junto al casco antiguo de la ciudad... y extendido sus tentáculos irrumpiendo en los valles y las tierras bajas por todos los sitios. Pero el señor Gibson no iría a la Facultad. Pasar por los caminos del campus para que le saludaran por su nombre... Esto si que no. Pensó que no le echarían mucho de menos. Vendría algún hombre joven...

El lugar del trabajo de Paul Townsend estaba a una distancia de una manzana y media en sentido opuesto y el señor Gibson dio media vuelta con su paso desigual. Empezó a imaginar sus próximos movimientos... y al hacerlo, se dio cuenta de que debía haber llevado un recipiente. Se detuvo en una tienda de comestibles y cogió la primera botella pequeña que vio en el estante. Resultó ser una botella de sesenta gramos de aceite de oliva importado y además bastante caro.

—Soy Kenneth Gibson, vecino de Paul Townsend. Me pidió que me pasara por aquí y cogiera una carta de su despacho —dijo el señor Gibson, fríamente.

—¡Oh, sí!, ¿puedo traérsela, señor Gibson?

—Me ha dicho dónde podría encontrarla exactamente..., si no le importa...

—No, en absoluto —dijo la muchacha—. Por aquí, señor Gibson. Ella le conocía. Sabía que era el señor Gibson del Departamento de Inglés... Un hombre en el que se podía confiar. Aquí —dijo con una sonrisa, y le hizo entrar en el laboratorio.

No miró a los armarios, sino que fue directamente a la mesa de Paul. Abrió el cajón de arriba de la derecha y cogió, al azar, de un montón, una antigua carta.

—Creo que es ésta.

—Bien —dijo ella.

—Esto... —el señor Gibson parecía molesto y avergonzado—. ¿Por casualidad hay... por aquí un servicio...?

—¡Oh, sí! —repuso ella adoptando un tono un poco distante y resuelto.

—Allí en frente, señor —y le señaló la puerta.

—Gracias.

Como él había pensado, ella se fue a otra parte más alejada.

Entró en el pequeño lavabo y quitó el tapón de la botella de aceite de oliva y vertió el contenido en el lavabo.

Salió. Ahora el laboratorio estaba solitario. Encontró la llave sin dificultad. Cogió el número 333. Sus manos sostenían firmemente la botella mientras echaba su contenido en su propio recipiente. Era un trabajo delicado, verterlo a través de un pequeño orificio a otro también pequeño, pero lo hizo fríamente y con la cabeza despejada.

Apenas derramó una sola gota.

No se lo llevó todo. Cuando volvió a colocar el número 333 en su sitio pensó que la cantidad que faltaba en el envase no sería advertida durante algún tiempo. No intentó limpiar las huellas dactilares ni hacer nada parecido. Había decidido 348 no llevarse la botella entera del armario solamente porque necesitaba tiempo. Tiempo para volver a casa. Tiempo para escribir la carta. No quería que la falta del veneno fuera advertida demasido pronto y que le preguntaran a la chica y fuera a dar su nombre y le interrumpieran.

El señor Gibson puso el veneno que había robado en la bolsa de papel verde. Volvió a cerrar el armario, escondió la llave y abandonó el lugar. Pensó que podía haber sido un ladrón frío y con éxito. Podía muy bien haber sido un ladrón toda su vida. Para lo que le había servido la honradez...

Se quedó de pie en la esquina, esperando el autobús, sintiéndose completamente aturdido por un momento. Justamente en ese momento, cuando se subió, le pareció que pronunciaban su nombre. Pero no estaba seguro, ni tampoco le importaba si alguien había pronunciado su nombre o no..., así que siguió adelante y se sentó junto a la ventana.

Tengo un árbol, un injerto de amor que había echado raíces en mi corazón.

Están tristes los brotes y las flores por ello y es más amargo el lamento, que es su fruto...

¡Oh!, deja, deja ya esa rima de viejas palabras sin sentido. Villón lleva muerto mucho tiempo.

Miraba sin ver y por su mente retorcida cruzó caprichosamente un pensamiento que le pareció en aquel momento un aviso divino. Pero él sabía lo que estaba haciendo. La muerte. ¡Y qué! Simplemente iba a escapar a su destino. A él no le parecía un acto estúpido. Un Dios justo tenía que entenderlo.

¿Cómo podía reflejar eso en una carta?... Estoy muy cansado..., escribiría. No, no. Probablemente tendría que mentir. ¿Qué importaba que mintiera o no?... No estoy tan bien como parece..., hace mucho que lo sé... ¿Debería decir que había empezado a dudar de su salud mental? Sí, eso... Rosemary lo entendería. Y a lo mejor estaba loco. El no sabía ni podía saber, realmente, por qué estaba realizando este acto. Ni siquiera eso podía saberlo. El destino. En el iceberg de su subconsciente yacía el motivo y allí funcionaba.

El señor Gibson se sumergió en una fría melancolía. No veía nada por la ventana ni dentro del autobús que recorría el camino que tenía predestinado por las calles de la ciudad llevando a gente que también estaba predestinada. Si hubiera podido hacer algo por Rosemary, o

por cualquier alma viviente... se quedaría. Pero todos, todos, estamos predestinados, y ayudarse mutuamente o quererse mutuamente era sólo otra ilusión.

Tal vez un sentido del tiempo y del espacio le hizo darse cuenta de que llegaba a la parada que le dejaría en la esquina del supermercado. Así que se levantó, con tanta pena que casi no veía y fue hacia la puerta. Cuando se bajó creyó volver a oír su nombre.

¿Serían los ángeles? Bueno, si estaba a punto de condenarse para toda la eternidad, iba a hacerlo. Durante toda su vida había realizado todos los deberes que le habían puesto por delante. Había hecho aparentemente sus elecciones, y si todavía tenía ilusión de escoger algo, este hecho aparecía ante él más como un deber que como un placer..., y lo haría.

Y además el deber..., mantener una promesa..., hacer la compra que le había prometido hacer a Ethel. Después llegaría (¡con qué descanso!) al final de sus obligaciones.

Así pues el señor Gibson entró en el gran supermercado, cogió un carrito y fue empujándolo por los pasillos. Escogió una lechuga, cogió cacao, tomó un paquete de pan de molde blanco..., cogió queso (de la clase que Ethel prefería) y té para Rosemary (le reconfortaría).

Se quedó de pie delante de la caja. Sordo y perdido en su propio desamparo, mientras que la dependienta le daba a las teclas de la máquina y anotaba los precios. Levantó la gran bolsa de papel en sus brazos y caminó así a lo largo de dos manzanas hacia el Este y una hacia el Norte...

Las rosas que había en la parte más alejada del jardín de su casita no estaban en flor.

La anciana señora Pyne estaba sentada en su silla de ruedas en el porche de los Townsend. Le saludó amablemente. Vaciló pero dejó la compra para acercarse lo suficiente para hablar con ella. (Podía preguntarle sobre Paul y lo que la Iglesia diría sobre el matrimonio y sobre el divorcio..., pero ¿por qué? El no quería divorciarse de Rosemary y ser, durante los años que Dios quisiera, su amigo y el de su marido. No, no quería esa cruz en su vida. Haría como si no estuviera allí. Le molestaba, pensó amargamente, que aquello lo haría por el bien de Rosemary.)

—Hola... —dijo débilmente.

—¡Dios mío! —exclamó la anciana inclinándose hacia adelante—. ¿No pesa eso demasiado para usted, señor Gibson?

—No pesa demasiado. (Pero sí, pesaba mucho la bolsa de la comida y de la muerte.) ¿Cómo está usted, señora Pyne? —y sonrió falsamente.

—Estoy bien. ¿No hace un día espléndido? —su voz adquirió una

energía especial, casi espontánea—. Es tan maravilloso poder sentarse aquí fuera al sol.

—Sí. Sí..., se está bien.

Pasó vacilando a través de la entrada de coches. Oyó la voz de Paul, llamándole.

—¡Eh! ¿Qué tal? —el señor Gibson simuló no oír.

Era maravilloso estar sentado al sol. Sí que lo era. Claro que lo era.

Abrió la puerta de su casa y entró, empezando a darse cuenta de que tal vez no podría hacer las cosas como las había planeado. Así, pues, durante una noche y una mañana de profunda depresión había estado poniéndose en ridículo una vez más. El, Kenneth Gibson, no había nacido para ser un suicida. No. Estaba destinado a hacer libre a Rosemary y ser buen amigo de ella y de su marido durante la vida que le quedaba y cojear y aguantarlo todo. No era su destino morir ese día. No podía cambiar su sino. El destino no es tal si hay algún medio para evitarlo. Y él estaba destinado... a seguir siendo el hombrecillo elegante, honrado y excesivamente delgado, que era para lo que había nacido.

¡Porque era maravilloso poder sentarse al sol! Eso ya era bastante para mantener a un hombre con vida.

El señor Gibson empezó a sentirse un poco histérico. No, no, ¡lo haría! Sólo necesitaba un minuto de decisión. Seguramente podría llevarse la mano hasta la boca, con un gesto rápido, sin pensarlo...

Pero esperó para escribir la carta. ¡No, no! Toda su determinación se le estaba escapando, le estaba abandonando. Pero no podrían los predestinados de Dios pedirle un poco de amabilidad al demonio. Rápido, entonces. Si no, tendría que aguantar aquella tragicomedia. Ser un espectador de sus propios actos con la amarga dimensión que pudiera sacar de ello.

Estaba en la cocina. No tenía —ni quería tener— ese tipo de valor. Nunca más.

Puso la bolsa marrón grande sobre el mostrador. Sacó el cogollo de lechuga, el trozo de queso, la barra de pan, la caja de té y la pesada lata de cacao que estaba al fondo de la bolsa. Y entonces buscó la botella de la muerte. ¡Lo haría en seguida!

La bolsa estaba absolutamente vacía.

Rápidamente, sí...

Su mano no encontró nada.

Su muerte sería un misterio. La muerte siempre lo era. ¿Dónde...?

Pero no había la menor duda de que había puesto la pequeña bolsa verde de papel, enrollada en torno a la botellita, en el carrito del supermercado y la chica de la caja la había puesto en la bolsa con las demás compras. No lo había hecho. No estaba allí.

Entonces, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba el terrible veneno que había ido a buscar tan lejos?

Se miró por los bolsillos de la chaqueta. Allí tampoco. ¿Lo había soñado todo? No. Recordaba con demasiado detalle cómo había vaciado el aceite de oliva en el lavabo para haberlo hecho en un sueño. ¿La habría perdido? Pero entonces el veneno estaría ahora en una botella que tenía una etiqueta de «aceite de oliva». ¡No habría ningún medio de saber que era veneno!

No olía, ni sabía, era instantáneo...

¿Qué había hecho?

¡Oh! ¿Qué malvado error había cometido esta vez?

¿Dónde había dejado una botella de veneno que parecía tan inofensiva? ¿En qué lugar público por donde la gente inocente iba y venía?

El susto casi le hizo desvanecerse. Entonces su sangre se rebeló y gritó: no, no, no, lleno de espanto.

Bueno, este era su fin. El fin de Kenneth Gibson. El fin de todo el respeto de los demás, para siempre. Pero alguien más podía encontrar el veneno y morir, a menos que él lo pudiera evitar.

El cambio repentino de todos sus propósitos le hizo ir vacilante hasta el teléfono. Marcó y dijo: «Policía». Su voz no parecía la misma. Los restos del valor que pudiera tener le hacía enderezar la columna. Tenía que enfrentarse con el hecho. Está bien. Sin tonterías, vamos. Parecía que se iba a poner enfermo.

La puerta principal de la casita se abrió. Rosemary, su mujer, estaba allí. De pie.

—He venido —dijo, absorta en su pensamiento y en sí misma—, porque tengo que hablar contigo. No puedo portarme como un conejo —de repente, su rostro cambió—. Kenneth, ¿qué te pasa?

El había levantado la mano para hacerla callar. Desechó todos sus pensamientos menos uno.

—¿Policía? Aquí Kenneth Gibson. He perdido una botellita llena de un veneno mortal —articulaba las palabras con mucha claridad y hablaba fuertemente—. La botella lleva una etiqueta de aceite de oliva. Tiene la forma de una pirámide, como de unos diez centímetros de altura, y está en una bolsa de papel verde. Nadie puede saber que es veneno. ¿Pueden hacer algo? ¿Pueden encontrarla? ¿Pueden lanzar un aviso?

Rosemary se echó hacia atrás y se apoyó en la puerta.

—Lo he robado... de un laboratorio..., no puedo darle el nombre del producto. No huele, ni sabe..., es mortal..., sí, señor. Cogí el autobús número cinco en la esquina de Main y Cabrillo, aproximadamente a la una y cuarto. Me bajé en la esquina de Lambert

y Boulevard. Debió de ser a la una cuarenta y cinco. Estuve en el supermercado aproximadamente diez o quince minutos. Ahora acaban de dar las dos... Sí, vine andando hasta mi casa... y justamente ahora acabo de descubrir que no la tengo... No, estoy absolutamente seguro... Yo la puse en la botella de aceite..., ¿de qué marca? No tengo ni idea... Sí, sí, yo lo hice... ¿por qué? Porque iba a usarlo yo —le dijo al que le gritaba al otro lado del teléfono—. Tenía la intención de matarme.

Rosemary sollozó. El no la miró.

—Ya, ya sé que puede matar a alguien. Por eso es por lo que les llamo... —la voz le sermoneó de forma controlada—. Sí, soy un criminal —dijo el señor Gibson—. Diga lo que quiera. Encuéntrelo. Por favor, haga todo lo que pueda para encontrarlo.

Volvió a dar su nombre, sus señas y su número de teléfono. Puso el auricular en su sitio.

—¿Por qué? —preguntó Rosemary.

Nunca había pensado volver a verla.

—Kenneth, yo no lo he hecho, no lo he hecho. Perdóname, no he...

El apenas oía lo que ella decía. Habló duramente.

—Vuelve a tu tienda. Haz como si no lo hubieras oído. No te metas en esto. Déjame. Puedo haber causado la muerte de alguien. Puedo ser un asesino. Ahora ya no soy bueno para ti. Déjame.

Rosemary se separó del quicio de la puerta y se quedó allí de pie.

—No, no te dejaré. Eso no va a ocurrir. Nadie se va a envenenar. Iremos y lo encontraremos.

El hizo un gesto de desesperación.

—¡Oh!, no ratoncito, no sirve de nada soñar.

—Esto es una equivocación —dijo Rosemary—. Es mentira. Podemos encontrarlo. Yo puedo hacerlo y lo haré. Y tú vendrás también. Paul nos ayudará —dio media vuelta y abrió la puerta—. Ven... —dijo, imperativamente.

—Está bien —aceptó el señor Gibson—. Supongo que podemos intentarlo.

Salieron fuera al sol. Hacía mucho frío. Se sentía como si estuviera muerto. Era un hombre destrozado por aquel golpe inesperado del destino o lo que fuera. Le parecía que había sobrevivido de la forma más desafortunada.

Rosemary corría, llamando:

—¡Paul, Paul!

Paul salió desde detrás de un seto.

—¿Qué pasa? —dijo alegremente.

—Ayúdanos, Kenneth tenía veneno... y se lo ha dejado en algún

sitio. Tenemos que encontrarlo.

—¿Veneno? ¿De qué hablas?

—Tu coche, por favor, por favor, Paul. Está en una botella que tiene una etiqueta de aceite de oliva. Alguien puede cogerla. Se la ha dejado en el supermercado. O en el autobús. Tenemos que ir allí.

Paul cogió unas llaves.

—Saca el coche —dijo, agarrando por el brazo al señor Gibson—. ¿De qué está hablando...?

—Es el número trescientos treinta y tres —dijo el señor Gibson muy claramente—. Bajé a la ciudad y se lo robé del armario.

—¡Qué demonios...!

—Iba a suicidarme —dijo el señor Gibson, sin disculparse—. Ahora puede que mate a alguien más.

Paul retrocedió y separó su mano de él como si fuera a contagiarse. Se volvió y llamó a gritos a Rosemary.

—¿Llamasteis a la Policía?

Ella estaba entrando en el garaje de Paul.

—Sí, sí, corre, corre —gritó.

—Tengo que decírselo a mamá y ponerme una camisa —dijo Paul —. No vengas conmigo —gritó por encima del hombro. El señor Gibson se quedó parado. Rosemary estaba en el garaje intentando poner en marcha un coche desconocido para ella.

El tranquilo vecindario aún estaba en calma. Aquella crisis era como una daga hundida en la carne que aún no ha sentido la herida. El, que era la causa, se quedó parado oliendo a lavanda y notando el peso del calor del sol. Experimentó un instante fuera del tiempo. Podía también haberse matado, porque sabía que estaba perdido. Pero también había vuelto a nacer. Cerró los ojos y volvió el rostro a la caricia del sol.

Entonces el De Soto de Paul salió dando botes y saltando.

—¡Subid!

El señor Gibson se acercó dócilmente y se instaló en el asiento delantero. Ella parecía estar muy segura de que Paul conduciría.

Paul llegó en seguida, abrochándose una camisa azul sobre su pecho desnudo. Metió sus largas piernas debajo del volante.

—¿Adonde vamos, Rosie?

—Al mercado —dijo ella con decisión.

El señor Gibson se sentó en el medio. Podía haber sido un muñeco de cera.

—He llamado a Jeanie para que vuelva a casa —dijo Paul, hablando como si los dientes fueran a castañetearle—. Está en clase de música. Mamá estará bien sola durante una media hora. La he ayudado a acostarse. No le he dicho por qué. No la podía dejar con esa impresión... ¿Qué bicho le ha picado? —dijo Paul, de mal humor.

—He debido estar loco —repuso el señor Gibson tranquilamente. Era lo más fácil que se le ocurrió decir.

Estaba más allá del horror y de la pena.

—Ojalá esté en el super —dijo Rosemary— y la hayan encontrado. Paul, ¿sabes lo que es? Es veneno.

—Es una cosa peligrosa, ya se lo dije. ¿Cómo lo consiguió? —preguntó Paul, enfadado.

El fantasma que era en ese momento el señor Gibson explicó lo sucedido y Paul hizo un gesto como si estuviera apretando los dientes. Parecía darse por sentado que el señor Gibson podía hablar y ser oído, y que, sin embargo, no estaba totalmente presente. Paul estaba sudando. El coche avanzaba dando tirones. Estaban sólo a tres manzanas del supermercado.

—¿Qué hacías en casa, Rosie? —dijo Paul, explotando nerviosamente.

—Quería hablar con él, a solas. No me gustaba... Hoy es el primer día que Ethel está...

Habían dado la vuelta a la esquina.

—Mira, un coche de Policía.

Si el señor Gibson sintió una punzada, fue sólo de asombro. Lo que se estaba preguntando era ¿qué iba a pasar a continuación?

Intentó deshacerse de ese pensamiento y poder sentirse vivo. ¿Qué estaba haciendo dando vueltas por las calles? ¿Quién era él? ¿Quiénes eran estas personas jóvenes, laboriosas, gente con energía? Rosemary saltó al pavimento del aparcamiento del supermercado y Paul echó el freno y se bajó vacilante por el otro lado.

El señor Gibson se quedó sentado un momento, abandonado y extrañamente expuesto, ya que ambas puertas del coche de Paul estaban abiertas de par en par. Entonces sintió un sobresalto en algún sitio del fondo de su ser, de algo extraordinariamente simple. Era curiosidad.

Así que se deslizó por debajo del volante y salió tan ágilmente como pudo del coche. Entró cojeando rápidamente detrás de ellos en el supermercado.

13

—Claro que le conozco —dijo la muchachita de la caja. Tenía el pelo negro y enredado, unos enormes ojos oscuros y llevaba gruesos pendientes dorados en las orejas.

—Siempre pensé que era un hombre agradable. ¿Sabe lo que quiero decir? Claro que lo vi. Es éste, ¿verdad? Pero no he visto ninguna bolsa de papel verde. Mire —se acercó al policía más alto y le miró casi compasivamente—. No suele venir mucha gente a la hora de la comida. Nunca. Así que le vi entrar. Justamente por esa puerta. No tenía buen aspecto. Parecía que estaba enfermo o algo así. Vi que llevaba las manos vacías. Si lo llevaba, entonces lo tendría en el bolsillo. ¿Le han mirado en los bolsillos?

—¿Le has mirado en los bolsillos? —Rosemary estaba inquieta y le acosaba continuamente. (Ella le parecía alguien desconocido.) Entonces la Policía empezó a registrarle, mientras el señor Gibson permanecía de pie, indefenso como un muñeco o como un niño pequeño cuyos padres no confiaran en la fidelidad de lo que decía.

La chica de la caja dijo, casi llorando:

—¿Por qué iba a querer hacer una cosa semejante? Pensé que era un hombre agradable... quiero decir que algunos clientes no son tan amables —empleaba el pretérito como si hubiera muerto. Nadie le contestó.

—Y, escuche, tampoco he puesto ninguna bolsa verde de papel entre las cosas de ningún cliente. Sólo han pasado tres o cuatro personas a través de mi caja. No está aquí. Probablemente nunca tuvo veneno —miró rápida y temerosamente al señor Gibson.

—Si no está aquí, debe estar en el autobús —dijo Rosemary.

—Espere un momento —exclamó el policía. Tenía los ojos fríos. Se quedaron fijos en el señor Gibson como si fuera un objeto y un obstáculo (podría decirse que él estaba acostumbrado a los obstáculos) —. ¿Está seguro de que llevaba la bolsa de papel con el veneno cuando se subió al autobús?

—Sí, estoy seguro —repuso el señor Gibson con perfecta sangre fría.

—¿Y cuándo llegó a casa?

—No estaba allí.

—¿Estaba preocupado emocionalmente? —dijo el policía—. ¿Entonces cree que lo olvidó en el autobús?

—Me lo olvidé —dijo el señor Gibson—, porque imagino que subconscientemente no quería... —las palabras le salían como a un papagayo.

Rosemary le cogió del brazo muy bruscamente.

—¿Quieres que muera una persona inocente? —le gritó. El puñal se le clavó.

—No —dijo—. No, no.

—¡Pues, entonces, lo ves, no es cierto! —dijo Rosemary con un extraño aire de triunfo.

—Espera un minuto. ¿Qué está haciendo la Policía? —dijo Paul.

—Están buscando en el autobús también. Y estamos dando la noticia en la radio. Voy a inspeccionar todo este edificio ahora, por si acaso —contestó el policía.

—¿Qué posibilidades cree que hay...?

El policía se encogió de hombros. No tenía muchas esperanzas. Era un hombre triste. Había visto muchos problemas. Lo hacía lo mejor que podía y se conformaba con eso.

—Cualquiera que pueda encontrar una botella, aunque parezca que es aceite de oliva, puede deshacerse de ella —dijo—. Puede llevársela a casa y emplearla. ¿Quién puede saber lo que va a hacer la gente?

Ethel puede, pensó el señor Gibson, y por un momento temió que iba a ponerse a sollozar.

—¿No podemos encontrar el autobús? —le apremió Rosemary.

—¡Eh!, Rosie, no lo sé. ¿No crees que debería ver a un médico? —indicó Paul, nerviosamente.

—De prisa, de prisa... —exclamó Rosemary.

—¡Oh, Dios mío!, espero que lo encuentren. ¡Espero que no pase nada malo! —dijo la cajera. Miró al señor Gibson con el rabillo del ojo —. Oiga, ahora está bien, ¿verdad? —parecía estar preocupada por él.

El señor Gibson no podía contestar. ¿Qué era estar bien?, pensó, con sombría tristeza.

Después volvieron al coche nuevamente.

—¿Es el número cinco, el autobús que baja por el bulevar? —preguntó Rosemary.

—Sí.

—Pero ¿cómo podemos saber cuál de ellos? ¿Te fijaste en la matrícula o en algún número?

—No.

—Pero la Policía puede enterarse del número del autobús en cuestión, ¿verdad?, ya que sabes a la hora que cogiste el autobús en la ciudad y la hora que te bajaste en el supermercado.

—Tal vez.

—Entonces, a lo mejor ya lo han encontrarlo. Deben haberlo hecho. Son las dos y cuarto.

Rosemary hablaba sin sentido. Estaba expresando su preocupación con palabras. El señor Gibson contestaba con

monosílabos. Paul conducía el coche. No lo hacía demasiado bien. El coche daba bandazos y saltos. Estaba nervioso. El señor Gibson, tan alejado de todo ante la idea de su ruina, que era completa, se dio cuenta de que sus sentidos podían percibir. Sintió que resurgía su viejo poder. Ya no estaba indefenso. Se dio cuenta de que Paul se apartaba de él como del demonio. Paul estaba asustado, casi con superstición, de un hombre que había intentado suicidarse.

El señor Gibson pensó que debía intentar explicárselo. El problema era que... no se acordaba realmente ahora de cómo había sucedido todo, ni de todo el razonamiento. Le padecía extraño estar sentado en medio de ellos dos, tan interesados en evitarle el sino de convertirse en un asesino.

El sino... ¡ah, sí! Esa era la palabra. Ahora lo recordaba.

—Iba a escribir una carta —dijo en alto—. Iba a explicar... Al menos, yo...

—Bueno, no lo hagas —dijo Rosemary, con vehemencia—. Ahora no. No hables. No hables de eso. Sea lo que fuera lo que pensaras, o lo que piensas. Ahora tenemos que encontrar ese terrible veneno y evitar que dañe a nadie. Después puedes hablar de ello si quieres. Paul, ¿no puedes ir más de prisa?

—Escucha —dijo Paul, sudando y nervioso—. Prefiero que no nos estrellemos, sabes...

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó Rosemary, y golpeó con sus pequeños puños de mujer el lado del coche en que iba Paul—. Pero es a mí a quien hay que culpar de esto.

El señor Gibson intentó protestar, pero ella se volvió y le miró cruelmente a los ojos.

—Y tú también eres culpable. Somos culpables los dos. Esto es cierto. Te lo demostraré. Estoy cansada. Estoy tan cansada...

—No hables, Rosie. Debe haberse vuelto loco. No hablemos más. Diremos que estaba loco —afirmó Paul.

Pero el señor Gibson experimentaba un extraño sentimiento de solidez.

Naturalmente, soy culpable, pensó.

El bulevar era una calle dividida. En el espacio central lleno de malas hierbas, había viejos carriles de tranvías que habían sido reemplazados por autobuses. El bulevar estaba bordeado por casas de apartamentos bajas, decoradas en el estilo encantador de California, rodeadas por jardincillos de césped y de colores variados y alegres... rosas, amarillos, verdes... todos brillantes y relucientes a la luz de aquel día maravilloso. Como grandes eslabones de aquella bonita cadena, de vez en cuando aparecían los centros comerciales. Un gran mercado de alimentación, con una hilera de naranjos, amarillos y rojos, a lo largo de la acera. Daba la impresión de ser como una

gallina clueca junto a sus pollitos: la farmacia, la lavandería.

Al cabo de diez minutos de marcha, el bulevar perdía su banda central y se convertía, simplemente, en una calle que girando a través de distritos residenciales desembocaba en un largo valle donde las casas se hacían más pequeñas, más pobres y más amontonadas, en los límites raídos de la ciudad.

El señor Gibson sentado en el centro, miraba el paisaje como si hubiera llegado a un planeta nuevo.

Pasaron junto a un autobús que iba en su misma dirección. Al cabo de un rato pasó otro. Ninguno de los dos podía ser el que buscaban.

Ahora era Paul Townsend el que hablaba.

—Creo que el número cinco gira en el cruce. Veamos. Si se bajó aproximadamente a la una cuarenta y cinco, entonces llegará al final de la línea aproximadamente a las dos cuarenta o un poco después. Podemos encontrar el autobús que buscamos, cuando regrese. ¿Qué hora es ahora? Las dos y treinta.

—No sé cuál es el autobús que cogí exactamente —dijo el señor Gibson.

—La Policía sí puede saberlo. Observad el otro lado de la calle...

La mente del señor Gibson, aunque se encontraba débil, seguía dando vueltas.

—El que haya encontrado la botella —dijo con tranquilidad desinteresada—, puede haberse bajado del autobús en cualquier parada a lo largo del trayecto.

—Sí, pero... —los ojos de Paul le miraron nerviosos. Paul quería expresar su inquietud en voz alta pero con tacto.

—De hecho, una vez que el autobús haya dado la vuelta y esté de regreso, quiere decir que la gente que estaba en el autobús cuando yo iba en él ya se habrá bajado.

—Puede que quien la haya encontrado se la entregara al conductor. A lo mejor tienen una oficina de objetos perdidos...

—Tal vez —dijo el señor Gibson estoicamente.

—¿Quién se va a tomar una cosa que acaba de encontrar, especialmente si parece que está abierta? ¿Se rompió el precinto?

—No tenía precinto, solamente tuve que girar el tapón...

—¿Cómo estaba de llena la botella?

—Casi llena.

—No parecerá aceite de oliva.

—Está muy aceitosa —dijo el señor Gibson—. La botella olerá a aceite.

—Escuche —dijo Paul—, incluso si no la encontramos..., no olvide que la Policía está transmitiendo un aviso por radio. Eso es lo

que han dicho.

—Todo el mundo no está oyendo la radio continuamente —insistió Gibson.

—Debemos enfrentarnos a los hechos, —dijo Rosemary. Volvió la cabeza y le miró desafiante, como había hecho antes. Tenía los ojos de un azul rabioso. El señor Gibson se dio cuenta de que dentro del cuerpo de Rosemary, detrás del rostro de Rosemary, dentro de todas las gracias que él adoraba, había algo más: un impulso desafiante y amargo que nunca había visto y que no conocía. Ese espíritu dijo audazmente—: Supongo que si muere alguien a causa de este veneno, irás a la cárcel, ¿verdad?

—Supongo —dijo, y se sintió indiferente.

—En cualquier caso, perderás tu puesto. —Sí.

—Se enterará todo el mundo.

La gente del mercado, la gente del autobús, la Policía, los veceros, el público. Sí, pensó el señor Gibson, todo el mundo se enterará.

—Pero si no muere nadie y encontramos el veneno —dijo Rosemary—, todo lo demás lo podremos soportar. ¿No es eso un hecho?

El señor Gibson se puso la mano delante de los ojos como para escudarse detrás de ella. Por lo que él sabía, era un hecho.

—Levanta la barbilla —dijo Paul nervioso—. ¿Quién sabe? ¿Qué hora es? Las tres menos diez. El autobús ya habrá dado la vuelta.

—Mira —dijo Rosemary—. Mira..., allí delante. ¡Ahí está! ¡Ahí está!

14

Efectivamente, había dos autobuses. Un vehículo amarillo y ancho estaba detenido en lo alto de la calle. Un coche de Policía blanco y negro le seguía por detrás. A su lado había un grupo de tres personas: dos policías y el conductor del autobús.

El otro autobús se había parado unos metros más lejos y un grupo de personas, diez o doce, se estaban subiendo a él. Parecía que toda aquella gente estaba mirando hacia atrás, con la cabeza torcida, en dirección a donde estaba la Policía.

Paul hizo un brusco giro a la izquierda. Su coche saltaba y titubeaba, y se paró detrás del coche de Policía. Eran las 2,45. El señor Gibson se encontró cojeando, detrás de sus compañeros, sobre la tierra desigual a través de los hierbajos cubiertos de polvo que crecían entre la carretera y el seto de alambre remendado. Era un escenario inesperado para una crisis. La mayoría de las crisis tienen lugar en los escenarios inesperados.

—Soy la señora Gibson —oyó que Rosemary gritaba—. Fue mi marido. ¿Lo han encontrado? ¿Está aquí? ¿El veneno?

Ninguno de los tres hombres abrió la boca. Por lo que el señor Gibson comprendió que no lo habían encontrado.

—¿Quiénes son esas personas que se están subiendo en el otro autobús? —gritó Rosemary, enfrentándose a su silencio—. ¿Qué está pasando?

—Pasajeros —dijo uno de los policías—: Ninguno de ellos sabe nada. Les dejamos que se ocupen de sus cosas. ¿Usted es el hombre que dejó el veneno en algún sitio dentro de una botella de aceite? —había escogido como interlocutor al señor Gibson en vez de a Paul... y el señor Gibson asintió.

—Bueno, no lo hemos podido encontrar en el autobús.

—¿En qué sitio se sentó? —preguntó, de repente, el otro policía.

El señor Gibson negó con la cabeza.

—¿Cómo era de grande el paquete?

El señor Gibson se lo indicó en silencio, empleando las manos.

—¿Estaba en una bolsa de papel?

Gibson asintió. Este policía, que era joven, le lanzó una mirada de asco. Aspiró el aire por un lado de la boca y subió por la puerta abierta del autobús. No le gustaba ningún aspecto de esta situación. Su compañero era un hombre más mayor. Tenía un aspecto más recio y ayudó a Rosemary a subir sujetándola por el codo. Paul también subió. Los cuatro se agacharon y movieron todo buscando por allí, donde la Policía ya debía de haber buscado.

El señor Gibson se quedó entre los hierbajos polvorientos. ¿Era éste el autobús? ¿Había ido en ese autobús? No tenía ni idea, ni se había fijado en ningún detalle. Ahora estaba allí, de pie y al sol, en la tierra polvorienta, con el campo extendiéndose delante… y él era el único superviviente.

El conductor del autobús, un hombre delgado de unos treinta años y con el rostro extraordinariamente pálido, también estaba entre los hierbajos, de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mirándole.

—¿Así que usted quiso buscarse su propia muerte? —dijo tranquilamente.

—Lo estropeé todo —repuso el señor Gibson, sumamente sorprendido.

El conductor del autobús frunció los labios y pareció que iba a tocarse la lengua por encima de los dientes. Retrocedió lo suficiente como para apoyarse en la puerta del autobús.

—Este hombre se sentó hacia el centro del autobús, en el lado derecho, cerca de la ventana, solo —gritó.

Los cuatro que había dentro respondieron, agrupándose todos en la puerta derecha del autobús. El conductor se adelantó lo suficiente como para apoyarse en el costado amarillo del autobús.

—Ha hecho una buena chapuza —dijo al señor Gibson—. Hamlet también organizó un buen lío, ¿eh? ¿Va a volver a intentarlo? —insistió el hombre. Tenía las pestañas rubias.

—Lo dudo. Aceptaré lo que me suceda —repuso Gibson bruscamente y echó los hombros hacia atrás.

—Usted es Gibson, ¿eh? Da clases en la facultad, ¿verdad? ¿Qué enseña?

—Poesía.

—¡Poesía! ¡Oh! Supongo que habrá muchos poemas sobre la muerte.

—Y también sobre el amor —dijo el señor Gibson con los labios helados. Esta conversación era la más inesperada y extraña que había mantenido nunca.

—Seguro. Amor y muerte —dijo el conductor del autobús—, y Dios y el hombre, y todas las cosas reales.

—¿Reales? —preguntó el señor Gibson, parpadeando.

—¿Cree que no lo son? —dijo el conductor del autobús—. No me diga eso.

El policía más joven bajó del autobús.

—Nada. No hubo éxito. Dentro de un poco volveremos a mirar otra vez.

—Ya —dijo el conductor—. ¿Qué pasa? No confían en ustedes

mismos.

—Los ojos pueden jugarnos malas pasadas —dijo el policía muy tieso.

—Por mí, está bien. No me importa estar fuera de servicio. Hace un buen día —el conductor del autobús miró otra vez al señor Gibson con ojos pensativos.

Rosemary saltó del autobús.

—¿Qué podemos hacer?

Paul estaba detrás de ella. La tomó del brazo.

—Es mejor que volvamos a casa, Rosie. Ahora la radio es nuestra única esperanza. No podemos hacer nada más que esperar.

—¿Le recuerda usted? —gritó Rosemary al conductor del autobús.

—Sí, señora, claro.

—¿Vio usted la bolsa de papel?

—Pudiera ser —dijo el conductor, arrugando los ojos—. Me parece que tengo la impresión de que se cambió un paquete pequeño de mano cuando fue a pagar el billete. Sólo es una impresión. Puede significar algo.

—¿Vio si lo llevaba en la mano cuando se apeó?

—No, señora. La gente al bajarse lo hace de espaldas a mí.

—¿Vio quién se sentó en el sitio que él había ocupado...?

—No, señora; vamos a ver. ¿Se bajó en Lambert? Bueno, yo estuve jugando al póquer con un Pontiac verde, por la zona donde él se bajó. El Pontiac y yo estábamos picados uno con el otro, así que no presté atención...

—¿Iba el autobús lleno?

—No, señora; a esa hora, no.

—¿Entiende usted lo que pasa? —dijo Rosemary—, es un veneno mortal que está en una botella que es de otra cosa. ¿Entiende eso?

El conductor del autobús repuso dulcemente:

—Lo entiendo.

—¿Se fijó en alguien que se bajara del autobús con una bolsa de papel verde en la mano?

—No les veo las manos cuando se bajan, señora —recordó pacientemente.

Rosemary cruzó los brazos y miró a lo lejos, hacia el campo.

—Alguien lo cogió, se lo llevó y no hay manera de saber quién fue. El aviso que están radiando puede que les llegue o que no —dijo Paul.

Los dos policías escuchaban tranquilamente. El más mayor dejó caer todo su peso.

—Quizá. Puede que haya algo que podemos hacer. Usted estaba allí —le dijo Rosemary al conductor del autobús—. ¿Reconoció a alguien más de los que en ese momento iban en el autobús?

—¿Eh? —dijo el conductor del autobús, frunciendo el entrecejo.

—Alguien a quien podamos buscar y preguntarle. Alguien que también estuviera allí y pudiera haberlo visto.

—Espere un momento —el conductor pareció hacer un ademán de resolución—. Esa cosa es veneno, ¿verdad?

—Y terriblemente peligroso —dijo Paul. Parecía estar enfadado—. Lo cogió de mi laboratorio. Nunca debió... ¡Oh!, vámonos a casa, Rosie.

—Un desconocido que se fiara de la marca —dijo Rosemary dirigiéndose aún al conductor del autobús—. Algún desconocido, que no desea morir. La gente confía en las marcas...

—Sí —dijo—, tienen derecho a ello. Estaba mi rubia.

—¿Rubia?

—Sí, y aunque no creo que ella haya..., no creo... Nadie —dijo el conductor del autobús potentemente, enderezándose, dejó de apoyarse en el autobús— va a envenenar a mi rubia. ¿Ese coche es suyo?

—¿Quién es esa rubia? —dijo el policía joven avanzando.

—No sé cómo se llama.

—¿Dónde vive?

—No sé dónde vive.

—¿Iba en el autobús?

—Sí. Iba en el autobús.

—Si no la conoce... ¿cómo...?

—Ella no sabe que es mi rubia, todavía no. Uno de estos días... Estaba esperando el momento propicio. Ahora veamos —dijo el conductor del autobús—. Una cosa que sé segura es la parada en la que se baja siempre. Yo puedo encontrarla. Y nadie va a envenenar a mi rubia.

Echó a andar hacia el coche de Paul.

—¡Oh!, sí, Paul —gritó Rosemary—. ¡Vamos, Kenneth! Vamos todos a buscarla. Puede que ella se haya dado cuenta... vamos, ¡de prisa!

Todo el grupo se dirigió hacia el coche de Paul.

El policía mayor exclamó:

—Espere... puedo llamar, ya sabe. Pueden mandarme un coche patrulla en unos segundos...

—¿Dónde? —dijo el conductor—. Si ni siquiera yo sé dónde. Lo único que sé es la parada. Es la esquina de Alien y Bulevar. ¿Qué se puede hacer con eso? De todas formas, gracias, pero creo que debo ir a buscarla yo mismo. Cuando la vea la conoceré, ¿sabe?

—¿Y qué hay del autobús?

—Es cuestión de vida o muerte —dijo el conductor con la mano en el coche de Paul—. Déjeles que me despidan —Paul estaba justamente detrás de él—, Deme las llaves —le dijo el conductor.

—Es mi coche… yo conduciré —parecía que Paul estaba sufriendo. Tenía la boca torcida.

—Usted es un aficionado —dijo el conductor, y le quitó a Paul las llaves de la mano.

El señor Gibson sólo sabía que las manos de Rosemary le empujaban y le sacudían. Ellos dos se instalaron en el asiento de atrás. Paul se sentó delante, al lado del empleado del autobús.

—Buena suerte —dijo el policía viejo, con mucha amabilidad—. Llama ahora —el policía joven estaba masticando unas briznas de hierba.

El conductor del autobús manipuló el cambio de marchas y el coche se movió hacia atrás y se incorporó al tráfico. Parecía que respondía con gusto a la mano del maestro.

—Puedo ir más de prisa, eso es todo. Conducir es mi oficio. Todos los oficios tienen sus trucos.

—Está bien —murmuró Paul.

Iban de nuevo hacia la ciudad.

15

—Mi nombre el Lee Coffey —dijo el conductor del autobús, de repente. Paul se enderezó como relajándose, sintiéndose mejor.

—Yo soy Paul Townsend, un vecino de los Gibson —dijo, en tono que recordaba su voz amable de siempre.

—Ya lo veo... Y la señora es la señora Gibson.

—Rosie —dijo Paul—, éste es Lee Coffey.

—Se llama Rosemary —se oyó decir a sí mismo el señor Gibson—. Me llamo Kenneth Gibson. Soy el hombre que...

—¿Cómo está usted, señora Rosemary?

—dijo el conductor del autobús por encima del hombro—. Diga, señor Kenneth Gibson, ¿cuál fue lo que le dio... prefería tomarse el veneno?

El señor Gibson intentó tragar, aunque tenía la boca seca.

Paul dijo rápidamente:

—No, no, no hablamos de ello. Fue una cosa temporal... Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Debía de estar loco. Ahora ya está bien.

—¿Qué le ha puesto bien de repente?

—preguntó el conductor.

—Bueno, él sabe... que tiene amigos. Tiene todo lo que necesita para vivir.

—¿Caramelos? —dijo el conductor.

—No sé qué quiere decir.

—Eso no lo he podido entender nunca —dijo el conductor del autobús deslizando diestramente el coche por un sitio estratégico en el centro de la calzada—. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede un suicida sentarse ahí arriba en el borde de una ventana...? La gente intenta disuadirle, ofreciéndole pirulís. Todo el mundo es amigo suyo, le dicen. Vamos a casa. El perro te necesita. O que puede tomarse cervezas, o comerse una chocolatina... Creo que si una persona decide quitarse la vida, tiene cosas más serias en qué pensar. No es momento para caramelos, verdad?

—Está equivocado —dijo el señor Gibson enérgicamente.

—¿Ah, sí?

—Hay veces en que un pirulí resulta decisivo.

—Ya lo veo —dijo el conductor del autobús'—. Ya... bueno, usted sabrá. Es muy interesante.

El coche avanzó. No estaba acelerando, pero no perdía un momento por indecisión o por incertidumbre. El señor Gibson se encontró a sí mismo admirándose con extraño placer.

—Si quiere hablar de ello… —dijo el conductor del autobús.

Y Paul dijo otra vez:

—No, no…

—Me gustaría hablar con usted sobre esto. Pero supongo que éste no es el momento —afirmó Gibson con sinceridad.

Se sentía relajado y distendido en contacto con una mente que le interesaba. Una mente que amablemente había levantado cierta tapadera… Una tapadera que había estado ahogándole, amortiguando y callando aquello que era importante para él.

Miró de reojo a Rosemary, y sus ojos parecían mostrar algo así como el fantasma de una sonrisa.

—Hábleme de su rubia, señor Coffey —dijo, casi radiante.

—Míreme, voy volando a rescatarla —dijo el conductor del autobús—. Es una rubia que ni siquiera sabe que es mía. Le contaré un poco. La veo casi todos los días. La espero. Tengo que conocerla. Estoy intentando ver si tengo valor para hablarle. Nunca lo he tenido. Pero no importa. Yo ya sé que me gusta un montón, así que ¿cómo puedo dejarla que se tome un veneno? ¿Cree que esto la molestará, señora Gibson?

—No. Esto no la puede molestar, señor Coffey. No la molestará en absoluto —dijo Rosemary, muy seria.

—Llámeme Lee —dijo el conductor del autobús—. Esta circunstancia no es normal. Escuche, Rosemary, ella es una rubia muy bonita.

—Usted es un hombre muy interesante —dijo Rosemary.

—Puede —repuso Lee Coffey, pensativo.

Fue Paul el que interrumpió con una pregunta corriente:

—¿Hace mucho tiempo que es usted conductor de autobús?

—Diez años. Desde que salí del Ejército. Porque me gusta pensar.

—¿Le gusta pensar? —repitió Paul. Parecía que aquello resultaba incomprensible y oscuro.

—Meditar, meditar —insistió el conductor del autobús—. Por eso me gusta hacer un trabajo útil, pero que no sea creativo. Siempre se intenta conseguir un propósito… o incluso hay quien intenta ganar un millón de dólares… esto corrompe el pensamiento. Mis pensamientos por lo menos, los que me gustan…

Paul, impaciente, preguntó, desconcertado:

—¿Cómo puede encontrar a esa muchacha, a esa rubia, donde quiera que esté…?

—La encontrará —dijo Rosemary, separando los labios—, ¿no crees Kenneth?

—Sí —dijo el señor Gibson—, creo que sí —se sintió extrañado. El coche llegó deslizándose hasta un disco rojo y se detuvo suavemente.

—Señor Coffey. ¡Lee! —de repente, Rosemary respiró

profundamente y se puso de rodillas en la parte posterior del coche—. Por favor, ayúdeme. Dígame una cosa.

—Si puedo, desde luego.

—Usted es un conductor experto. Ya lo veo que lo es. Dígame... Creo que usted lo sabrá. Puedo creerle.

—¿Qué problema tiene? —dijo el conductor del autobús, arrancando rápidamente cuando cambió el disco.

El señor Gibson permaneció inmóvil mientras Rosemary se arrodillaba y dejaba correr sus palabras al oído del conductor.

—Es una noche de niebla —dijo—. Yo voy conduciendo. Intento ir con cuidado... lo mejor que sé... Voy por mi lado de la carretera.

—Siga —dijo el hombre, animándola.

—Pienso también que creo que hay una zanja profunda a mi derecha. Creo que hemos llegado hasta un punto... ¿me entiende?

—Sí... sí...

—Y de repente aparece un coche de frente... y viene por su izquierda. Tengo que hacer algo rápidamente.

—Eso no puedo negarlo —dijo alegremente Coffey.

—Giré a la izquierda —continuó Rosemary, vehementemente—. Ya ve, creí que... —escondió la cara en el brazo.

—¿Y qué pasó? —le preguntó el conductor.

—El giró a su derecha, así que chocamos. Por favor, dígame... dígame usted si me equivoqué.

El conductor del autobús consideró la situación mentalmente. Mientras se deslizaban por el bulevar y habían llegado ya al lugar donde comenzaba la calle dividida, el paisaje iba pasando velozmente.

—Tenía tres posibilidades —dijo el hombre tranquilamente al cabo de un momento—. Podía haber girado a la derecha, pensando que había espacio... y haberse arriesgado con la zanja. Seguramente habría sido peligroso. Pudo quedarse donde estaba porque su situación era correcta... y confiar en que el otro tipo corrigiera su posición y girara a tiempo. Para eso es necesario tener sangre fría y y un montón de obstinada integridad. O pudo girar a la izquierda, como lo hizo, y pasar al otro lado de él, al lado libre... incluso aunque de hecho fuera el lado izquierdo... de la carretera, ¿eh?

—Parecía evidente...

—¿Sí?

—Bueno, sí. Realmente, estaba claro. Ya lo ve, pensé... pensé que él estaba distraído y creía que iba por su derecha. No sabía que él iba a girar. ¿Cómo podía yo saberlo?

—Usted no cometió ningún error —dijo Lee Coffey con seriedad —. Usted intentó buscar una solución. ¿Quién puede hacer más? Para mí tiene sentido..

La respiración de Rosemary se aceleró.

—Pero el resultado fue que el coche nos golpeó en la parte derecha y Kenneth resultó herido. Solamente Kenneth. No yo. Dígame, por favor… ¿acaso quería yo interponer a Kenneth entre el otro coche y yo? ¿Preferí que fuera él el herido en vez de yo? ¿Es por eso por lo que giré a la izquierda, realmente?

—Acaba de decirme por qué giró a la izquierda, ¿verdad? —dijo Lee Coffey.

—Creí que estaba intentando salvarnos a los dos. Pero ya ve… no había zanja, estaba equivocada respecto a eso. No habíamos llegado al lugar donde empezaba la zanja, a lo largo de la parte derecha de la calzada.

—Fue la niebla —dijo el conductor del autobús—. Está bien. Usted iba por la derecha.

—Sí.

—Y él, el otro tipo, iba por su izquierda.

—Sí.

—¿Y usted pensó que había una zanja?

—Creo que lo pensé; pero Ethel dice que los accidentes no existen. Como si… como si… subconscientemente yo hubiera querido que pasara…

—¡Que no existen los accidentes! —gritó el conductor del autobús —. ¿Dónde ha estado viviendo esa Ethel?

—Espere —dijo Rosemary, con tono de aviso—. Ella es… muy inteligente. No es tonta… y es buena…

—Lo es, ¿eh? Bueno, le diré algo. Nadie es tan inteligente. Existen un montón de accidentes.

—Pero ¿lo son de verdad? ¿Realmente?

—El subconsciente, ¿eh? —exclamó el conductor del autobús—. Bueno, ya veo lo que busca, está claro. Hay gente que son propensos a los accidentes… eso es algo que se ha descubierto. Es igual que la gente que se pone enferma antes que hacer algo… Ciertamente. Pero no es así, en su caso.

—¿No…? —dijo Rosemary, temblando.

—¿Cómo podría serlo? —preguntó el conductor del autobús—. ¿Quizá hizo su subconsciente? Explíquemelo. ¿Se fue a algún lugar del éter y mantuvo allí una charla con el subconsciente del otro tipo? El no hubiera tenido ningún accidente tampoco si Ethel tuviera razón. ¿Eh? Así que su subconsciente le dijo al otro subconsciente: «está bien, está bien, chocaremos. Yo también estaba programado para tener un accidente, ¿a ti qué te parece? ¿Te viene bien ahora? Así que vamos a hacerlo de esta forma…» ¡Ah! —el conductor del autobús hizo como si escupiera.

—Explíqueme cómo se encontraron estos dos subconscientes en ese momento y lugar preciso, si no es accidentalmente. O si me va a

decir… que sólo uno de ellos quería hacerlo… entonces tendrá que admitir que de todos modos el otro tuvo un accidente. Entonces, ¿cuál de los dos lo tuvo… o no lo tuvo? ¿Usted o él? ¿Eh?

Rosemary no dijo nada. Se arrodilló como si estuviera rezando.

—Ciertamente —continuó Coffey—, no habría accidentes si pudiera saberse todo. Pero ¿quién puede saberlo todo? No se pueden prever las cosas. Usted no puede, no puede siempre adivinar quién va a hacer qué, ni dónde. Ni usted, ni tampoco su subconsciente. ¡Es demasiado! Pasan demasiadas cosas en este mundo. Por eso ocurren cosas que llamamos accidentes. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí —dijo Rosemary—. Sí, lo comprendo —suspiró profundamente.

—Los que se libran de tener accidentes son los que tienen cuidado, los que prevén los acontecimientos y esas cosas. Pero, además de todo eso, será mejor que tengan unos reflejos muy buenos, ¿sabe? E incluso así no siempre se escabullen de todas las cosas con las que se encuentran.

—Rosemary —dijo el señor Gibson, con firmeza—. Ethel nunca te ha dicho eso. No ha podido decirte que me heriste deliberadamente.

—No. Deliberadamente, no, pero cree que yo debí desearlo, porque lo hice —sollozó Rosemary—. Siempre me está diciendo que no me culpa. Siempre dice que «comprende». ¡Oh, Kenneth!, lo siento, yo no diría nada contra Ethel, pero esto… esto ha sido…

—Ya te dije que no debías hacerle caso a Ethel.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo el conductor del autobús de forma clara, correcta y asombrosa.

—El destino —murmuró el señor Gibson, recobrándose de una sensación de aturdimiento—. Sí, el destino… bueno…

—En cuanto al subconsciente —dijo el conductor del autobús, moviendo una mano como si estuviera dando una conferencia y fuera a empezar otro párrafo—, está aquí dentro y funciona correctamente, tal como lo que dicen. Pero hay algo más. Por ejemplo, ¿por qué iba usted a querer hacerle daño?

—¿Por qué? —dijo Rosemary, inquisitivamente—. Pero no es verdad. —retrocedió y se sentó otra vez en el asiento.

—Yo diría que tuvo usted un accidente —le dijo Lee Coffey—. Por el amor de Jesús, María y José… No sé lo que pretende esa Ethel.

Rosemary estaba llorando.

El señor Gibson estaba empezando a enfadarse en nombre de Rosemary.

—Ethel no es infalible, ratoncito —dijo, indignado. El notó también un impulso de malicia.

—He oído, por ejemplo, decir a Ethel que los conductores de autobuses son unos despiadados y perfectos animales. Vamos,

evidentemente…

—¿Qué? —dijo Lee Coffey, levantando la cabeza—. Permítame que le diga para su información, que no hay nadie más compasivo que nosotros, los conductores de autobuses. La compasión es nuestro oficio. Es un trabajo que requiere mucha responsabilidad y nada de bromas. Tienes que conducir con el tiempo que sea, esté como esté el tráfico, y seguir un horario, y te encuentres con lo que te encuentres, hay que pensar siempre en la seguridad del público. Escuche. Tenemos más piedad que veinticinco conductores privados juntos puedan tener —estaba echando chispas—. No podemos correr ningún riesgo. No tenemos libertad para hacerlo. Tenemos que cuidar de todos en este mundo… de los pasajeros, de los peatones, de los escolares, de los imbéciles, de los borrachos… Tenemos que resolverlo, y si tenemos un accidente, créame, es un accidente. ¿Qué significan esas ideas de Ethel? ¿Quién es esa Ethel?

—Mi hermana —dijo el señor Gibson, vapuleado por la tormenta de esta explosión, aunque en cierto modo le dieron ganas de reír fuertemente en alto, lo que no le parecía muy apropiado.

—Vaya hermana —dijo el conductor del autobús tristemente.

—Vino a… cuidar de nosotros… después del accidente…

—Debo confesar —intervino Paul, silabeando rápidamente— que nosotros no… Mamá, Jeanie y yo… no hacemos mucho caso a Ethel. Parece tan fría y tan superior…

—¡Es mi hermana Ethel! —dijo el señor Gibson.

—Desgraciados, ¿eh? —murmuró el conductor del autobús—. Todos y cada uno de nosotros, ¿eh? «Ah, tú atacas a todos los hombres…»

—¿Le gusta Shakespeare? —preguntó el señor Gibson.

—Claro que sí. No sólo me gusta mucho su lenguaje, sino también su ritmo. A usted también le gusta Shakespeare, ¿verdad?

—Me gusta mucho —dijo el señor Gibson, poniéndosele el pelo de punta de delicioso asombro—. ¿Le gusta Browning? —le preguntó, con extraña insistencia.

—Algunas cosas. Bastantes. Claro que tienes que ponerte en su onda.

—Era un autor para mujeres.

—Las señoras eran las que tenían tiempo para, ya sabe, reflexionar, de una forma muy refinada —dijo Lee Coffey—, o solían hacerlo hasta que empezaron a convertirse en cazadoras y magnates.

—Eso es —dijo el señor Gibson, casi confortablemente.

Rosemary ya no lloraba. Estaba sentada apoyándose en su hombro.

—¿Has oído a Ethel hablar alguna vez de una rubia? —dijo gravemente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el conductor del autobús.

Pero Paul Townsend estaba inquieto.

—Mire, no quiero seguir preocupándome, pero ¿dónde está esa rubia? ¿Sabe que puede tomarse el veneno? Puede estar en peligro. Puede estar muerta. No sé cómo puede ponerse a hablar de Shakespeare y de Browning.

El conductor del autobús dijo tranquilamente:

—Debe vivir a una o dos manzanas de esta esquina próxima. ¿Qué hora es?

—Las tres y veinte. Las tres y veintidós, para ser exacto.

—Está bien. No hay mucha gente que tome aceite de oliva de aperitivo entre las comidas.

—¡Oh!, eso es cierto —gritó Rosemary, dando palmas—. Tenemos más tiempo del que creemos.

—Puede —dijo el señor Gibson, con esperanza, pero notó en su interior un pinchazo: el dolor de la vida como un hormiguillo. Los accidentes existen. Notó una agradable sensación de distensión y de alarma penetrante al mismo tiempo.

Los accidentes son posibles.

16

Había un semáforo en la esquina de la calle Allen y el Bulevar. Lee Coffey giró a la derecha de Allen. Nadie dijo una palabra. El coche de Paul recorrió lentamente el primer bloque. El conductor parecía husmear el aire en busca de un perfume. El coche pasó un cruce. Entonces, en medio de la segunda manzana de la calle Allen, se paró.

Lee Coffey analizó la situación en voz alta. Tenía la cabeza echada hacia adelante y miraba a un lado y a otro. Hablaba como un conspirador.

—Su casa debe de estar a este lado de la calle... ¿ven? Si tiene que cruzar, cruzará por el bulevar. ¿Entienden lo que quiero decir?

El señor Gibson, sentado al borde del asiento, asintió solemnemente. Al mismo tiempo sentía un ligero placer infantil, como si aquello fuera un juego.

—Vamos —dijo Lee—. El primer bloque es todo de pisos dúplex de cinco y seis habitaciones. Pero son casas particulares, lo suficientemente grandes y antiguas como para tomar inquilinos.

Tenía razón, el segundo bloque era vieja. Las casas estaban sobrealzadas; tenían tres pisos y Jos tejados estaban a la altura de las copas de los árboles, y éstos eran altos: condiciones que no se dan en las nuevas construcciones de una ciudad de California.

—No creo que tenga mucha pasta —continuó diciendo—, y supongo que vive sola.

Si tuviera familia, alguno de sus parientes tendría coche, y alguno tendría que ir a trabajar y ella no tendría que coger el autobús tantas veces. Tengo una idea bastante precisa de la gente que viaja conmigo, ya sabe.

—Pero ¿qué podemos hacer, si usted no sabe cómo se llama? —preguntó Paul.

—¿Qué vamos a hacer, Lee? —preguntó Rosemary, confiada y ansiosamente. Estaba sentada también al borde del asiento.

—Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a ir llamando a todas las puertas. Cada uno de ustedes preguntará por una joven rubia, no muy alta, que debe de ser enfermera. Digo esto porque... la he visto que lleva medias blancas, y aunque hay muchos empleos cuyo uniforme es blanco, no hay una sola mujer en la tierra que lleve medias blancas, a menos que se vea obligada a ello. Bien, si alguno la encuentra, o sabe algo de ella, que dé una voz, que haga algún ruido para llamarnos la atención a los demás. Pregunten si la han visto pasar, y si es así, que hacia dónde iba. Pero no les digan por qué lo preguntan —sus ojos se encontraron con el guiño del señor Gibson—. Porque eso llevaría

mucho tiempo, ¿está bien?

Esto le pareció muy lógico y evidente a todos. Los cuatro bajaron del coche y se desplegaron. Rosemary retrocedió, a lo largo de la acera, para empezar por el principio del bloque. Paul caminó a grandes zancadas, hacia la derecha, para empezar por el final. Lee Coffey empezó por donde estaba. Parecía que la nariz le temblaba. Debería tener cierta razón, pensó el señor Gibson, para sospechar de cierta casa. Una razón que no podía o no sabía explicar. Lee Coffey iba a empezar por la izquierda. El señor Gibson empezó por la puerta contigua y seguiría hacia la derecha hasta encontrarse con Rosemary.

Avanzó cojeando por el paseo central hacia la casa que le había tocado y llamó a la puerta. No contestó nadie. Parecía que no había nadie en casa. El señor Gibson se quedó de pie en las extrañas escalerillas y llamó y llamó como en un sueño. (El señor Gibson, del Departamento de Inglés. No. Estaba loco. No, pero era un criminal, o era un hombre desesperado que tenía amigos que luchaban por él contra el destino. ¿Cómo podía traicionarlos o dejarles ver que estaban condenados? El señor Gibson, que estaba medio muerto y medio vivo, no estaba seguro de nada.)

Ya se había decidido a dejar aquella puerta e ir a llamar a otra cuando oyó un agudo silbido. Miró y vio a Lee Coffey llamándole y haciendo grandes gestos con sus largos brazos.

El corazón del señor Gibson le dio un salto. Le agradó que fuera, entre los cuatro, Lee Coffey quien encontrara la pista. Le pareció algo mágico. Bastaba casi para hacerle a uno soñar con que un hombre puede poner su inteligencia y su intuición 362 contra la suerte y hacer progresos, lo cual era romántico e ingenuo, pero le gustaba. Según iba cojeando hacia la izquierda, Rosemary se acercaba corriendo para alcanzarle y vio a Paul que volvía corriendo también.

Se reunieron todos en el porche gris de una coqueta casa de madera que recordaba el estilo de Nueva Inglaterra. Había un lilo... que era una planta exótica y difícil de conseguir allí, en el Oeste, y que crecía junto a la barandilla del porche. En la puerta había una muchachita rubia de pie, a la que Lee Coffey miraba con ojos inquietos.

Llevaba una bata larga de algodón azul. Tenía el pelo revuelto como si acabara de levantarse de la cama. Su cara era ancha a la altura de los ojos y formaba una curva rápida que terminaba en una barbilla pequeña. Era una carita atractiva que no tenía una belleza convencional. Su piel era fina y suave, la boca seria y los ojos grises y serenos. Lo único «rubio» que tenía, según la opinión de Ethel, era el color de pelo.

—Aquí está —dijo Lee, como el tercer osito de la historia.

—Por favor, ¿puede decirme qué pasa? —dijo la muchacha, con una voz firme.

Estaba claro que no era una persona que se sorprendiera fácilmente. Para ser una muchachita pequeña y delgada, parecía fuerte.

Lee habló apresuradamente:

—No estamos aquí para acusarla de nada, señora. Pero, por casualidad, ¿ha encontrado una botella de aceite de oliva hoy en el autobús y la ha traído a casa?

—No, no la he encontrado —repuso la rubia tranquilamente.

La sensación de excitada .y triunfal esperanza se desinfló y pareció desvanecerse.

—¿Ha visto a mi esposo, a este hombre... en el autobús? —preguntó Rosemary, obstinada, indicando al señor Gibson.

—No —dijo la rubia. Sus ojos iban de un rostro a otro—. ¿Pasa algo malo? Le recuerdo a usted —dijo, acercándose a Lee Coffey? ¿No es usted conductor? —tenía los ojos muy claros y juiciosos.

—Sí, señora —el señor Gibson esperaba que Lee se decidiera a decirle a quién pertenecía aquella rubia, pero sus rubias pestañas fueron discretas.

Ella frunció el rubio entrecejo.

—¿Quiere, por favor, alguno de ustedes decirme qué pasa?

Rosemary fue quien lo hizo. Cuando llevaba explicada una cuarta parte, la muchachita rubia les hizo entrar a todos en la casa con un gesto, como si al ser un problema tan grave fuera mejor no estar donde pudiera soplar la brisa y comunicarlo. Así que se sentaron todos en el salón, en el borde de unos sofás y unas sillas duras, mientras Rosemary seguía hablando.

La mujercita rubia tenía aspecto tranquilo y preciso. Escuchaba sin hacer ruidos de alarma, ni siquiera de comprensión. Pero era evidente que sabía valorar lo que oía, y estaba asustada.

—Entonces Lee... el señor Coffey aquí... se acordó de usted —terminó diciendo Rosemary—, y por eso hemos venido. Esperando que usted la tuviera o hubiera visto algo.

—Lo siento. No la había cogido, aunque la hubiera visto. No se me hubiera ocurrido —la mano inmaculada y sin anillo de la rubia se golpeó la rodilla—. No vi ninguna bolsa de papel ni ninguna botella.

Aquella personita no había estado nunca en peligro a causa del veneno perdido. Pero ahora no había forma de continuar. Habían llegado al final. Habían encontrado a la rubia por arte de magia, pero no el veneno. No estaba allí.

El señor Gibson se estremeció. Se encontró a sí mismo irremediablemente del lado de la magia.

—Debe decirnos su nombre —dijo impulsivamente. Quería que el

conductor del autobús supiera cómo se llamaba.

Dijo que su nombre era Virginia Severson. Resultaba adecuado. Tenía un aspecto virginal, tranquilo, limpio y frío, a la manera escandinava. Rosemary se rehízo y le dijo el nombre de todos. Una vez más la ceremonia social de las presentaciones pareció calmar a Paul Townsend. Era encantador.

Pero aquello sólo era un retraso. El salón rígido, raído y limpio parecía sin aire y mohoso.

—Yo me senté bastante adelante en el autobús. Usted debió sentarse detrás de mí —dijo la señorita Severson, y examinó con sus profundos ojos grises al señor Gibson—. Lo siento —volvió el rostro hacia Lee Coffey—. Ha sido bastante listo encontrándome.

—Un día —dijo Lee— la vi oliendo unas lilas...

—¿Es usted también del Este para que se fijara en las lilas?

—Ya le diré en otro momento cómo llegué a fijarme en las lilas —dijo suavemente el conductor del autobús.

La muchacha rubia bajó las pestañas.

—Me hubiera gustado poder ayudarles —murmuró.

—Digo yo que si la Policía ha estado transmitiendo un aviso durante todo este tiempo, tal vez deberíamos llamar... —dijo Paul, nervioso.

—Llama —pidió Rosemary, con los puños apretados. Virginia Severson mostró el teléfono a Paul. El señor Gibson volvió a su silla; su esperanza se apagó. Todo el encantamiento pertenecía al conductor del autobús. El veneno seguía perdido, todavía amenazante.

La muchacha volvió mordiéndose los labios.

—Soy enfermera, ¿saben? Esto... bueno... esto me ha extrañado mucho.

—Un hombre tiene sus razones —dijo gentilmente Lee Coffey—. Es muy fácil decir que está loco, y además resulta inútil.

Virginia Severson inclinó la cabeza y le lanzó una mirada repentina de alerta.

—En este momento no son sus razones lo que importa, ¿verdad? —dijo—. Me refiero al veneno sin etiqueta, señor Coffey, circulando por ahí. Eso es lo que me extraña. Me han enseñado a tener mucho cuidado con las drogas.

—Nos gustaría encontrarlo, señorita Severson. Nos gustaría muchísimo —repuso, tartamudeando. Su mirada era intensa y desafiante.

—Claro que les gustaría —dijo ella—.

A mí me gustaría —parecía que sentía la fuerza del desafío—. Déjeme ver si se me ocurre algo... —añadió con seriedad, y se sentó, tapándose sus lindos pies con la bata azul.

Paul regresó y dijo de mala gana, mirando el rostro anhelante de

Rosemary:

—Nada —se le veía nervioso y deshecho—. Ni una palabra. Son las tres y media. ¿Dónde estará esa pócima?

—Tiene que estar en algún sitio —dijo Rosemary, con un leve carraspeo—. En algún sitio.

El señor Gibson volvió a encontrarse dándole vuelta a su mente, intentando imaginarse la botella en la bolsa de papel verde… en algún sitio, pero ¿dónde?

—Rosie, esto es muy duro —dijo Paul—. Creo que no estamos consiguiendo nada.

—Sí, sí que conseguimos algo. Cálmese —le dijo respetuosamente Lee Coffey—. Virginia está pensando —la enfermera le sonrió. Tenía una sonrisa encantadora, y el conductor del autobús la miró con afecto.

—Lee… —exclamó Rosemary, con la voz que le temblaba—. Señorita Virginia, no es momento para…

—No lo es —dijo rápidamente el conductor del autobús.

El señor Gibson lo comprendió perfectamente, pero Paul Townsend no. Su gran corpachón tapaba la entrada y su hermoso rostro tenía una expresión como si fuera a decir «¿Pero de qué estáis hablando?». El señor Gibson pensó que Virginia también lo había comprendido, al ver cómo entornaba otra vez las pestañas, y pareció estar de acuerdo.

¡Con qué rapidez pueden comunicarse las cosas!, pensó Gibson. Lee Coffey le ha dicho a esta muchacha que hace mucho que se ha fijado en ella, que le ha gustado su aspecto, que le sigue agradando y que espera mucho de ella. Y ella le ha dicho que… no le desagrada. Incluso a ella le gustaría merecer la buena opinión de él. Ya se ha dado cuenta de que es un hombre interesante. Aunque ambos han decidido que no van a perseguir este hechizo… que primero me ayudarán, si pueden. Un conductor de autobús, y una rubia. De repente los ojos le escocieron.

No habló nadie. Hasta que, al fin, la enfermera dijo con su voz tranquila y sin nervios:

—Iba una persona que yo conozco en el autobús. ¿Servirá eso de algo?

—¡Oh, sí!, puede servir —gritó Rosemary, poniéndose de pie de un salto—. ¡Oh, bien por usted!

—¿Lo ve? —exclamó Coffey.

—La señora Boatright iba en ese autobús —les dijo la enfermera, poniéndose de pie—. La señora Boatright. Ahora lo recuerdo. Pensé que cómo teniendo tres o cuatro coches podían estar todos ocupados al mismo tiempo. Además, llevaba un montón de paquetes. Me pareció

extraño verla en el autobús. Es muy rica, ¿saben? Por lo menos, su marido lo es. Vive en una casa enorme, en la colina. Estoy segura de que era ella. La conocí una vez en la sede central de la Cruz Roja.

—Walter Boatright... —dijo Lee Coffey. Se levantó y fue al recibidor, regresando con una guía de teléfonos en la mano.

—Pero me temo que su teléfono no viene en la guía —dijo Virginia—. Estoy segura de ello.

—¿Sabe cuál es su número? —dijo el conductor del autobús, dejando la guía.

—No, lo siento.

—¿Conoce la casa?

—Sí, pero tampoco sé el número de la calle.

—¿No podemos ir allí? —gritó Rosemary. Paul empezó a protestar y el conductor del autobús miró a su rubia.

—Vayan saliendo —dijo Virginia, que ya se había levantado y estaba delante de una puerta blanca, al otro lado de la habitación—. No me esperen, les cogeré en el coche.

Lee Coffey sonrió y miró el reloj. Entonces cogió al señor Gibson por un brazo.

—¿No es una rubia de una vez? —murmuró, arrastrando casi al señor Gibson por las escaleras del porche, y pasando junto al arbusto de las lilas—. ¿Me lo reprocha?

—Es una rubia encantadora —dijo el señor Gibson, abrumado—. Es usted tan amable...

—Y, además, no lo hace por dinero dijo Rosemary mordazmente — ni por ninguna ventaja material.

El señor Gibson miró a su mujer, que iba agarrada del otro brazo. Tenía los ojos azules brillantes.

—Escucha. Ya le hemos hincado el diente —dijo Lee, encantado.

—Vamos a encontrarlo —contestó Rosemary.

El señor Gibson casi se lo creyó.

17

Le subieron al asiento trasero y Rosemary se sentó junto a él. Ella le empujó y Lee Coffey, empleando sólo su aire expectante, metió a Paul Townsend, apretado, al otro lado de Rosemary. Entonces se sentó en el asiento del conductor y metió la llave. El motor se puso en marcha. La puerta de la casa se abrió y Virginia salió por el caminito, con un jersey marrón encima de una blusa blanca, y con unas zapatillas marrones en los pies. Llevaba el pelo arreglado y reluciente. El conductor del autobús sonrió, e hizo avanzar el coche justo en el momento en que ella llegó a su lado. El no había esperado ni una décima de segundo. Tampoco le había fallado.

—¡Qué cambio tan rápido! —dijo Paul, con admiración.

No le hizo caso nadie. Habría sido mejor que no hubiera hecho ningún comentario.

Al tiempo que el coche avanzaba, la pequeña enfermera empezó a describir la ubicación de la casa que iban buscando, y Lee dio la vuelta a la manzana y cruzó el bulevar y hacia el norte. Se dirigían a una suave pendiente en la sección noroeste de la ciudad, donde los céspedes eran más amplios y las casas más grandes a medida que iban subiendo la colina. Según la joven, la casa de la señora Boatright debía de estar cerca de la cima, en una calle cortita, en la que había sólo tres o cuatro casas, y la suya tenía un gran prado rodeado por una valla.

—Cuanto más alto, menos hay, supongo —dijo Paul.

Virginia se volvió a mirar hacia atrás.

—¿Existe algún antídoto para ese veneno, señor Townsend? —preguntó con un tono profesional—. ¿Qué es lo que debe hacerse en caso de...?

—Me temo que no existe ningún antídoto —confesó Paul, echándose hacia adelante en el asiento al otro lado de Rosemary—. Naturalmente, no soy médico. Lo único que entiendo es mi trabajo, y dónde está el peligro. A nosotros también nos enseñan a tener cuidado.

—¿Cómo pudo cogerlo? —la enfermera se estremeció; Paul se lo contó. El señor Gibson, que el estaba oyendo, se dio cuenta de que Paul Townsend quería destacar y se mostraba habilidosamente encantador con aquella chiquilla tan atractiva. El señor Gibson se sintió curiosamente ofendido.

Miró a Rosemary, su querida Rosemary, que iba sentada muy tiesa entre los dos con las manos apretadas... con aquella resolución que era su fuerza. Ella había empezado aquella lucha y los había estimulado a todos con su energía y había encontrado aquellos

valientes colaboradores.

—¡Qué gran luchadora eres Rosemary! —exclamó.

—Soy cobarde —dijo ella, amargamente—. Siempre he sido cobarde. Debía de haber empezado a luchar hace mucho, mucho tiempo.

Paul se volvió y le cubrió una de sus manos con las suyas.

—Vamos, vamos, Rosie... tómalo con calma. Te vas a poner enferma. Preocuparse no le beneficia a nadie, ¿verdad, Virginia?

La enfermera no respondió.

—Este problema le ha dado la oportunidad de alejarse muchos kilómetros de su preocupación, ¿eh, Rosemary? —dijo el conductor del autobús.

—Sí, gracias a usted —repuso Rosemary con aspecto desamparado, abandonando un poco su rigidez. Paul retiró las manos —. Ahora estoy preocupada intentando imaginarme a una mujer rica cogiendo un extraño paquete de un autobús público. Yo creo que no lo haría.

—Puede que lo hiciera por equivocación, ¿no cree? —dijo la enfermera claramente—. Imagínese que lo ha cogido con los otros paquetes que llevaba. Yo no la vi bajarse. Yo me bajé primero. Pero ¿quién sabe? Imagínese que ella llevaba también cosas de comer en su paquete. Puede vaciarlos todos en la cocina. Y seguramente tendrá alguna criada. La cocinera, por ejemplo, no sabe nada. La cocinera puede creer que la señora Boatright ha comprado un poco de aceite de oliva para su casa.

—¿Una botella tan pequeña? —dijo Rosemary con tono patético —. ¿Una cantidad tan pequeña? ¿Qué hora es?

—Las tres y treinta y siete —repuso Paul.

—En cierto modo, aún es pronto —dijo Rosemary con una sonrisa desesperada.

Pero el señor Gibson pensó: es tarde. Pensó en el tiempo que había pasado. Suficiente como para que alguien hubiera muerto ya de forma misteriosa además.

Por lo tanto, si se hubiera producido alguna consecuencia, aún no la habrían relacionado con la causa. Quizá ya habían perdido aquella batalla, aunque no lo supieran.

—Los hijos de los Boatrights son ya adolescentes —dijo la enfermera, pensativamente—. Seguramente no habrán cenado todavía.

—¿Qué puede hacer una cocinera con el aceite de oliva? —dijo Rosemary.

—¿Una ensalada? ¿O quizá para humedecer ligeramente el relleno de un sandwich... o tal vez un bocadillo? —dijo la enfermera.

—¡No diga eso! —exclamó Paul.

—Creo que le estoy haciendo preocuparse más.

—Los pensamientos se asemejan —murmuró el conductor.

Pero el señor Gibson estaba aterrorizado. ¡Un niño! ¡Oh, si se toma un niño el veneno!

—Deben dejarme todos ustedes. Son muy amables por molestarse... —dijo en voz alta.

—No es molestia —repuso Virginia. El señor Gibson se dio cuenta de que la creía.

—La creo —le dijo, de repente, y ella sonrió.

—No te preocupes —empezó a decir Paul.

—Deja ya de decir eso —exclamó Rosemary en voz baja—. Eso no sirve de ayuda, Paul.

—Te dije, Rosie —gritó él, muy enfadado—, que debías haber hablado con él para aclarar las cosas...

—Ya lo hiciste. Ya me lo has dicho. Tienes razón —repuso Rosemary, mirándole de frente y retorciéndose las manos.

—Debió de ver que estaba preparando algo, Rosemary —dijo el conductor del autobús amablemente, sin comprender del todo. No conocía los antecedentes—. Un hombre no toma una decisión así en un día.

(Pero yo lo hice, musitó el señor Gibson, con asombro. Me parece que fue en una noche.)

—¿Ha estado enfermo, señor Gibson? —le preguntó la enfermera —, ¿O ha estado tomando alguna droga para el dolor? Le he visto cojear.

El señor Gibson estaba desconcertado. El corazón le dolía. Todavía no estaba muerto.

—Tengo un hueso roto o dos —murmuró—. Fue simplemente un accidente —Rosemary volvió la cara para mirarle. El miró a lo lejos.

—Sólo estaba imaginando —dijo Virginia amablemente—; hay enfermedades que pueden ser muy depresivas. Y algunas drogas también.

El señor Gibson miraba la curva que tomaron a toda velocidad y pensó en el destino. Otra vez el Destino.

—Estaba deprimido —dijo, sin interés—. Eso es lo que me pasó.

—Si hubiera ido a ver a un médico —le regañó la enfermera, con dulzura—. Un médico, a menudo, puede ayudar cuando uno se siente deprimido.

—¿Remendando un poco la máquina? —dijo el señor Gibson con mucha amargura.

—A veces saben cómo ayudar —insistió la enfermera casi mecánicamente. Parecía que estaba probando o tal vez diagnosticando esta respuesta.

—¿Usted cree en esas tonterías sicosomáticas? —preguntó de repente el conductor del autobús.

—¿Usted no? —dijo ella.

—Hace mucho —recitó—, mucho tiempo, arrojé de mi mente un manojo completo de distinciones arbitrarias. O esto, o lo otro. O el cuerpo, o la mente. La materia, o el espíritu. ¡Ja! Ahora resulta que la materia es menos sólida que el espíritu, por lo que deduzco de lo que están hablando. No hay nada más ligero que el cuerpo humano. O que una silla. Millones de células, átomos y divisiones del mismo, moviéndose alrededor para componer qué... ondas. Ritmos. El tiempo mismo, por lo que sabemos. Cuidado con los pajaritos tontos.

Virginia se rió en alto, encantada.

Pero el señor Gibson, por segunda vez, se estaba hundiendo. El Destino, se dijo a sí mismo.

—Supongo que estaba enfermo. Por lo menos, por llamar de alguna manera el estado en que me encontraba —dijo en voz alta.

—Somos tan ignorantes... —dijo Virginia.

—Sí, somos ignorantes —asintió Rosemary alegremente.

—Cualquiera que sepa algo de medicina, o de cualquier otra ciencia, sólo empieza a saber lo ignorantes que somos —dijo Virginia. Miró resplandeciente al señor Gibson. Esperaba que estuviera contento.

—Mientras hay vida hay esperanza, ¿quieres decir? —dijo Paul. Parecía que empezaba a integrarse.

La enfermera frunció el ceño. Su pequeña barbilla estaba casi apoyada en el respaldo del asiento delantero, ya que estaba vuelta de medio lado hacia atrás para hablar con ellos.

—Quiero decir que sabemos lo suficiente para suponer que hay un montón de cosas más por descubrir, ¿no cree, señor Gibson? Sólo sabemos un poco de cómo descubrirlo. ¿No lo entiende, señor Gibson? Hay gente investigando continuamente los medios para ayudar y han encontrado algunos. Yo lo he visto. Nadie sabe lo que pueden descubrir mañana. Debía haber pedido ayuda —le reprendió.

—Yo también debía haberlo hecho —dijo Rosemary en voz muy alta.

E1 señor Gibson no contestó. Estaba ocupado tratando de percibir algo extraño. Era difícil encajar en la estructura del destino. Eso era lo extraño. Digamos que el individuo se siente deprimido debido a su química interna, llamémosle a su maquinaria. Pero aun así, no está predestinado del todo..., no si sus semejantes, hombres que mantienen las mentes abiertas porque reconocen humildemente su ignorancia... descubren alguna cosa que le pudiera ser útil. Y esto constituía una debilidad extraña, una debilidad muy extraña, ¿verdad?, en las enormes y poderosas garras del destino.

—Es curioso —exclamó en alto.

Nadie le preguntó a qué se refería, y él no lo dijo. El coche subió

por una calle de tres carriles y todos los pasajeros permanecieron en silencio una manzana de casas.

Entonces Paul empezó a inquietarse.

—Debía de haber llamado a casa. No sé si Jeanie habrá vuelto... y si mamá está bien.

—Deben de ser casi las cuatro —dijo Rosemary—. Ethel debe estar ya en casa —levantó la cabeza, casi con un gesto arrogante.

¡Ethel! Gibson se sintió sorprendido. ¿Qué diría Ethel? Ni siquiera se lo podía imaginar. Ninguna de las cosas que habían sucedido aquel día desde las once de la mañana entraba en los esquemas que Ethel tenía de la vida.

—No creo que estuviera enfermo —dijo el conductor del autobús con aspereza—. Creo que estaba perturbado, desde lo más profundo de su ser.

Virginia inclinó la cabeza para mirarle respetuosamente.

—Pero todo el mundo le quiere —dijo Rosemary, y levantó las manos apretadas como para hacer una plegaria desesperada.

—Claro, seguro. Todo el mundo tenía muy buen concepto de Gibson —dijo Paul indignado, como si Gibson le hubiera ofendido de forma imperdonable.

—¿Todo el mundo? —preguntó el conductor del autobús dubitativamente—. Bueno, no le prometeré más caramelos.

—¿Caramelos? —dijo la enfermera con curiosidad.

—Tiene algo en la mente. No era sólo que echaba de menos el amor fraterno de sus semejantes. ¡Eh, querida! —le dijo a su rubia—, estamos en Hathaway Drive. ¿Dónde está esa mansión?

—Es blanca, de estilo colonial —contestó Virginia.

—Tal vez esté aquí el veneno —dijo Rosemary. El señor Gibson era como una astilla llevada por la corriente. Bajó del coche con todos los demás.

Se pararon junto a un muro en un amplio espacio donde el camino giraba delante de la columnata de la entrada. La fachada, amplia y luminosamente blanca, se erguía sobre ellos, y todos los exquisitos adornos de las elegantes cortinas de las ventanas proclamaban que allí había dinero y que muchas manos contratadas ponían orden en aquella enorme mansión.

Ahora era Virginia la que dirigía. Llamó a la puerta. Una doncella les abrió.

—¿Está la señora Boatright? Tenemos que verla urgentemente. Es muy importante —los modales decididos y serios de Virginia eran impresionantes.

—Entren, por favor —dijo la muchacha. Parecía que quería disimular su asombro. Les dejó de pie sobre la alfombra oriental del amplio salón.

A su izquierda había una habitación enorme. Un par de botas de montar sobresalían del brazo de un sofá amarillo y gris y se balanceaban unidas a un par de jóvenes pies. Debía de ser una niña la que estaba tumbada en el sofá. Estaba hablando y, puesto que allí no había nadie más, debía de estar utilizando el teléfono.

Un muchacho de unos dieciséis años bajó por las amplias escaleras al galope.

—¡Hola! —gritó, y salió corriendo hacia otra habitación donde había muchos libros y un piano. El muchacho cogió una trompa y oyeron algunas notas melancólicas que se alejaban.

Entonces apareció la señora Boatright en persona, saliendo por una puerta blanca situada debajo de las escaleras. Medía un metro sesenta y cinco de altura y casi setenta y cinco centímetros de anchura. Cada centímetro de carne que había bajo el encaje de algodón beige y blanco era firme. Tenía el pelo blanco y corto, graciosamente ondulado, y una nariz fina que parecía una proa en su rostro llenito. Tenía los ojos azules (aunque no tan azules como los de Rosemary), y se mostraban sencillamente interesados.

—¿Sí? ¡Oh, señorita Severson! ¿Cómo está?

Virginia avanzó un poco cuando oyó pronunciar su nombre, pero omitió darle los detalles preliminares.

—La he visto hoy en el autobús, señora.

—Lo siento —dijo la señora Boatright, hablando mecánicamente, mientras sus ojos mantenían su interrogación y esperaban una contestación—. Si la hubiera visto, querida...

—Por favor. ¿Ha cogido una bolsa verde de papel, por equivocación? —le interrumpió la enfermera.

—No lo creo —dijo la señora Boatright, aceptando la rudeza de su tono, pero sin mostrar ninguna alteración en su serenidad—. Bueno, vamos a verlo.

Dio media vuelta. Su voluminoso cuerpo se movió con sorprendente facilidad y gracia.

—¡Mona!

Resultó que Mona era la muchacha.

—Pregúntele a Geraldine si he traído una bolsa pequeña de papel verde.

—Sí, señora Boatright.

—¿Qué hay en la bolsa? —preguntó la señora de la casa a sus visitantes.

Virginia se lo dijo.

La señora Boatright apretó los labios.

—Sí, ya veo que es algo importante. ¡Dell!

La niña que estaba en el teléfono fue enderzándose dando pequeñas sacudidas, empleando los músculos de la cintura.

—Espera un segundo, Christy. Dime, mamá.

—Cuelga el teléfono —ordenó la señora Boatright—. Vamos a necesitarlo. Busca a Tom. Dile que busque cuidadosamente en su coche a ver si hay una bolsita de papel verde con un botella dentro.

—Sí, mamá… Ya te llamaré, Christy. Hasta luego.

—Mi hijo fue a buscarme al autobús —dijo la señora Boatright a modo de explicación, mientras se dirija al teléfono.

Dell, la jovencita de unos dieciocho años, cruzó por delante de ellos dando unos pasos de baile. Sus ojos, que demostraban curiosidad, sonreían al mismo tiempo.

Una mujer con un uniforme azul salió por la puerta blanca.

—No, señora —dijo—, no hay ninguna bolsa de papel verde en la cocina.

—Gracias, Geraldine —contestó la señora Boatright, y luego dijo al teléfono—: ¿Policía, por favor?

Dirigiéndose a ellos cinco, que permanecían allí de pie, en silencio, viéndola actuar, les dijo:

—¿Cuál de ustedes es el señor Gibson?

El señor Gibson se sintió señalado por todas partes. Estaba como en un sueño. No se sentía muy desgraciado, pero sí fascinado culpablemente.

—¿Policía? —dijo la señora Boatright—. ¿Han encontrado ya el veneno que estaba en una botella de aceite?… Gracias —la señora Boatright colgó el teléfono y no gastó mucho tiempo ni muchas palabras—. Todavía no —explicó—. Sí, usted iba conmigo en el autobús. Veamos, ¿qué puedo hacer?

—Ha sido una cadena —dijo Rosemary, debatiéndose entre la desilusión y la esperanza—. El conductor la recordó a ella, y ella se ha acordado de usted.

—Y yo —dijo la señora Boatright (que aún no había dicho «¡oh, querida!» o «¡qué horror!»), me acuerdo de Theo Marsh —inclinó la cabeza y los mantuvo a raya como si tuviera una vara invisible—. Pero tenemos que asegurarnos primero.

—No hay nada en mi coche, madre —dijo el muchacho, llamado Tom, reapareciendo. Miró al grupo con curiosidad, pero no hizo ninguna pregunta.

—¿Quién…?

—¿Marsh…?

—¿Dónde…?

La señora Boatright golpeó el aire como para pedir orden.

—La única forma que conozco de encontrar a Theo Marsh es ir en coche hasta su casa. No tiene teléfono en su estudio. Se aísla para trabajar —vio que no sabían de qué hablaba—. Naturalmente es un pintor.

—¿Dónde está ese estudio? —preguntó Lee.

—Puedo explicárselo a la Policía, supongo —la señora Boatright frunció las cejas.

—¿No podemos ir nosotros? —dijo Rosemary—. Ya hemos llegado tan lejos… Es mejor que quedarse esperando…

—Y puede ser más rápido —dijo Lee— y más seguro.

—De hecho, sería más prudente —asintió la señora Boatright—. Theo Marsh puede, sólo por capricho, ocultar sus intenciones y negarse a dejar entrar a la Policía. Pero él me conoce —todos pensaban que nadie podía negarse a nada si la señora Boatright decidía lo contrario.

—Los dos Cadillacs están en el garaje y no estarán disponibles hasta las seis. Walter ha tenido que coger el coche de Dell. Me parece, Tom, que tendremos que usar el tuyo.

El muchacho quedó tan extrañado como si su madre le hubiera dicho que se quitara los pantalones para dejárselos a un vagabundo.

—Tenemos un coche, señora —dijo el conductor del autobús, con un movimiento admirativo de sus pestañas rubias—, y aún queda medio depósito de gasolina.

—Muy bien —dijo la señora Boatright—. Mona, tráeme mi chaqueta marrón, por favor, y mi bolso. Mientras tanto, Tom, registra la casa y busca un botella de aceite de oliva metida en una bolsa de papel verde. No toques de ningún modo el contenido. Es veneno. Geraldine, sirve la cena a las seis y media. Puede que llegue con retraso. Dell… —la muchacha había vuelto—, llama a tu padre. Dile que me han llamado. Si tardo, llama al señor Coster, del Gabinete de Educación, y dile que me retrasaré. Llama a la señora Peters y dile que no voy a tener las listas que me pidió hasta mañana. Que lo siento —cogió la chaqueta de las manos de su criada, que había hecho lo que le habían ordenado—. Vamos —dijo la señora Boatright. Atravesó la puerta delantera y los cinco salieron detrás de ella siguiendo su estela.

El conductor del autobús se puso al volante y colocó a la rubia a su lado y Paul se instaló en el asiento delantero derecho.

La señora Boatright dejó a Rosemary entrar primero en el asiento trasero, mientras ella se volvía y le decía a su hijo.

—No dejes que Dell se cuelgue del teléfono, puede que yo llame.

—Por Dios, mamá, encárgame algo más fácil —dijo el muchacho.

Su madre le dijo adiós con la mano, después se subió al coche y luego subió el señor Gibson, que se sentó a su lado.

—¿A dónde vamos? —preguntó el conductor, respetuosamente.

—Salga al bulevar —dijo la señora Boatright— y siga el mismo trayecto que el autobús hasta el final de la línea. El estudio de Marsh está en el campo. Es como un escondrijo. Pero creo que conozco el camino. Si no, podemos preguntarlo en el cruce.

El coche ya se dirigía hacia allí.

—No recuerdo a nadie con aspecto de pintor —dijo Lee— que se bajara al final del trayecto. ¿Usted dice un pintor artístico?

—Sí. Se bajó antes —explicó la señora Boatright—. No podemos saber a dónde iba, y de nada sirve hacer conjeturas. Debemos ir a lo seguro.

—Claro —dijo Lee—. Es, es absolutamente cierto.

—Es un estudio muy sencillo —continuó diciendo la señora Boatright—, él es un buen pintor. Pero me temo...

—¿Qué teme? —la voz de Rosemary sonaba cansada. El señor Gibson no podía verla ahora, porque la señora Boatright estaba en medio.

—Si Theo Marsh se encontrara una botella de oliva en un autobús... Por cierto, supongo que sería importada.

—Sí —dijo el señor Gibson.

—Lo aceptaría encantado, como si fuera un regalo de los dioses, y él y esa modelo suya lo añadirían sin duda al primer banquete que celebren. ¡Sería una gran pérdida! Un artista tan bueno. No podemos prescindir de los artistas.

—¿Qué hora es? —preguntó Rosemary, con los nervios en tensión.

—Sólo son las cuatro... Exactamente un minuto más —les dijo Paul—. Demasiado pronto para cenar.

—¡Vaya! —dijo la señora Boatright—. Supongo que Theo Marsh comerá cuando tenga hambre. Dudo que se ajuste a las comidas que llamamos normales.

—¿Está muy lejos? —preguntó Rosemary patéticamente.

—Treinta minutos —aseguró Lee Coffey—. ¡Si me conoceré yo este bulevar!

El coche aceleró y emprendió una veloz carrera bajando por las calles, llenas de curvas.

—Bueno, y ¿qué es todo eso del suicidio? —preguntó la señora Boatright, muy seria.

El señor Gibson se tapó los ojos con la mano.

—Desde que llegó Ethel —dijo Rosemary, apasionadamente—. ¡Desde el primer momento que llegó! No sé qué es lo que ha hecho. Yo estaba demasiado preocupada con lo que ella me había hecho a mí.

—¿Es usted su esposa, querida?

—Sí, señora —dijo Rosemary, en tono desafiante, como si alguien más hubiera reclamado ese privilegio.

—Y nuestro conductor es el conductor del autobús, ¿verdad? —la señora Boatright iba siguiendo un orden y haciendo caso omiso de las interrupciones—. ¿Y el otro caballero?

—Soy su vecino —dijo Paul—. Me llamo Paul Townsend.

—Y nuestro amigo —añadió Rosemary, con una dulzura forzada, como si estuviera luchando para permanecer tranquila y cortés.

—¿Y la señorita Severson era una pasajera? —continuó diciendo la señora Boatright—. ¿Recuerda alguno de ustedes el cuento del Ganso Dorado?

—¡Eh! —dijo el conductor del autobús—. Claro que lo recuerdo. Todo el que se adelanta tiene que ir detrás. Eso está muy bien, señora Boatright.

—Pero ¿quién es Ethel? —la señora Boatright estaba hecha un lío, y quería verlo todo claro.

—Ethel —dijo Rosemary, en un tono desesperadamente monótono—. Es la hermana de Kenneth. Es una buena mujer, una persona excelente que vino para cuidarnos, después del accidente... —alzó la voz—. No he debido decir lo que he dicho. Pero ya no puedo, no puedo, seguir agradeciéndoselo. Ya no es momento de ser agradecido. Eso ya no tiene importancia —la tensión era tan grande que empezó a llorar—. Esto es un problema terrible y se está haciendo tarde, y no quiero que la víctima sea un pintor... y que viva lejos, en el campo y sin ayuda cerca...

El señor Gibson también se imaginaba delante de un estudio lleno de cadáveres.

—No nos servirá de mucha ayuda —dijo Paul tristemente—. El veneno actúa de prisa.

—Cuando lleguemos allí lo veremos —dijo la señora Boatright—, y no antes. El señor Coffey va lo más rápido que puede. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Hace tanto tiempo... —dijo Rosemary, llorando.

La señora Boatright, que era a la vez madre y jefe a partes iguales, abrazó a Rosemary y la acurrucó junto a su pecho y empezó a acariciarle el pelo. El señor Gibson sintió un profundo alivio. Las tres cabezas del asiento delantero siguieron mirando hacia delante.

—El agradecimiento —dijo, de repente, el conductor del autobús— es para los pájaros. Hay todo tipo de facetas en estos, señora Boatright, y nosotros no sabemos ni la mitad. Pero esta Ethel, ¿comprende, señora Boatright?, le metió a Rosemary en la cabeza que ella provocó el accidente automovilístico a propósito, que fue la causa de la cojera que padece el señor Gibson. ¿Se ha dado cuenta de que es cojo? Bueno, pues esta Ethel le ha inculcado a Rosemary un enorme sentimiento de culpabilidad, ya que era ella la que conducía cuando tuvieron el choque, aunque éste fue un puro y simple accidente... pero esta Ethel es de las que saben mejor que uno mismo cuáles son los verdaderos motivos que tienes para hacer las cosas, ¿comprende?, y Rosemary cree que no debe enfadarse con Ethel, porque esta Ethel vino para ayudarles, y además es cuñada, y no creo que a Rosemary le

guste discutir con sus parientes. Hay gente que disfruta con ello, ¿verdad? Hay quien hace de eso una profesión.

—Comprendo, comprendo —dijo la señora Boatright, deteniendo su discurso—. ¿Había tratado mucho a la cuñada anteriormente?

—Nunca —dijo Rosemary, sollozando.

—Dejadla llorar —indicó Virginia—. Llora lo que quieras, Rosemary.

Paul se volvió hacia atrás.

—Mire… no creo que todo esto vaya a servir de mucho.

—Ya es hora de que se desahogue —dijo la enfermera, con furia —, y el señor Gibson también.

Pero el señor Gibson estaba sentado, con los ojos secos y asombrados.

—Lo siento —suspiró Rosemary—. No es que sea Ethel por sí misma. Ya lo sé, son sus ideas, la forma que tiene de pensar y ¿qué puede uno hacer? Ya sé que soy como un conejito, pero incluso si no se es cobarde, ¿cómo se puede luchar contra una cosa así? Yo me lo digo a mí misma… y se lo he dicho a ella… que cómo podía yo desear una cosa así. Pero ella dice que yo no podía saberlo, que yo sería la última persona en saberlo. ¿Y cómo se puede discutir con una persona que le da la vuelta a todo lo que se le dice? ¿Que sólo te hace pensar, en cuanto abres la boca, que estás soltando una horrible bestia que llevas en el interior? Si insistes, ella dice: ¡Ajá!, protestas mucho, por lo tanto, eso quiere decir que realmente piensas lo contrario de lo que dices. Si hablas alto porque crees firmemente que tienes razón… entonces dice que el hablar muy alto sirve para ocultar la verdad y creerse las propias mentiras. Es algo enloquecedor. No puedes saber nada. No puedes confiar en tí misma en absoluto.

—Predestinada —dijo el señor Gibson, pensándolo al mismo tiempo. Pero nadie pareció oírle.

—Lo que me gustaría saber —dijo Lee Coffey, enojado— es quién le da esa Ethel licencia para leer las mentes, ¿eh? Le doy a Rosemary la misma oportunidad de saber, como Ethel, lo que Rosemary quiere decir cuando dice lo que dice.

—No, no puede —dijo Rosemary, llorando—. Usted es el último. ¡Eso es lo tremendo!

La enfermera soltó alguna palabra furiosa por lo bajo. El conductor asintió enérgicamente con la cabeza.

—El agradecimiento —dijo la señora Boatright, acariciando rítmicamente el pelo de Rosemary con una mano regordeta y enjoyada — dura algún tiempo después del hecho que lo ha causado. Pero es como el fuego. ¿No cree? Se enciende, arde, y calienta. Pero necesita combustible. No puede durar siempre si no se alimenta.

La señora Boatright estaba pronunciando un discurso. Tenía la

voz clara y sabía cuándo y cómo debía respirar para resultar más elocuente. Incluso Rosemary dejó de llorar para poder oírla.

—Nadie debe sentirse prisionero de una vieja gratitud —recitó la señora Boatright—. Creo que los niños de este mundo están esclavizados por el comercio que hacen sus padres con su gratitud por antiguos hechos que, para empezar, solamente debieron haber sido realizados por amor. Creo que los padres que se lamentan por todos los problemas que les ha acarreado esa relación de cuerpo y sangre, están muy resentidos, y, sin embargo, la sangre, que es más espesa que el agua, se mortifica a sí misma por estar resentida. Me estremezco ante tanta desgracia. El agradecimiento puede ser algo terrible cuando se convierte en deuda, ¿sabe?, y hay culpa y repugnancia. Pero si continúa alimentándose, se crea la fe y el respeto mutuo y aumenta la confianza en el amor y en la amistad. Entonces la gratitud se convierte en algo mejor. En algo permanente —se detuvo y ¡parecía estar esperando que la gente golpeara la mesa con las manos. Pero sólo se oía el ruido del coche que iba a toda velocidad y a Rosemary que decía: «Lo sé...», atragantándose.

—Si, por ejemplo, los padres —dijo la señora Boatright melancólicamente, con una voz más íntima —pudieran crecer y convertirse en amigos de sus hijos... ¿tiene hijos, querida?

Paul dijo precipitadamente, casi alarmado:

—Sólo llevan casados... menos de tres meses.

Hubo un profundo silencio... excepto por el ruido que hacía el coche al avanzar.

—¿Es cierto? No lo sabía —exclamó Lee Coffey, al cabo de un momento.

—Una novia y un novio —dijo Virginia, despacio, acariciando tristemente con su voz las palabras.

La noticia empapó la estructura de sus especulaciones, tiñiéndolo todo de diferentes colores. El señor Gibson tenía ganas de gritarles: no, no lo entendéis. Sólo fue un arreglo tonto y poco realista. Yo tengo cincuenta y cinco años, y ella tiene treinta y tres. Nos llevamos veintitrés años.

Pero no gritó nada.

La señora Boatright se volvió y le dijo:

—Rosemary no se lleva bien con su hermana. Rosemary ha sido muy desgraciada. Pero Rosemary no fue la que robó el veneno, ¿verdad?

—No —dijo—. No.

—Entonces, ¿qué es lo que le pasa? —le preguntó.

No pudo contestar nada.

Paul se dio la vuelta.

—Usted, ciertamente, ha organizado un buen alboroto —dijo—.

Podía haber pensado un poco en Rosie por lo menos. Y en Ethel. Y en mí, si a eso vamos. Si pensara en los demás y no sólo en usted…

—El piensa en los demás —dijo Rosemary débilmente.

—No. Hoy no —insistió Paul—, y lo que ha hecho es un pecado —echó la cabeza hacia adelante, esperando. Tenía el cuello tieso y estaba furioso.

—¡Oh!… Y que el Dios eterno no haya dictado su ley en contra de aquel que se mata a sí mismo… —murmuró por lo bajo el conductor del autobús—. Es eso lo que quiere decir, ¿eh?

—Usted ya sabe lo que quiero decir —dijo Paul, enfurruñado.

La señora Boatright, que tenía la costumbre de no abandonar un tema hasta dejarlo bien aclarado, dijo:

—He trabajado con la Cruz Roja, en el Gabinete de Educación, en la Sociedad de Fomento de las Naciones Unidas, en el Consejo de Bienestar Juvenil, de Mujeres Americanas, para la Higiene y Seguridad del Hogar y para la Iglesia, naturalmente, y colaboro con todos esos grupos. Pero no para «los demás». ¿No es éste mi mundo?, y, mientras estoy aquí, ¿no es asunto mío? Hay algo que falla en la palabra «otros» —dijo reservadamente—, que nunca me ha gustado.

—Eso no es determinante —dijo, de repente, Virginia—. Muéstreme un paciente. Un «otro».

—Las probabilidades no son buenas —dijo Lee Coffey, pensativamente—. Por lo menos hay dos billones de «otros», pero sólo hay uno como tú. No puedes interesarte, excepto de forma vaga y falsa, en todo el conjunto de personas que son los demás.

—Eso es —dijo la señora Boatright cordialmente—, sólo se puede empezar por donde se está.

—Aunque, una vez que te has metido en este negocio —dijo Virginia dulcemente—, sigues adelante.

—Una cosa va detrás de la otra —dijo el conductor, de acuerdo con ella, y la enfermera le miró nuevamente con aquella rápida inclinación de cabeza.

—¿Le pagaban a usted, señora Boatright? —dijo Rosemary, irguiéndose repentinamente.

—Naturalmente que no —contestó la señora Boatright, escandalizada.

—¿Lo ven? Ella es un solo parásito —dijo Rosemary, medio histérica.

—¡Eh! —exclamó Lee Coffey—. Esto me suena igual que si lo hubiera dicho Ethel. ¿Ethel dice que cualquier señora cuyo marido tenga dinero es sólo un parásito? Me apuesto algo a que lo dice. Por eso nunca encontró un ejecutivo poderoso como el señor Boatright. Les digo que esa Ethel lo tiene todo clasificado. ¡Eh!, y ¿qué dice de las rubias? No me lo han dicho.

—Las rubias —dijo Rosemary, claramente— son estúpidas aves voraces.

—¿Verdad que sí que lo son? —dijo Lee cariñosamente a su rubia —. ¿No lo son todas ellas? Esto quiere decir que tú también lo eres, cariño. Tú y el que se define como tu paciente —hizo castañetear los dedos—. ¡Oh!, amigos, eso es lo que le pasa a Ethel. Exactamente esto. Empieza con «algunos», sigue con «muchos», y no se da cuenta de que descarrila en «todos».

—Ethel es insoportable —dijo Paul, de mal humor—. Te lo dije, Rosie, el día en que hizo que casi te volvieras loca.

—Ethel —dijo la señora Boatright, pensativamente— empieza a parecerme como el chivo expiatorio.

El señor Gibson se estremeció y dijo, ásperamente:

—Sí, y todos ustedes son muy amables al estar a mi favor. No sé por qué... Pero me gustaría dejar esto bien claro: yo robé el veneno. Yo quería morirme. Yo, estúpida y criminalmente, lo dejé en el autobús. Yo soy el responsable, el culpable, y estoy equivocado y soy tremendamente culpable.

El sabía que eso era perfectamente cierto.

—Sí —dijo el conductor del autobús, pensativamente—, cuando uno lo piensa, esa es la verdad.

Pero el señor Gibson estaba pensando medio aturdido... «Sí, pero si yo soy digno de culpa, quiere decir que hay libertad. Podía haber actuado de otra manera. Sin libertad no hay culpabilidad, y viceversa.» Su cerebro estaba flotando. «No sé, creí que lo sabía, pero no lo sé.»

—No sirve de nada echar las culpas —estaba diciendo el conductor del autobús—. No debe consumirse. No se debe soplar en las cenizas, ¿eh, señora Boatright?

—Apunte un error —dijo la señora Boatright— para futuras ocasiones... Ahora, Rosemary, empólvese la nariz, píntese los labios y anímese. Quizá Teo Marsh estará completamente en una obra de arte y no piense de momento en alimentarse ni por lo más remoto. Sería muy propio de él.

—No tengo barra de labios —se lamentó Rosemary.

—Use la mía —dijo Virginia calurosamente.

—Poned buena cara, chicas —dijo el conductor del autobús, tolerante—, un hombre, con afeitarse...

El señor Gibson vio a Paul Townsend frotándose la cara.

Todo le extrañaba. Ellos seis. Aquella tripulación heterogénea lanzándose al campo con una suposición y una plegaria y conversando de aquella forma.

El señor Gibson se oyó a sí mismo riéndose entre dientes.

—¿Sabe? Esto es sorprendente —dijo. Ninguno de ellos se puso de

acuerdo. Sintió que todos le miraban. Lee por el retrovisor, Virginia y Paul volviéndose. La señora Boatright a su lado, Rosemary volviendo la cabeza. Todo los ojos decían «¿Qué quieres decir?, ¡en absoluto!».

—¿Estamos llegando? —preguntó Rosemary.

—Sí —dijo la señora Boatright.

Cuando pasaron por el sitio donde dejaron el autobús amarillo en el borde de la calle, ya se había ido.

—¡A lo mejor me han despedido! —exclamó Lee.

Nadie pudo contestarle, y como parecía que lo había dicho alegremente, muy alegremente, con curiosidad, ninguno intentó consolarle tampoco.

Al cabo de un rato la señora Boatright dijo:

—Es una carretera muy sucia. Está a la derecha, unos metros más allá de la bifurcación. La casa es de madera pintada de marrón. Está sobre una loma.

—Veo una casa como ésa —dijo Virginia—. Mire, ¿es esa? ¿Allí arriba?

18

La baja estructura que se levantaba sobre la colina no sólo parecía rústica, sino abandonada. La fachada estaba vacía. Los hierbajos llegaban hasta el escalón de la entrada. En una pequeña terraza de ladrillo rojo invadida de hierba salvaje, había unas cuantas tumbonas de madera roja desvencijadas con los cojines raídos y descoloridos. Un gato bajó saltando de una de ellas y se internó en la maleza.

No se oía ningún ruido, ni de la casa salía señal alguna de vida.

La señora Boatright golpeó la puerta vivamente.

La puerta se abrió hacia adentro sin hacer ruido. Pudieron ver hasta el fondo una enorme habitación, que tenía la pared opuesta a la puerta toda de cristal, de forma que el espacio estaba inundado de claridad y de luz directa. Lo primero que vio el señor Gibson fue un cuerpo.

El cuerpo pertenecía a una mujer que llevaba una chillona falda larga de color azul eléctrico y nada más. Estaba tumbada en un catre sin respaldo. Al tiempo que el señor Gibson parpadeaba, se levantó, el torso desnudo se retorció. Estaba vivo.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¡Mary Anne Boatright! ¡Bien! ¿Es esto una tertulia?

—dijo la voz de un hombre.

El torso se estaba poniendo una camiseta suelta, y algo deshilachada por las costuras de los hombros. No pegaba mucho con la costosa falda de seda y el bordado dorado.

—Es una cosa importante —dijo la señora Boatright—, si no, no te hubiera molestado, Theo.

—Espero que lo sea —dijo la voz—. Será mejor así. No importa. Acabo de decidir que estoy cansado. Ponte la camisa, Lavinia.

—Ya lo he hecho —dijo la mujer o la muchacha que había en la tumbona y que ahora estaba sentada como un bulto. Cruzó sus pies desnudos uno sobre el otro. Tenía los ojos enormes, oscuros y tranquilos como los de una vaca.

El señor Gibson arrancó su mirada de ella, para mirarle a él.

—Theodoro Marsh —dijo la señora Boatright, formal, pero rápidamente.

—Estos son: la señora Gibson, señorita Severson, señor Gibson, señor Townsend y el señor Coffey.

—No parece que formen tertulia —dijo el pintor—. ¿Qué son ustedes? Creo que ya he visto antes a alguno de ustedes en algún lugar.

Era alto y delgado como un espantapájaros. Llevaba pantalones

de tweed, una camisa rosa y una chaqueta negra. Tenía el pelo completamente blanco y daba la impresión de que no se lo había cepillado nunca, sino que permanecía en su estado natural. Tenía la cara acartonada y astuta y las manos huesudas. Debía de tener setenta años.

Estaba lleno de energía. Se movía ágilmente, todo ángulos, rogándoles que entraran. Tenía los dientes amarillos, todos menos tres, que eran demasiado blancos para entonar con los demás. Era obvio que eran postizos. Su sonrisa hacía recordar una mazorca de maíz blanca y dorada. Estaba claro que no se había envenenado.

—¿Ha encontrado una botella de aceite de oliva? —le preguntó Rosemary de repente.

—Yo, no. Siéntese y explíqueme.

El señor Gibson se sentó. Se encontraba débil y sofocado. La enfermera y el conductor se sentaron uno junto al otro. Paul se quedó de pie según su costumbre, evitando fijar su mirada en los pies desnudos de la modelo.

La señora Boatright, de pie, perfectamente encorsetada, le contó al pintor toda la historia de forma sucinta y efi caz. Rosemary, que estaba a su lado, subrayaba todo lo que ella iba diciendo con silenciosos gestos de ansiedad.

Theo Marsh contuvo su energía hasta escuchar el rápido relato. Comprendió la situación de forma completa y rápida.

—Sí. Yo iba en el autobús. Lo cogí delante de la Biblioteca Pública a última hora de la mañana. ¿Es usted el conductor? No había estudiado su cara.

—Pocos lo hacen —dijo Lee, encogiéndose de hombros.

—¿Puede usted ayudarnos? —interrumpió Rosemary, impacientemente—. ¿Ha visto que alguien la cogiera?

El artista retiró la mirada del conductor del autobús y la posó en Rosemary. Ladeó la cabeza bruscamente hacia la derecha como para mirar a ver qué aspecto tendría boca abajo.

—Puede que la haya visto —dijo tranquilamente—. ¡Veo muchas cosas! Se lo diré en un minuto. Déjeme que recuerde la imagen.

La señora Boatright buscó un sitio. Finalmente dejó caer su peso en una silla tan regiamente que muy bien podía parecer una reina.

—Usted, la de las preocupaciones y la graciosa espalda —dijo el pintor—, siéntese y deje de reírse nerviosamente. Desprecio a las mujeres nerviosas. No deben distraerme, ¡cuidado!

Rosemary se sentó en el único sitio libre que quedaba, en el canapé con la modelo… Se sentó… y su espalda fue ágil… tan silenciosa como un ratón.

(Ratón, pensó el señor Gibson. ¡Oh!, ¿cómo hemos podido llegar

hasta aquí tú y yo, que seguramente no queríamos hacerle daño a nadie?)

Los seis, más Lavinia, la modelo, se quedaron mirando solemnemente a Theo Marsh. El disfrutaba con eso. No se sentó. Se movió por todas partes. Era todo ángulos, arriba y abajo.

—Verde —balbuceó el señor Gibson.

—¿Verde? —dijo despectivamente el pintor—. Mire por la ventana.

El señor Gibson miró, parpadeó y luego dijo:

—¿Sí?

—Por lo menos hay treinta y seis tonos diferentes y distintos de verde ahí fuera. Lo sé, los he contado. Los he reflejado en un lienzo. Así que dígame de qué color era la bolsa.

—Era una especie de... —dijo débilmente el señor Gibson—, bueno, verdoso.

—Tienen ojos y no ven —dijo tristemente el pintor—. Está bien —empezó a actuar como una ametralladora disparando palabras.

—¿Verde puro?

—No.

—¿Verde amarillento? ¿Chartreuse? ¿Ha oído hablar de eso?

—No, no era...

—¿Verde hierba?

—No.

—¿Verde Kelly?

—No.

—¡Theo! —exclamó la señora Boatright.

—¿Estoy dando el espectáculo, Mary Ann? —dijo el pintor, sonriendo.

—Sí —replicó la señora Boatright.

—Bueno, entonces, lo dejaré —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Sería verde grisáceo?

—Sí, sí —dijo el señor Gibson—, era pálido, desvaído...

—En otras palabras, verde bolsa de papel —dijo el pintor afablemente. Se fue hacia la izquierda y se detuvo en seco—. Me senté en el lado izquierdo del autobús —dijo soñadoramente—. Durante los primeros diez minutos estuve estudiando un sombrero. ¡Qué flores! Eran de tonos color sandía, y bonitos pétalos, lo cual es inverosímil. Bueno, seguiré. Le vi a usted... el hombre de bellos ojos que no puede distinguir un verde de otro.

—¿Yo? —exclamó el señor Gibson.

—Un hombre infortunado, pensé —siguió diciendo el pintor—. ¡Oh, sí! Usted tenía en la mano izquierda una bolsa verde de papel.

El señor Gibson empezó a temblar.

—Le observé durante un rato. ¡Cómo envidiaba su juventud y su

pena! Me dije a mí mismo: ¡ese hombre vive de verdad!

El señor Gibson pensó que uno de los dos se había vuelto loco.

Los ojos del pintor se deslizaban bajo los párpados medio cerrados.

—Le vi poner la bolsa en el asiento —ahora tenía los ojos cerrados, pero, sin embargo, seguía observando—. Sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno forrado de negro.

—¿Yo... hice eso?

—Sacó un bolígrafo de oro, de unos diez centímetros de longitud, y se puso a escribir. A pensar y a escribir.

—¿Yo lo hice? —el señor Gibson empezó a palparse los bolsillos.

—Se puso a .cavilar tanto que dejó de escribir. Entonces dejó de interesarme. No había nada más que ver. Además, descubrí una oreja sin lóbulo, dos asientos delante de mí.

Rosemary se había levantado de un salto. Se puso al lado del señor Gibson cuando éste sacó de su bolsillo un cuadernito y hojeó las páginas. Sí, tenían marcas de bolígrafo.

Miró lo que había escrito en el autobús. «Rosemary... Rosemary... Rosemary.» Solamente había escrito su nombre tres veces, nada más. Eso era todo.

—Estaba intentando... escribirte una carta —dijo, tartamudeando, y alzó la vista.

Los ojos de Rosemary eran misteriosos... tal vez tristes. Ella movió la cabeza ligeramente, volvió despacio a la tumbona y se sentó. Lavinia cambió los pies de postura, y puso el que tenía arriba, debajo.

—Te vi a ti, Mary Anne —dijo el pintor—, y me hice el distraído; perdóname, pero no quería alborotar ni hacer una exhibición.

—Yo te vi, ya lo sabes —dijo tranquilamente la señora Boatright —; si no, no estaríamos aquí. Es que no era sitio para exhibirte provechosamente en ese momento.

—¿Te ocultaste? —suspiró el pintor—. Somos barcos perdidos en la noche. Soy un hombre vanidoso, ¿verdad? Bueno, veamos, veamos.

—¿Y la bolsa de papel? —insistió Rosemary.

—Silencio, veamos —el pintor torció los ojos—. ¡Ah, sí! El rostro con forma de corazón. La vi.

—¿A mí? —dijo Virginia.

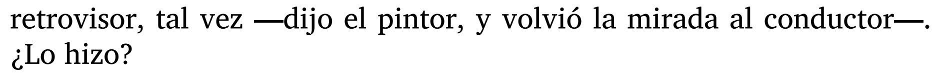
—En el lado derecho, ¿bastante adelante?

—Sí.

—Donde podía volver esos hermosos ojos hacia donde quisiera —dijo el pintor, maliciosamente.

La cara de Virginia se puso de un color rosa pálido intenso. Lee Coffey aguzó el oído.

—No intentaré ver si él la miraba disimuladamente. Por el espejo


retrovisor, tal vez —dijo el pintor, y volvió la mirada al conductor—. ¿Lo hizo?

—¿Yo? —estalló Lee, y después dijo suavemente—: ¿Yo?

—Theo —dijo la señora Boatright, serenamente—, ya estás luciéndote otra vez, y comportándote como un niño travieso.

—No me preocupa que se sienta avergonzada —dijo el conductor del autobús tiesamente—. Sigamos con el tema del veneno.

El pintor agitó las manos.

—No me hagan caso —dijo, irritado—.

Veo las cosas, no puedo evitarlo —(El conductor del autobús tomó la mano de la enfermera entre las suyas, aunque ninguno de los dos pareció darse cuenta de ello, ni se miraron.) El pintor se cogió las manos por detrás y arqueó su fino cuerpo y se balanceó sobre las puntas de los pies—. Había una oreja...

—¿La oreja de quién? —preguntó Rosemary, con furia.

—No podría decirlo, sólo me fijé en la oreja. Podríamos anunciarlo. Esperen un minuto... ¿No ha dicho Anne Mary que se llama usted Gibson?

—Sí.

—Entonces, alguien le habló.

—¿Lo hicieron? ¡Es verdad! —dijo el señor Gibson—. Sí, es verdad. Alguien dijo mi nombre dos veces. Una vez, mientras esperaba el autobús, y la otra justo en el momento en que me apeaba. Alguien me conocía.

—¿Quién, Kenneth, quién?

—Yo... no lo sé —dijo, avergonzado—. No le presté atención.

—Estaba deshecho —dijo el pintor, asintiendo enérgicamente; parecía un pavo, con las barbas temblando—. Estaba deshecho. Pude darme cuenta de ello.

—¿Se fijó en quien le habló? —preguntó Rosemary.

El pintor pareció confundido.

—Maldición si lo hice —dijo, preocupado—. Tengo tanta memoria visual, sí, lo oí. Pero no me hice una imagen del que había hablado. No lo relacioné. Sin embargo... —hizo una pausa para atraer su atención, hasta que todos los allí presentes estuvieron pendientes de él—. Creo que vi a alguien coger la bolsa.

—¿A quién?

—¿A quién?

—¿A quién?

Todos estallaron como palomitas de maíz.

—Una mujer joven, una chiquilla. Una joven muy hermosa —dijo el pintor—. Estaba mirándole la cara. Pero creo que cogió la bolsa de papel verde y se la llevó al bajar del autobús. Sí.

—¿Cuándo?

—Después de que él se bajó, inmediatamente después, pero me llamaba la atención aquella oreja por su defecto.

—¿Quién era ella?

El pintor se encogió de hombros.

—La conocería —dijo—, pero tendría que verla. Los nombres, las señales, no significan nada para mí.

—¿Dónde se bajó?

—Oh, no muchas manzanas después de... —la distancia tampoco significaba nada para él.

—¿Era morena? —dijo Paul, tenso.

—Imagino que lo que quiere decir... para ponerlo crudamente... que si su pelo era de un color oscuro. Sí.

—¡Jeanie! —gritó Paul—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Señor! Pudo haber sido Jeanie. ¿Dónde está su teléfono?

—No hay teléfono —dijo la señora Boatright—. ¿Quién es Jeanie?

Paul, de alguna forma, era el centro de todo. Era alto y estaba enfadado. Los miró a todos. Era como un león furioso.

—Pero Paul —dijo Rosemary—, ¿qué te hace pensar que fue Jeanie?

—Porque había ido a su clase de música, justamente hacia esa hora. Su profesor vive en el Bulevar. Pudo subirse al autobús cuando él se bajó. Ella le conocía. Le hubiera hablado. Pudo haber ocupado el sitio que él había dejado vacío. ¡Jeanie! —el rostro de Paul se contrajo.

—¿Quién es Jeanie? —quiso saber el pintor.

—¡Mi hija! —gritó Paul—. ¡Mi hija!

—Pero si Jeanie le vio... —Rosemary se estremeció y se puso a pensar.

—¿Cómo podía saber dónde se había sentado? ¿Cómo saber que era él quien había perdido el veneno? —dijo Paul, perdiendo el control de su vocabulario a cause de su nerviosismo—. Puede que ella... ¡Oh, no! Jeanie es una muchacha sensata. Jeanie es una muchacha condenadamente sensata. Todos lo sabéis —clamó lastimosamente—. Pero tengo que llamar a casa. Si le pasó algo a Mamá. ¡Oh, no, Dios mío!... Tengo que encontrar un teléfono. ¿Dice que era guapa?

—Era adorable, que no es lo mismo —dijo el pintor.

—Jeanie es adorable. Eso es seguro. Me voy ahora mismo —Paul estaba fuera de sí—. Escuchen, a mamá le gusta cenar pronto. Jeanie estará preparando ahora la cena de mamá. Van a ser las cinco. Tengo que llamar. Si Mamá se tomara ese veneno, ¿qué haría yo?

—¿Mamá? —la señora Boatright levantó las cejas mirando a los Gibson.

—Es su suegra —dijo Rosemary, muy asustada—. Es una señora mayor..., una anciana impedida...

—Puede que sea muy mayor, pero ha vivido lo suficiente como para saber algo —Paul estaba encolerizado y más preocupado que nunca se le había visto—. Ella ha criado a mi Jeanie, me ha criado a mí, si quieren saber la verdad. Es una anciana maravillosa, el Señor la ama... Toda la casa depende de ella. Yo nunca hubiera podido salir adelante sin ella, cuando Francés murió... Escuche. Lo siento mucho pero tengo que irme y ese es... bueno, mi coche.

—Señor Marsh —dijo Rosemary levantándose—, ¿podría ser su hija?

—Podría ser —dijo Theo Marsh—. No se le parece.

—Jeanie se parece a su madre que ya murió —gritó Paul—. No se parece a mí en nada. Escuche, voy a llevarles de vuelta a la ciudad, pero tendrán que venir ahora.

—Yo conduciré —dijo Leo Coffey con repentina compasión—. Usted está preocupado y yo soy más rápido.

—¿Hay teléfono en el cruce? —gritó Paul.

—Sí, hay un teléfono —dijo Virginia que mantenía su mano en la de Lee.

—¡Oh, sí! —dijo Theo Marsh—, en la gasolinera. Levántate, Lavinia.

La modelo se levantó con su extraña vestidura. Los demás se dirigieron a la puerta.

—Esperemos —dijo el pintor.

—¿Van a venir ustedes? —dijo el conductor del autobús con curiosidad.

—Claro que voy a ir. ¡0 es que cree que no voy a estar presente para ver cómo se resuelve esto! No soy un hombre al que le guste perderse muchas cosas. Vamos, Lavinia. La dejaremos en el cruce. Su padre dirige la gasolinera.

El señor Gibson aún tuvo tiempo para quedarse admirado por ello, al tiempo que se dirigían hacia el coche.

Lee, Virginia y Paul se acomodaron en el asiento delantero como antes. En la parte de atrás, la enorme mole de la señora Boatright ocupó sólidamente el centro. A su izquierda iba Theo Marsh con Lavinia sentada en su regazo. A la derecha el señor Gibson sujetaba a su esposa, Rosemary. Se sentía confuso y sofocado, pero inmerso en un lugar agradable y cálido, al abrigo de la bondadosa y poderosa humanidad de la señora Boatright, sintiendo el contacto físico de Rosemary, presionándole las piernas mientras la rodeaba con su brazo.

El coche bajó volando por la colina. Se detuvo. Todos dieron una sacudida. Paul se había bajado y corría a llamar por teléfono. Lavinia sacudió su larga falda azul con el pie desnudo y salió

desmañadamente. El señor Gibson le oyó decir «¡Hola, papá!»

—Te sugiero que te pongas unos pantalones, y hazte cargo de los surtidores, Lavinia. Tu madre lleva cinco minutos diciéndome que ya está la comida preparada y estoy muerto de hambre.

El señor Gibson oyó que Paul decía a gritos que estaba comunicando. Que podía haber pasado algo terrible.

Theo Marsh le contestó gritando:

—Escuche, el del teléfono. Deje que Lavinia se ponga al teléfono, se puede confiar en ella completamente. Se lo aseguro —estaba apoyado en el coche haciendo gestos con sus huesudos brazos.

—No te pongas nerviosa, Lavinia —dijo el padre invisible, complacientemente—.

¿Qué pasa?

—Déjela que siga llamando —chilló el artista—. Mientras vamos hacia allá.

—Se lo diré —dijo Lavinia—. Que no toquen ningún aceite de oliva y que todos ustedes van para allá.

—Sin nervios, con calma —dijo la triste voz del hombre de la gasolinera. Estaba oculto pero no obstante el señor Gibson se lo imaginaba.

—Sí, hágalo —Paul estaba ronco—. No puedo quedarme aquí —le repitió tres veces el número de teléfono (Lavinia lo cogió a la primera). Entonces Paul volvió a meterse en el coche.

—Está bien, Lee —dijo Virginia al conductor del autobús.

—Vamos para allá —chilló el pintor alegremente—. Adiós, Lavinia. Es una buena chica. Entiende un montón de arte.

—¿De verdad? —preguntó Rosemary casi sin aliento. El coche dio una sacudida y el señor Gibson se apoyó en ella.

Rosemary se inclinó para mirar a la señora Boatright.

—Claro que es un artista, señor Marsh —dijo en un tono sospechosamente amable—. Usted vive lejos de todo para evadirse de la realidad.

—Eso de evadirme de la realidad, nada —dijo el artista, enfadado —. ¿Quién le ha dicho eso? —la señora Boatright se contrajo como para hundir el pecho contra la espalda, puesto que estaba hablando con ella en el medio—. Veo más la realidad en un minuto que cualquiera de ustedes en un día entero —continuó el artista enfurecido—. Ni siquiera conduzco. Yo...

—¿Por su vista? —dijo el señor Gibson prestamente.

—Exacto —exclamó Theo malhumorado—. Bien por usted, Gibson, si es usted el que ha hablado —el artista se refugió en su silencio. El señor Gibson se sentía como si acabara de ganar un asalto.

—¡Eh! —dijo el conductor del autobús por encima del hombro—,

¿de qué hablan?

—El que se fija demasiado, por ejemplo en una oreja, estaría en la cuneta, al menor descuido —explicó el señor Gibson.

—Apuesto a que sí.

Rosemary ahora se reía ahogadamente otra vez, como solía hacerlo antes. El señor Gibson regocijado, apretó la mejilla contra su manga, porque no se quería reír. Al fin y al cabo seguía siendo un criminal, pero sin embargo en su interior estaba inundado de gozo.

—Este Gibson es muy sagaz —le dijo el conductor del autobús a su rubia—. Resulta un cadáver muy animado, ¿eh?

—Conduzca el coche —ordenó Paul nervioso.

—Eso está haciendo —dijo Virginia en tono conciliador.

—No te preocupes, Paul —exclamó Rosemary, bastante alegre — Jeanie es una niña muy sensata.

—Ya lo sé —Paul se volvió y los barrió a todos con una mirada de acoso. Se pasó las palmas de las manos por el pelo, no para sujetarse la cabeza, sino para alisárselo, pues una vez más volvía a estar anhelante.

—Ya sé quienes son los demás, pero ¿quién es Paul? —preguntó el pintor—. El no estaba en el autobús.

—Es un vecino de ellos —dijo la señora Boatright—. Este coche es suyo. Debíamos haber avisado a la Policía, ¿saben?

El pintor dijo en voz baja.

—Dudo mucho que fuera su hija la que cogió la bolsa verde de papel. Ella era distinguida, mientras que él...

El pintor hizo un ruido indescifrable.

—Paul —explicó Rosemary bastante aturdida— es tan bueno como guapo.

—Y terriblemente aburrido —le dijo Marsh—. ¿Tengo razón?

Rosemary pasó su brazo sobre el hombro del señor Gibson para sostenerse, ya que iban a toda velocidad.

—Bueno, es bastante convencional —dijo ella suavemente—. Es agradable, pero... todo el mundo no puede ser interesante, como usted —se apoyó en el pecho del señor Gibson para observar al pintor.

—¡Oh, oh!, claro que soy muy interesante —dijo Theo Marsh.

El señor Gibson se sintió terriblemente celoso. Aquel burro engreído tenía sesenta años por lo menos.

—Y también estoy profundamente interesado por todo, ya se habrá dado cuenta. Dígame, Gibson o como se llame..., en primer lugar, ¿por qué planeo matarse? ¿No tenía dinero?

—¡Dinero! —chilló Rosemary.

—¿Por qué no? —dijo el artista—. El dinero es algo que me preocupa tener. Créame, soy un astuto acumulador de beneficios, ¿verdad, Mary Anne?

—Es un vividor y un usurero —dijo la señora Boatright tranquilamente.

—Bueno, el dinero es algo muy serio —dijo Theo con mala cara como si nadie hablara en serio—. Así que lógicamente pensé, ¿estará arruinado?

—No —repuso Rosemary brevemente.

—En cierto modo —dijo Lee Coffey, aguzando su fino oído —estaba arruinado…

—Supongo que algo le preocupa. Quisiera saber el qué, eso es todo —prosiguió Theo Marsh.

—No quiere contarlo —dijo la señora Boatright—. Tal vez no puede…

—Sí puede —dijo Theo Marsh—. El puede hablar y yo estoy escuchando. Me interesa.

—¿Ah, sí? —exclamó el señor Gibson rencorosamente. Sintió que el cuerpo de Rosemary se tensaba.

—¿Puedo adivinarlo? —dijo ella, con una voz enérgica y llena de miedo—. Se casó conmigo hace diez semanas… para salvarme. Le gusta ayudar a las personas que no tienen cobijo, ¿saben? Es su hobby. Pero cuando me curé…, tenía que seguir cargando conmigo.

—¿Qué? —chilló el señor Gibson, sintiéndose ultrajado. La agarró con ambos brazos como si fuera a. caerse debido a su agitación—. ¡No, no!

—¿Entonces qué? —preguntó ella temblando—. No sé por qué quisiste hacerlo. Sólo supongo… que es algo que Ethel te metió en la cabeza —se inclinó hacia delante separándose de él y puso las manos en el asiento delantero, apoyando la cabeza en su brazo—. Me temo que yo tengo la culpa.

El señor Gibson notó un terrible dolor en el corazón.

—No sabemos nada —dijo Lee tristemente por encima del hombro—. Todavía no sabemos qué fue lo que le pasó.

—Creo que debería decírnoslo. Hemos estado tan unidos. Por favor, díganoslo —suplicó Virginia. Su carita parecía la luna en el horizonte del asiento trasero, levantó la mano y acarició compasivamente el pelo de Rosemary—. Le vendría bien contárnoslo.

La señora Boatright dijo muy segura:

—Nos lo va a decir dentro de un minuto.

—Puede acortar si va por Appleby Place —intervino Paul.

—Ya lo había pensado —dijo Lee—, y Lavinia ya habrá hablado con ellos por teléfono.

—¡Lavinia! —espetó Paul—. La muchacha desnuda.

Era evidente que para él era imposible que pudiera estar desnuda y ser de fiar al mismo tiempo.

Marsh dijo alegremente con su elevada e incisiva voz:

—Creo que a Gibson le gusta su razón secreta. La acaricia en su corazón. No nos la enseñará. ¡Oh, no! Podríamos estropearle su diversión.

—¡No diga eso! —gritó Rosemary, enderezándose—. Se parece a Ethel.

Entonces todo el mundo se puso a hablar al mismo tiempo explicándole al pintor quién era Ethel.

—Una aficionada —gruñó el pintor. Tenía un pie puesto en el asiento delantero. Llevaba los calcetines amarillos—. Cómo detesto y desprecio a esos aficionados. Corredores aficionados, críticos aficionados. Los psicólogos aficionados son de lo peor que hay. Sacan un montón de conclusiones de un artículo que leen en una revista de veinticinco centavos... y entonces creen que ya lo saben todo. Así que tratan a sus vecinos y a sus amigos a través de su «profundo conocimiento». Hunden su mano pesada en lugares donde ni un delicado estilete puede entrar y escarban y desgarran. No hay nadie más cruel que un aficionado. Me gustaría estrangular a unos cuantos.

El señor Gibson se estremeció.

—No —dijo—. No. Quiero que sean justos con Ethel. Tendré que intentar hacerles comprender. Es solamente que... tal vez Ethel me hiciera darme cuenta de ello..., pero es el destino que está ahí.

Ya lo había dicho.

—¿El destino? —preguntó la señora Boatright animándole.

Tendría que explicárselo.

—No somos libres —dijo seriamente—. Simplemente estamos predestinados. Esto..., bueno, esto me afectó repentinamente muchísimo. El darme cuenta de..., quiero decir creer y empezar a aplicar que el hecho de la elección sólo es una ilusión. Que estamos a merced de cosas que hay en nuestro interior y que ni siquiera conocemos. Que somos incapaces de ayudarnos a nosotros mismos o a los demás.

Estaban todos callados, así que continuó.

—Somos unos incautos, unos títeres.

Lo que cada uno de nosotros hace ya está programado de antemano. Como lo de la bomba..., por ejemplo..., es inevitable que estalle, siendo la naturaleza humana lo que es...

—Tonterías —gritó el pintor—. Las tristes tonterías de siempre. Pronostíqueme algo, Gibson. Le desafío a que lo haga.

¿Va a decirme que llegó a creerse esas anticuadas tonterías?

—Sí, ya lo entiendo. Sí, lo sé. Yo también lo hice —intervino Rosemary.

Entonces todos en el coche se pusieron a hablar de repente. Todos menos Paul.

La voz del conductor se elevó por encima de las demás.

—Miren —gritó—, desde donde están sentados no pueden verlo, no pueden predecir nada. Ya se lo he dicho. ¡Los accidentes! Lo que existe es el enorme universo donde está todo mezclado...

—¿Por qué yo no puedo predecirlo?

—dijo el señor Gibson, en cierto modo defendiendo visceralmente su posición —un experto...

—No, no. Somos todos ignorantes —gritó la enfermera—. Pero los expertos son los que lo saben. No hacemos más que conjeturas. Saben que cada vez hacemos mejor las conjeturas, porque ellos intentan comprobar esas suposiciones. Debe creer eso, señor Gibson.

El señor Gibson se sintió repentinamente conmovido. El corazón se le estremeció como si algo hubiera llegado hasta él y le hubiera tocado.

La señora Boatright se aclaró la garganta.

—El esfuerzo humano organizado... —empezó a decir.

—Esto no es la Asociación de Padres de Familia, Mary Ann —dijo el artista severamente—. Esto es simplemente un hombre inteligente. Déjeme que le dé una prueba. —Se había inclinado tanto hacia delante para observar al señor Gibson que parecía que estaba agachado como si estuviera jugando al cricket—. Escuche, Gibson. Tomemos a un hombre de las cavernas.

—Sí —dijo Gibson, desesperadamente como si sus sentimientos se estuvieran deshaciendo—. Ya estoy pensando en uno.

—¿Podría él predecir que sus descendientes sobrevolarían al Polo Norte para ir de aquí a Europa?

—Naturalmente que no.

—Entonces..., ¿cómo puede usted tener tan poco talento como un hombre de las cavernas?

—¿Poco talento?

—Claro. Usted ha calculado el futuro a partir de lo que sabemos ahora, ha prolongado los viejos métodos de pensar. Lo que no ha tenido en cuenta han sido los imprevistos.

—¡Eh, eh! —dijo el conductor del autobús—. ¡Eh, eh!

—Cada paso importante que se da constituye una sorpresa, una revelación. La desintegración del átomo. ¿Quién podía imaginar que eso llegaría?

—Exactamente —gritó Virginia—. O la rueda, o la televisión. ¿Cómo podemos saber lo que vendrá después? —estaba completamente excitada—. Tal vez haya una enorme apertura en una dirección en la que difícilmente hayamos pensado...

—Buena chica! —dijo Theo Marsh— ¿Ha hecho alguna vez de modelo?

—Y también en lo espiritual —intervino la señora Boatright— y en lo mental. El hombre ha desarrollado ideales desconocidos para la

antigüedad. Esto es innegable. ¿Entendería su hombre de las cavernas lo que significa la Cruz Roja?

—O la Sociedad Protectora de Animales —dijo el conductor del autobús—. El y sus amigos de la prehistoria. El destino..., tonterías. Además, si quieres lo haces. Demos un salto, estoy hablando de la bomba atómica...

—Entonces puede que no tiren la bomba —dijo Rosemary.

Levantó las manos que tenía crispadas en una especie de éxtasis.

—Ya que el hombre puede descubrir algo que sea mejor incluso que el sentido común, mañana mismo. ¿Quién sabe? No. Ethel, Ethel es demasiado...

—Demasiado rígida, supongo —dijo el pintor—. La muerte también es demasiado rígida. El rigor es mortis. Mantenga los ojos abiertos, se quedará sorprendido.

Ese era su credo. El señor Gibson se sorprendió intentando estirar los músculos de los ojos.

—Caerá si te sientas en tu trasero a esperar que caiga —dijo el conductor del autobús—. Eso es seguro. Pero todo el mundo no se queda sentado, diciéndose a sí mismos que son tan inteligentes que pueden ver acercarse su destino. Miren, sabremos las últimas noticias de hoy cuando miremos hacia atrás dentro de cincuenta años. Y no antes. El presente nos asusta. Nos preocupa. Debe preocuparnos. Pero estas tendencias se disipan como la niebla sin que nos demos cuenta.

—¡Muy bien! —gritó el artista—. Ni siquiera sabe lo que está pasando en su propio pueblo.

—Además. También la gente puede ayudarse mutuamente —intervino Rosemary. Estaba sentada encima de las piernas del señor Gibson y se había dado la vuelta para mirarle—. Y yo soy la prueba viviente de esto. Me ayudaste porque quisiste hacerlo, Kenneth. No había ningún otro motivo.

—Hemos ganado —dijo el pintor—. Usted está dominado, Gibson. No tiene la más mínima razón. Lógicamente no puede suicidarse basándose en esa estúpida premisa —se recostó hacia atrás en el asiento y cruzó las piernas complacientemente.

—Sin embargo, la lógica... —dijo el conductor del autobús dubitativamente.

La enfermera, de repente, apoyó la frente en su brazo.

—Si ve que estaba equivocado, debe admitirlo; es la única manera de progresar —dijo la señora Boatright con energía.

Y entonces esperaron.

La mente atormentada del señor Gibson se calmó, triste y lenta como una pluma.

—Pero a causa de mi error —dijo tranquilamente—, puedo ser el causante de una muerte.

—Si le pasa algo a Mamá o a Jeanie, nunca se lo perdonaré —exclamó Paul sin poderse controlar.

—No diga «nunca» —dijo Virginia amablemente, levantando la cabeza.

—No resulta científico decir «nunca», ¿eh? —dijo el conductor del autobús. Se inclinó y le besó en la oreja.

El coche dejó el bulevar y se metió en una calle pequeña.

Todos estaban callados. Ya no estaban excitados. El veneno seguía perdido. No lo habían encontrado.

Se aprende a base de errores, en la culpa hay responsabilidad; en la ignorancia hay esperanza y en la vida, sorpresas, y aunque en el Destino hubiera esos fallos, no habían logrado aún poner las manos en esa botella llena de muerte, etiquetada inocentemente con aceite de oliva. Aquello no era una simple imaginación.

19

El señor Gibson sentado con su esposa en el regazo, y aquello le producía una sensación agridulce.

—Rosemary —dijo suavemente al cabo de un momento, casi en un murmullo—. ¿Por qué dijiste que no te habías pinchado... cuando lo hiciste?

—¿Por qué creo que lo dije? —su rostro se había dulcificado y había desaparecido la amargura que reflejaba—. Simplemente no quería que Ethel supiera... La respiración de ella le bañaba la frente.

—¿Sabes el qué, ratoncito?

—¡Cuánto me gustaba nuestra casa! —dijo Rosemary separándose un poco y mirándole a los ojos—. Mis... sentimientos. A ella no le gustan los sentimientos. Supongo, que yo soy un poco sentimental, pero no quería irme.

El señor Gibson cerró los ojos.

—Pero tú te fuiste, Kenneth, a partir del accidente —susurró apoyándose en su cabeza—. ¿Qué te dijo Ethel? —él escondió el rostro en el pecho de ella y pudo oír cómo le latía el corazón—. Yo pensé que tal vez tú estabas de acuerdo con Ethel, en que yo había intentado librarme de nuestro compromiso. Incluso así habrías sido amable conmigo. Yo no sabía qué pensar.

—Eso fue un accidente —murmuró—, ya te lo dije, ratoncito...

—Yo te dije cosas..., pero parecía que no te lo creías. Ella es tu hermana, tú la respetas. Yo creía que te fiabas de ella, y decías que no te acordabas. Tuve miedo... Ella me tenía tan confundida...

—Gire a la derecha —ordenó Paul—. Aquí. Eso es. La tercera casa —Paul parecía que ahora sólo tenía un propósito. Paul, el que le había dicho que no se preocupara cuando todo el mundo lo hizo, pero que les obligaba a preocuparse cuando no tenían por qué hacerlo. Paul, que era tan joven, y bajo cuyos amables modales se ocultaba un muchacho malhumorado.

—Ethel habrá llegado ya, supongo —dijo Rosemary, respirando profundamente.

Se movió, aumentando la distancia que había entre ellos. El coche se detuvo. El señor Gibson abrió los ojos. Vio a su izquierda el tejado de la casita con su parra. Percibió la sensación del hogar. Pero él ya no tenía hogar..., nunca más. Había estado confundido y pensó tristemente que aquella confusión desesperada había causado su ruina.

Salió cojeando y subió hasta la terraza principal de la casa de Paul.

Jeanie Townsend, viva y llena de energía, abrió la puerta y gritó

vivamente:

—¡Oh! ¿Lo habéis encontrado?

—Esta no era —gruñó Theo Marsh—. No creo.

Paul la apretó entre sus brazos.

—Estaba tan asustado, cariño —dijo jadeando—. Pensé que a lo mejor te habías subido en el mismo autobús... y creí que tal vez, tú tenías ese veneno.

—¡Oh, Papá, por Dios! —Jeanie se agitaba indignada para separarse de él—. ¿Crees que soy tan tonta?

—¿Cómo está Mamá? —Paul la dejó y corrió a meterse en la casa.

Era evidente que allí no había ningún veneno.

Jeanie observó aquella cuadrilla... media docena de personas que se abalanzaban sobre la puerta.

—¿Quieren pasar? —les gritó. La niña bien educada mantenía una lucha con la niña enfadada.

—¿Ha llamado Lavinia? —le preguntó Lee Coffey; hablaba con ella en el mismo tono que con los mayores. ,

—Alguien llamó. ¿Era Lavinia? Nosotros ya lo .sabíamos, lo dijeron por la radio —Jeanie inclinó la cabeza. Llevaba el pelo corto. Tenía puesta una falda roja y una blusa blanca e iba calzada con unas zapatillas trenzadas, rojas—. Cuando me acerqué al buzón de las cartas, hace ya bastante rato, lo oí en la radio de la señorita Gibson. Así que puse la nuestra —se mostraba muy digna, como si lógicamente supiera lo que pasaba por el mundo.

El señor Gibson miró a Rosemary y ella le devolvió la mirada.

—Entonces Ethel lo sabe —murmuró él. No podía ver ni un centímetro del futuro. Rosemary se le acercó hasta rozarle con el hombro.

—Bueno, supongo que no debe saber que era usted —dijo Jeanie retrocediendo para meterse en la casa—. Porque no dijeron su nombre en la radio. Fue la abuela la que lo sospechó.

—Y ¿por qué no fuiste corriendo a decírselo a Ethel para aclarárselo como buena vecina?, ¿eh? —le preguntó el conductor del autobús con curiosidad.

—No —repuso Jeanie, parecía que aquello la hubiera trastornado un poco, pero no supo razonar ninguna excusa. Era evidente que no había querido ir a comentar nada con Ethel Gibson—. ¿Es que no van a entrar ustedes?

Entraron todos.

Paul estaba en el cuarto de estar, arrodillado junto a la anciana señora Pyne. Su hermosa cabeza estaba inclinada. Resultaba una postura extraña en él..., teatral y ridícula. La señora Pyne estaba hablándole como a un niño.

—Pero Paul, querido, no tenías que haberte preocupado ni un momento por Jeanie o por mí...

—Nunca sabrás —gemía Paul. Parecía un gran actor.

Jeanie echaba chispas por los ojos.

—¿Cómo has podido pensar que iba a tomarme cualquier comida rancia que me encontrara por ahí o que se lo iba a dar a la abuela? ¿Crees que no sé lo que hago? ¡Francamente..., Papá!

Pero Paul seguía ‘allí, de rodillas.

La señora Pyne sonreía ahora a todos los presentes y su sonrisa desarmó al señor Gibson.

—Me alegro de verle —dijo la vieja dama—. He estado rezando por usted sin parar desde la última vez que le vi.

El señor Gibson se acercó a ella y le tomó su mano frágil y enjuta. Tenía fuerza en la mano. Quería agradecerle sus plegarias, pero le resultaba violento, como si se pusiera a aplaudir en la iglesia. Además, para él era una auténtica extraña, ahora que la veía como el alma de aquella casa.

—Perdóneme —dijo Theo Marsh en tono profesional—. ¿Estaría usted interesada en posar como modelo? —la señora Pyne le miró estupefacta.

—Me llamo Helen Pyne —dijo la vieja dama con voz enojada—. ¿Quién es usted, señor?

—Theodore Marsh, un humilde pintor —Theo parecía un payaso —. Siempre ando buscando caras interesantes.

—Humilde, ¿eh? —murmuró cómicamente el conductor del autobús—. Yo soy Lee Coffey, conduzco el autobús.

—Yo soy Virginia Severson, una pasajera.

—Yo soy la señora de Walter Boatright —dijo aquella dama, como si eso lo explicara todo. Se quedó allí de pie, como si fuera el conferenciante de turno aquella tarde y estuviera repasando sus notas mentalmente.

Pero fue Rosemary la que empezó a gritarle a Theo Marsh.

—Si no fue Jeanie a quien usted vio..., entonces no sabemos...

—No era Jeanie —dijo el artista. Había inclinado la cabeza como para poder ver a la señora Pyne boca abajo. El señor Gibson se sintió liberado. El también vio el rostro de la vieja dama. La dulzura que había en sus ojos, la firmeza de su delicada barbilla. La señora Pyne no sólo era más hermosa, sino que incluso era mucho más bonita que Jeanie.

—¿Entonces, quién fue? ¿Entonces, quién fue? —imploraba Rosemary.

—Tengo mucha confianza en el departamento de Policía —dijo decididamente la señora Boatright, y se sentó. Rosemary se la quedó mirando y corrió al teléfono.

Paul salió del trance de oración o de lo que fuera, en el que se hallaba sumido.

—¿Cómo sabíais todo lo que estaba pasando? —le preguntó a su madre política, como si la estuviera adorando.

—Yo sabía que pasaba algo malo, naturalmente —le dijo la anciana sobriamente —cuando oí la llamada de Rosemary. Cuando Jean puso la radio, supe inmediatamente quién había dejado la botella en el autobús. Había visto tanta preocupación en su rostro, ¿sabes? Aunque yo no podía hacer nada.

—Señora Pyne —dijo el señor Gibson impulsivamente—. Lo que usted me dijo lo hizo imposible. No creo que lo hubiera hecho. Pero, naturalmente, entonces el problema ya era diferente. Ya había perdido el veneno.

—Y no lo ha hallado todavía —dijo ella tristemente.

—No —sus ojos se encontraron. El aceptó su culpa y el perdón que ella le otorgaba.

—Debemos rezar todos —dijo la señora Pyne.

—¿Problemas? —dijo el conductor del autobús. Volvió los ojos hacia Virginia—. Problemas y lógica..., ¿cómo pueden ponerse de acuerdo? No creo que lleguemos al fon...

Virginia le hizo callar con un gesto.

Rosemary que estaba en el teléfono se lamentaba:

—¿Nada? ¿Nada en absoluto? —colgó y se volvió hacia ellos—. Nada, no hay ninguna noticia en absoluto —dijo retorciéndose las manos.

—La falta de noticias son buenas noticias —afirmó Paul.

Pero todos se miraban unos a otros.

—Es un callejón sin salida, ¿eh? —dijo el conductor del autobús —. Estamos dando vueltas a un sueño y ya no tenemos dónde ir — exhalaba vapores de energía que se enrollaban sin tener a dónde dirigirse.

—¡Piensa! —le dijo Virginia fieramente—. Yo estoy intentado pensar. Piense, señora Boatright —la pequeña enfermera cerró los ojos.

La señora Boatright cerró los ojos pero movió los labios. El señor Gibson se dio cuenta de que la señora de Walter Boatright estaba importunando a alguien superior en el cielo en nombre suyo.

Pero habían llegado al final. No tenían más sitios donde ir. Tenía que poner los pies en el suelo. Había llegado el momento de hacerse cargo de las cosas.

—Todos ustedes han hecho tanto por mí —dijo con energía—. Han hecho maravillas. Ahora deben volver todos a sus ocupaciones, con mi agradecimiento y mi amor. Supongo que al fin y al cabo... todo

está en las manos de Dios (¿sería eso lo mismo que el destino?, pensó). Rosemary y yo debemos ir a ver a Ethel. —este era su deber.

—Sí —aceptó Rosemary sombríamente.

—¿Está Ethel por aquí cerca? —dijo Theo Marsh con un brillo de malicia en su mirada.

—¡Theo! —exclamó la señora Boatright advirtiéndole.

Paul Townsend ya se había recobrado, y volvió a actuar como anfitrión de la casa.

—¿Qué les parece si tomamos primero una copa? Creo que necesitamos una. No se preocupe Gibson... —se paró en seco.

—¡Hurra! ¡Hurra! —dijo el conductor del autobús—. Cada uno a lo suyo. Eso es lo que hace que ande la muía —se mordió tristemente la uña del dedo gordo.

—Creo que les he arrastrado hasta aquí para nada —dijo Paul con aspecto de niño travieso.

—Un trago no me haría ningún daño —dijo Lee—. A Virginia también le gustaría tomar algo.

Theo Marsh estaba apoyado en el borde de la mesa como un pájaro inquieto.

—Yo estoy más sediento que el desierto en agosto —confesó—. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Me parece que no seguimos un procedimiento de actuación claro —señaló la señora Boatright. Reunió toda su energía—. Voy a llamar a casa para que me envíen un coche y poder llevar a cualquiera de ustedes donde les apetezca. Pero primero creo que me gustaría tomar una bebida muy suave. Gracias, Paul. Mientras tanto podemos pensar en algo —la señora Boatright no estaba acostumbrada a dejarse vencer por las circunstancias.

—Te ayudaré a servir las bebidas, papi —dijo Jeanie, y el conductor del autobús empezó a contarle a la señora Pyne la historia de su búsqueda.

Era curioso pero aquello parecía una reunión festiva, y en una reunión la lengua se suelta una vez que se ha roto el hielo. El señor Gibson se sentó en un sofá, junto a Rosemary, intentando recordar que era un criminal. Alguien en algún sitio podía estar muerto, o estar muriéndose, por su culpa.

La joven Jeanie parecía haber comprendido la atmósfera de distensión. Sosteniendo la bandeja, les dijo a los Gibson:

—Siento haberme puesto así, pero papá debía haber confiado en mí. ¡Dios mío! Siempre se preocupa demasiado por mí.

—Está tan encariñado contigo, querida —dijo Rosemary—, y con tu abuela también.

—Está terriblemente pegado a las faldas de la abuela —dijo

Jeanie con impaciencia—. Me gustaría que se casara.

—¿De verdad? —dijo Rosemary bruscamente.

—Claro, a los dos nos gustaría. ¿Verdad, abuela?

—¿Que si queremos que Paul se case? —la señora Pyne suspiró—. No hemos sido unas casamenteras muy acertadas.

—Mirad, soy feliz —dijo Paul pasándoles las bebidas.

Rosemary se inclinó hacia delante y dijo deliberadamente.

—Pero señora Pyne, ¿no se sentiría Jeanie terriblemente celosa de su madrastra? ¿No debería estarlo una adolescente?

—¿En su subconsciente? —le dijo Virginia, articulando la palabra con disgusto con su boquita bien formada.

El señor Gibson se sentía muy raro. Su rostro permanecía impasible pero estaba convencido de que Lee Coffey, Theo Marsh y todos ellos podían leer a través de su piel.

—Aquí llega Ethel, ¿eh? —dijo Lee—. ¡Oh, amigo! ¡Esta dichosa Ethel!

—Jeanie quiere verdaderamente a Paul —dijo la señora Pyne.

—De todo corazón —saltó Jeanie—. ¿Cómo puede pensar ella eso de mí, si ni siquiera me conoce? Y yo conozco las verdades de la vida. Llevo cuatro años intentando casar a papá. Perfectamente a sabiendas —estaba resplandeciente.

—Pero Ethel lo sabe todo, ¿verdad Rosemary? —dijo el conductor del autobús y le guiñó un ojo.

—No creo que sepa mucho sobre los adolescentes —dijo Jeanie—. Somos un grupo muy inteligente.

—Es cierto —intervino la señora Boatright—. Hay que adquirir la práctica de oír a los jóvenes. Sigue, querida.

—Hasta hemos oído hablar de Edipo —dijo rápidamente lanzando a la señora Boatright una mirada de orgullo—. No somos estúpidos. Le pregunto a todos ustedes ¿qué será de papá cuando yo me vaya? Y me iré, algún día.

—Y yo —dijo la señora Pyne asintiendo tranquilamente.

—Si no tiene a nadie, se encontrará perdido —continuó Jeanie—. Es un hombre terriblemente cariñoso.

—Estas mujeres... me fastidian —dijo Paul con ojos repentinamente inescrutables. El señor Gibson probó su bebida. Era fría y sin sabor, pero de repente le supo deliciosamente.

—Bueno, claro —dijo Rosemary maliciosamente—. Ethel tiene también sus ideas propias sobre las pobres ancianas impedidas, señora Pyne.

Paul parecía muy enfadado.

La señora Pyne levantó la mano, como para impedir su cólera y sonrió.

—Pobre Ethel —dijo—. Bueno, debe vivir su vida lo mejor que

pueda y pensar en algo que la consuele, supongo. No se ha casado nunca. No tiene hijos. Su experiencia de la vida es muy limitada.

El señor Gibson exteriorizó su asombro.

—¿Ethel limitada? Nunca había pensado en eso.

—No creo que tenga mucha relación con la gente auténtica —dijo la señora Pyne—. Es decir, con otras personas.

De otra forma, ¿cómo podría juzgarlos en bloque?

—No mira..., no sabe ver —dijo Theo Marsh.

—Son un grupo salvaje y maravilloso —dijo el conductor dando palmadas en la mano de Virginia.

—Si los considera uno por uno, y así es como me gustan —Virginia se echó a reír.

—Aún así —dijo el señor Gibson, aclarándose la garganta—. Ethel ha triunfado en su carrera profesional. Ha sabido afrontar los hechos toda su vida (se le había soltado la lengua. Estaba casi disfrutando de la reunión). Mientras que yo, he sido el que ha tenido una existencia más limitada. Un poco de poesía. Un remanso académico. Incluso durante la guerra, yo...

—¿Cómo puede leer poesía y no percibir el mundo? —dijo Lee indignado—. ¿Sabe quién está verdaderamente limitado? El tipo que no lee nada más que el periódico, que no observa nada más que sus propias palabras y luego ve la televisión por la tarde. Sólo trabajan por el dinero, lo único que se compran con ese dinero es un coche o una chuleta, hacen lo mismo que creen que hace el vecino y no se fijan en el universo —se echó hacia atrás y se tomó su bebida a pequeños sorbos—. Yo nunca he conocido a nadie así.

—Habré leído algo sobre esa gente en el periódico —dijo Theo Marsh.

—¿En qué guerra estuvo, señor Gibson? —preguntó Virginia.

—¡Oh!..., en las dos guerras. En la de Corea ya era muy mayor...

—¡Ah, sí! —dijo Rosemary con cariñoso sarcasmo—. ¡Ha tenido tan poca experiencia! Sólo dos guerras. Ya lo ven. Luego vino la Depresión, los años en que estuvo cuidando de su madre, cuando le pagó los estudios a Ethel. Y eso fue una debilidad por parte suya, ¿verdad? Los años que ha dedicado a la enseñanza..., ¿quién los cuenta? Ethel, no. No sé por qué. ¿Por qué cuando un hombre ha sido útil durante cincuenta y cinco años de su vida y es generoso y bueno...? ¿Por qué Ethel se empeña en hacerle parecer tan ingenuo y tan...

—¿Inocente? —sugirió el señor Gibson, con los ojos apretados (lo estaba pasando maravillosamente).

—¿Remansos? —saltó Theo Marsh— ¿Qué quiere decir con eso? ¿En qué cree que consiste la vida? ¿En ver aparecer su nombre en los periódicos de la ciudad? ¿En asistir a las reuniones de sociedad?

—No, no, los hechos —dijo el señor Gibson—. La maldad. La gente que te clava un cuchillo por la espalda. Los egoístas y los ladrones...

—Por favor —el pintor le hizo detenerse con un fuerte gruñido—. ¿Por qué se dice que es un hecho lo que es detestable y desagradable? Yo creí que la palabra hecho era otro nombre que se le daba a la verdad. Y las verdades diabólicas puede que lo sean..., pero la verdad no es igual a la maldad. Le diré una cosa: no se puede pintar un buen cuadro si no se refleja en él la verdad.

—Ni tampoco escribir un buen poema —dijo el conductor del autobús—, o dar una clase como es debido. Ni ganar un duro honradamente, ¿saben?, creo que él es un inocente —miró a su alrededor de forma beligerante.

—Creo que es un cielo —dijo Virginia cálidamente.

La señora Boatright asentía juiciosamente.

—Theo —dijo—, me parece que el Club de los Martes te escucharía con atención si hablaras de este tema...

—¿Por ciento cincuenta asquerosos pavos? —dijo Theo—. ¡Bah! ¡Esos tacaños!

El señor Gibson intentó enérgicamente no divertirse tanto. Allí, junto a Rosemary, en aquella habitación limpia, confortable y encantadora, donde la verdadera anfitriona era aquella elegante dama en su silla de ruedas, donde todas aquellas personas que estaban realmente vivas, abrían su mente. No, no, debía recordar que tenía que afrontar las consecuencias de sus hechos.

A veces, sin embargo, pensaba con un estallido de placer, no podía negarlo, que existían compensaciones. Eso era lo divertido. Este grupo de personas, la forma en que hablaban con él, cómo discutían con él, le contradecían, intentaban estimularle; él les gustaba, se preocupaban por él, luchaban con él contra el 386 destino y le inculcaban su propia fe..., eso le conmovía y le hacía sentir música en el corazón. Pensó que ningún hombre había vivido nunca una experiencia tan maravillosa como la que él estaba experimentando el día de su suicidio.

Pero este placer era sólo robado. Tenía que irse. Tenía que enfrentarse a lo que ocurriera, y que no sería música, indudablemente.

Empezó a levantarse.

—Espere un minuto — Le dijo el conductor del autobús—. Escuchen amigos…

—¿Sí, Lee? —dijo alerta la señora Boatright.

—Si vamos a hablar libremente no nos vamos a quedar en lo superficial. No se vaya todavía, Gibson. Quiero que me conteste a una pregunta que me tiene preocupado. Rosemary…

—¿Sí, Lee?

El señor Gibson se sentó. Estaba temblando. El conductor del autobús era un hombre astuto, a su manera.

—Vamos a ver. Ethel opina que usted en su subconsciente quiere librarse de él. Es así, ¿verdad? Dígame, ¿qué razón dice ella que tiene su subconsciente para hacerlo?

Rosemary se puso colorada.

—¿Ella descubrió una razón?

—Sí —repuso Rosemary—, claro que lo hizo —Rosemary se puso a hacer girar el vaso con los dedos—. Estos casamientos nunca salen bien, ya sabe. Kenneth me lleva veintitrés años. ¿No es terrible? Ethel cree, que subconscientemente… yo debía desear a un compañero más joven —finalizó con tono tranquilo pero a la vez desafiante y valiente.

—¿Cómo quién?, ¿eh? —dijo el conductor del autobús con los ojos vivarachos y sus rubias pestañas alertas. El pintor se sentó. La señora Boatright, de repente, tenía el aspecto de ser muy dulce y tranquila.

—Como Paul —dijo Rosemary.

—Ahora estamos llegando al fondo —le dijo el conductor del autobús muy satisfecho.

—¡Ajá! —exclamó el pintor.

—¡Oh, vamos! Escucha, Rosie, tú sabes que… —dijo Paul completamente rojo.

—Creí que lo sabía —dijo Rosemary y le sonrió.

—Si vamos a hablar abiertamente —intervino Jeanie claramente —, me parece bien. Les diré una cosa. Es demasiado mayor para mi padre.

El señor. Gibson sintió que le invadía una oleada de agitación.

—¡Rosemary, demasiado vieja!

—A él le gustan regordetas, con unos cinco años más y cinco centímetros menos que yo —dijo Jeanie descaradamente—, por lo que yo he deducido basándome en mis experimentos. Al menos, hasta ahora.

—Bueno, tú..., cállate, por favor —dijo Paul, que estaba muy violento—. Lo siento, Rosie, pero al fin y al cabo tú eres su esposa. Realmente, yo...

—No te preocupes —dijo Rosemary amablemente. Su rostro, al levantarlo, estaba sereno—. Has sido muy amable, Paul. Has tratado de consolarme. Me decías que no me preocupara. Pero soy demasiado vieja para ti, naturalmente... Además eres..., perdóname Paul querido..., eres un poco aburrido para mi gusto. Ya ves. Me gusta un hombre interesante.

—¡Bien! —dijo Theo Marsh complacido—. Eres una mujer inteligente.

—Sólo que Ethel no quería creerlo —le dijo Rosemary tranquila y triste—. Es algo tan simple. Lo cierto es que me casé con el hombre que amaba.

El señor Gibson, mirando su vaso, vio los dedos, delgados y rubios de Rosemary acariciando su propio vaso.

—Sin embargo —dijo el señor Gibson, saliendo de su ensimismamiento, intentando hablar fríamente aunque un poco alterado—, aún así, es posible que yo represente para Rosemary, como dice Ethel, la imagen de su padre.

Rosemary le miró con dulce extrañeza.

—De mi padre, no —dijo tranquilamente—. Desde el día en que nací, mi padre fue demasiado miserable, autoritario, injusto, mezquino, vicioso e infantil. No quiero parecer desleal, pero esa es la verdad. Kenneth no se parece en nada a mi padre —les explicó a todos con sencillez.

—De todas formas es un poco ridículo —dijo el señor Gibson locuazmente (esta era la reunión más extraña que había visto)—. Yo tengo cincuenta y cinco años, ya lo ven. Para mí, estar enamorado por primera vez en mi vida, es muy... cómico, en cierto modo, hace que la gente se ría.

—¿Reírse? —dijo Virginia—. ¡Claro!, ¡porque es hermoso, es agradable verlo!

—Yo hubiera dicho... que se reían de mí.

—¿Quién se ríe de usted? —gruñó el conductor del autobús.

—Nada de eso —dijo el artista—. Yo me enamoré el invierno pasado, y si alguien se hubiera reído de mí, le habría escupido en los ojos. Seguro que lo hubiese hecho.

Todo el mundo le creyó.

—¿Cómo llegó esa Ethel a influir tanto en ustedes dos? —preguntó el conductor del autobús—. ¿Cómo llegó a inquietarles eso? Cualquiera puede ver que están ustedes enamorados —era un hombre amable y duro al mismo tiempo.

—Yo era cobarde como un conejito —dijo Rosemary—, debía

haberle escupido a los ojos. Yo tengo la culpa.

El señor Gibson se encontraba exhausto pero también muy tranquilo.

—Yo también —dijo—. Pero yo soy viejo. Estoy cojo. Me siento inseguro… y soy terriblemente estúpido. Dejé que ella me trastornara. Es culpa mía. Yo soy el culpable —quería llorar. Bebió con ansiedad.

—Mientras que nuestro Paul —dijo el pintor— es tan hermoso como el héroe de una revista. Es tan bueno como hermoso. No quiero ofenderle en absoluto. Sería el sexo, supongo, según la mortífera Ethel.

—Eso está bien, mortífera Ethel —dijo con enfado el conductor del autobús—. Eso es muy apropiado.

—Seguramente la gente sabe cuándo está enamorada —dijo Virginia y se mordió los labios.

Rosemary se echó hacia atrás con una pequeña y amable sonrisa en el rostro.

—¿Sabe una cosa? Hay un hecho que nunca se tiene en cuenta, ni en las revistas ni en las películas… que yo he visto. ¿Por qué quieres estar en el mismo sitio que alguien está? ¿Por qué? No puede ser sólo porque ese alguien sea guapo (aunque Kenneth lo es, y mucho). Tampoco puede ser sólo porque sea joven. Para mí —siguió hablando y mirando a la lámpara que había junto al sofá—, lo más importante de todo es cómo lo pasáis cuando estáis juntos, y no me refiero al sexo. Sin embargo —Rosemary tragó saliva y continuó—, ¿me comprenden? Quiero decir… disfrutar de la compañía mutua. Lo hemos pasado tan bien… como nunca lo había pasado antes. Nos reíamos juntos —se inclinó hacia adelante con repentina viveza—. ¿Por qué la gente no habla de eso como si fuera algo atractivo? Lo es. Es algo poderosamente atractivo. Creo que es la atracción más fuerte de todas.

—Y la más permanente —dijo la señora Pyne, suavemente.

—Absolutamente de acuerdo —dijo la señora Boatright—. O la raza no podría soportarlo. Todas las amadas esposas no usan la talla treinta y ocho —se balanceó ligeramente con indignación sobre sus amplias caderas.

—Mm… —dijo el artista—. Mi cuarta esposa… fue una compañera deliciosa, todo el tiempo. Y aunque no tuviera unas caderas perfectas, es a la única que echo de menos…, es un dato —parecía estar levemente aturdido.

—Yo… estoy de acuerdo —suspiró Virginia. El conductor del autobús deslizó los ojos bajo las pestañas.

El señor Gibson batiéndole vivamente en las venas… y con vergüenza y dolor también, pero con una férrea determinación, decidió que el resto de aquello era un asunto particular suyo aunque

les quisiera mucho. Sí, claro que les quería a todos ellos... Cogió a Rosemary de la mano y se levantó.

—Muchas gracias a todos por lo que han hecho y dicho. Pero ahora nos vamos —dijo con una sencillez que creó repentinamente una sensación de intimidad.

—Si pudiera rezar por nosotros... para que aparezca el veneno...

—Lo haré —le prometió.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien —dijo Paul avergonzado y nervioso.

—¡Oh, eso esperamos todos! —exclamó Jeanie.

La señora Boatright señaló:

—La Policía aún puede encontrarlo. No debemos subestimar esta institución.

—Puede estar en un montón de basura en algún vertedero y nunca volverá a saber nada de él. ¿Se da cuenta? —añadió el pintor.

—Por favor..., sean felices —dijo la enfermera. Toda su personilla fría y responsable se deshacía en lágrimas sentimentales.

El conductor del autobús dijo seriamente:

—Hay un montón de libros estupendos que han sido escritos en la cárcel. Quiero decir que los muros de piedra no...

—Me acordaré de eso, Lee —dijo cariñosamente el señor Gibson. Porque aquel hombre era el que había sacado el tema. El único que había establecido al principio que no había bombones. Ahora, desde luego no le estaba ofreciendo ninguno.

El señor Gibson pasó una mano por la cintura de Rosemary y la condujo fuera de la casa.

Dejaron allí a siete personas.

—¡Es un cielo! —sollozó Virginia—. Es un amor..., ¿no podemos salvarle? Pensad todos.

Los siete se quedaron en aquella habitación en silencio, callados y tristes, pero seguían luchando.

El señor Gibson y su esposa Rosemary, caminaron muy lentamente hasta el final de la terraza. Bajaron los escalones y cruzaron la doble entrada de coches. Eran las seis menos cuarto. Hacía una tarde maravillosa. Pasaron junto a los relucientes cubos de basura. Más allá de los escalones de la cocina había un arbusto y el señor Gibson empujó suavemente a su esposa hasta el extremo de aquella mata verde familiar a dónde no daba ninguna ventana.

La tomó en sus brazos y se acercó a ella. La besó despacio y luego volvió a besarla, no tan despacio. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Te acuerdas del restaurante, Kenneth?

—Sí, sí.

—¡Cómo nos reímos! Pensé después de que resultaras herido que no podías..., que no te acordabas.

Pero el dolor que recordaban ya estaba muy lejos. Ella suspiró simplemente.

—Recuerdo también la niebla —murmuró él—. Dijimos que era hermosa.

—Pero no nos referíamos a la niebla, ¿verdad?

—No —la besó una vez más, muy tiernamente—. Es un argumento pasado de moda, ratoncito, ¿verdad? Un malentendido. Pero bueno, yo soy un hombre que está pasado de moda.

—Te quiero tanto —dijo Rosemary—. Pase lo que pase, no me dejes.

—Pase lo que pase —prometió. Era un asesino. Debería dejarla, aunque no lo hiciera «realmente». Había amargura y había dulzura.

Pocos minutos después, le hizo dar la vuelta poco a poco y empezaron a subir los escalones que llevaban a la puerta de la cocina.

21

Ethel Gibson volvió aquella tarde a la casita poco después de las cuatro. Se estremeció al ver las puertas sin cerrar. Todo abierto de par en par y vacío. ¡Qué gran descuido de su hermano! Sin embargo, podía estar en casa de los Townsend, justamente al otro lado de la entrada de coches. A Ethel no le apetecía ir a reunirse con ellos, si estaban allí. Tenía el día mentalmente organizado y no quería romper su plan por una reunión social e inesperada.

Se quitó el traje de chaqueta veraniego y entró en la cocina. ¡Qué desorden! Desde luego, el orden era algo esencial en una casa tan pequeña. A Ethel no le gustaba vivir en aquella casita, un apartamento daría mucho menos trabajo. Pensaba que se mudarían a algún otro sitio antes de que pasara mucho tiempo. Apretó los labios. La lechuga estaba colgando de un armario abierto. El pan no estaba puesto ordenadamente en la panera. El café y el té deberían estar en los estantes. El queso debía estar en la nevera. Una bolsa de papel verde, ¿qué sería? Una botella pequeña de aceite de oliva. ¡Es importada! ¡Demasiado cara!

Movió la cabeza y empezó a guardar las cosas en su sitio. Lavó la lechuga adecuadamente y la puso a escurrir. Puso el queso en su compartimiento de la nevera, tiró la bolsa de papel al cubo de la basura y puso las latas y las botellas en el armario.

Entró un momento en el cuarto de estar, lo suficiente como para conectar la radio. Oír música era para ella un hábito. No le prestaba atención, pero notaba su ausencia.

Después se retiró a su habitación (y la de Rosemary). Cepilló la ropa de trabajo y la colgó. Se puso un vestido de algodón. Después se tumbó en la cama para descansar. La música le llegaba de lejos. Cuando hablaban en la radio, no escuchaba. Nunca escuchaba los anuncios. Repasó mentalmente su primer día en aquella oficina. Aquel trabajo serviría. Se había dado cuenta de que ya había captado algunos indicios de las motivaciones escondidas de su jefe. Preveía una vida ordenada, útil y valiente en aquella tranquila ciudad. Sería excelente para su salud. Se quedó medio dormida.

El teléfono la despertó a las cinco y cuarto. La casa aún estaba vacía.

—¿Sí?

—Le llamamos de los laboratorios Townsend —dijo una voz femenina—. ¿Está el señor Gibson ahí?

—No, no está.

—¿Sabe dónde está?

—No, no lo sé. Me figuro que estará aquí a la hora de la cena.

—¿Cuándo? —la voz se desvanecía débilmente.

—A las seis menos cuarto.

—Está bien, ¿podría decirle que llame sin falta a este número?

Ethel apuntó el número.

—Es algo importante —dijo la voz, desvaneciéndose de nuevo como si estuviera misteriosamente agitada.

—Se lo diré —contestó Ethel, con dulzura.

Ethel colgó. Estaba ligeramente preocupada. ¡Qué desconsiderados! La consideración era la primera regla que se debía cumplir en una familia como ésta. Rosemary debería haber vuelto, no podía tardar. ¿Dónde podría estar Ken? No podía imaginárselo. Bueno, sí podía. Probablemente estaría perdido con un libro en la biblioteca.

La cena era a las seis menos cuarto.

Empezaría a cenar.

Ellos sabían a qué hora era la cena.

La radio seguía funcionando. Se sentía un poco molesta en aquella misteriosa soledad y la apagó, molesta por la situación.

Fue a la cocina y empezó a preparar la cena. Sería muy sencilla. A Ethel le parecía bien poner espaguetis para cenar. Los de aquella marca eran baratos. Alimentaban y se hacían fácilmente. Vertió la salsa que había comprado en una sartén. Luego lo pensó mejor. Había que mejorar las salsas ya preparadas, lo sabía muy bien. Troceó finalmente una cebolla y la echó a la salsa. No era buena cocinera. Había estado comiendo durante años lo que le ponían delante en los restaurantes. La comida era la comida. O era cara o era barata. Entonces se dio cuenta de que debía haber salteado las cebollas. ¿Y si lo hiciera con el aceite de oliva? ¿Para qué lo habría traído Ken, de todos modos? En la botella no había suficiente para aliñar una ensalada. A Ethel no le gustaba en el aliño. ¡Se había arreglado tanto tiempo comprando aceite vegetal barato! Seguro que no era para la fruta. No, seguro que habría pensado que el sabor del aceite de oliva iría bien en la salsa de los espaguetis. A lo mejor había sido un capricho de Rosemary.

Hizo una mueca pero cogió la botella y le quitó el tapón. La volcó en la sartén. Esperaba que no supiera demasiado. Fregó la botella y la puso boca abajo para que escurriera. Ethel llenó un cacharro grande de agua para cocer la pasta.

Empezó a cortar la fruta para una ensalada. Dudaba de que la lechuga estuviera en condiciones. Ya eran las cinco y treinta y cuatro minutos y todavía no había llegado nadie.

Ethel empezó a poner la mesa en el comedor que había en un lado del cuarto de estar. Desde allí podía ver la entrada de coches. Oyó el coche de Paul y le vio entrar con un gran cargamento de gente

que empezaron a bajar del coche precipitadamente. Ethel apartó la mirada. No se rebajaría a espiar a los vecinos. Tendrían una fiesta, supuso. La palabra fiesta para ella expresaba algo ligero. Una pérdida de tiempo, una charla inútil. (Nadie había invitado a Ethel nunca a una fiesta.)

Ahora ya estaba la mesa puesta. El agua hervía. La salsa ya estaba preparada. Bajó el fuego. Mezcló la ensalada.

Cuando el reloj marcó las seis menos veinte, Ethel se sintió enfadada. Echó la pasta en el agua hirviendo, se fue al cuarto de estar y se sentó de espaldas a la mesa para observar el reloj que había en la pared opuesta. Haría punto durante nueve minutos.

Entonces la comida estaría lista. Ellos deberían recordarlo y tener consideración. Ella siempre era considerada.

A las seis menos once minutos se fue a la cocina. Oyó sus pasos.

—¿Dónde diablos habéis estado? —dijo Ethel vivamente—. Veo que venís juntos...

—Sí —dijo el señor Gibson—, estamos juntos.

Estaba un poco sorprendido de ver a la misma Ethel de siempre allí, de pie, con su aspecto habitual, robusta y segura de sí misma.

—La cena está preparada, exactamente a su hora —dijo Ethel—. Vamos, tenéis el tiempo justo para lavaros. No tienes que hacer nada Rosemary, ya lo he hecho yo todo. Ahora ve a la mesa mientras escurro esto y lo mezclo con la salsa.

—¡Vamos! —dijo Ethel indulgentemente.

Cruzaron dócilmente la cocina, pero se besaron en el vestíbulo.

—Ella no sabe... —dijo el señor Gibson con asombro.

—No, no parece saberlo. No están diciendo tu nombre en la radio.

—Bueno, debemos decírselo.

—Sí...

—No es fácil.

—No —la dulzura era tan suave.

El señor Gibson dejó marchar a Rosemary y él fue a su propia habitación. Ahora le parecía antigua. Le recordaba su anterior forma de vida.

¿Podría tener libros en la celda?, pensó. Lástima que no pudiera tener allí a Rosemary. Debía enfrentarse a la realidad. Enfrentarse a la locura malvada. Enfrentarse al amor. Enfrentarse al hecho de ser amado.

Se lavó, reflexionando y pensando que Ethel tenía razón. Al menos en cierto modo. El no había visto claramente sus propios motivos. Lo había racionalizado. Había querido remediar mentalmente con una filosofía barata una herida palpitante de su corazón. Aunque tampoco era así de sencillo. No obstante podían habérsele comido los

gusanos..., bueno, ahora sabía algo más. Sabía que había abandonado sus creencias con demasiada rapidez. Debería haber confiado más en sí mismo.

Ethel les había hecho dudar a los dos de sí mismos, pensó. Nos inculcó el terrible sentimiento de que una persona no puede confiar en sí misma. Que no sirve de nada intentarlo. Una duda semejante a ésta, empleada juiciosamente y en cantidad, puede ser un tónico y una medicina. Pero si se toma demasiado, y se traga ciegamente en un mal momento, puede alterarle a uno completamente.

Era una cosa peligrosa.

Se encontró con Rosemary en el vestíbulo. Sus manos se tocaron. Atravesaron el cuarto de estar para ir al comedor.

—Sentaos, niños desobedientes —dijo Ethel con grave indulgencia y benevolencia. Sus ojos inteligentes les contemplaban. Pronto sabría dónde habían estado.

Se sentaron. Ethel sirvió las raciones de espaguetis de aquella masa humeante que había en un recipiente de madera.

—Confesad, ¿qué habéis estado haciendo?

—Ha habido un pequeño lío —dijo el señor Gibson. Miró los espaguetis sin sentir ningún apetito.

Rosemary cogió nerviosamente el tenedor.

—Te lo contaremos lo mejor que podamos —empezó a decir. Su querida Rosemary era lo suficiente valiente como para intentar ayudarle a contárselo.

—¿Supongo que habréis estado hablando? —dijo Ethel, echándoles una de sus miradas—. Bueno, queridos, no es mi problema y no quiero entrometerme. Es privilegio vuestro tener vuestros pequeños secretos.

Rosemary dejó el tenedor bruscamente.

—Cualquier decisión que me afecte —dijo Ethel amablemente—, estoy segura de que me la diréis.

—Sí —dijo Rosemary firmemente.

El señor Gibson se vio en los ojos de Ethel, como un cordero, bondadoso, inocente. El soltero de nacimiento, sin esposa, viviendo su vejez con su afectuosa hermana soltera. Estaba destinado a eso. No era cierto.

—Estamos muy enamorados, Ethel —dijo serena y firmemente—. Rosemary y yo.

Las pupilas de Ethel giraron y puso los ojos en blanco. Pero retorció la boca con diminuta incredulidad, y sus ojos velados estaban asombrados. Pero no habló.

—Lo que hemos dicho es que... —insistió Rosemary.

—¿Qué...?

—Lo que hemos dicho es exactamente lo que queremos decir,

Ethel.

—Estoy tan contenta —exclamó Ethel con una agitación que sonaba falsa—. Pero no dejemos que se enfríe la cena...

No les creía. Su rostro permanecía inexpresivo, pero el señor Gibson tuvo una visión de sus pensamientos, retorciéndolos y luchando por descubrir el significado «real» que había detrás de las palabras que él había dicho... Hasta que estuvieron tan enredados... como un cacharro lleno de espaguetis. No podía tragarse aquella sustancia. Sin embargo, sería mejor que se tomara la cena o si no ella se ofendería. Dio la vuelta al tenedor.

El tenedor de Ethel se hundió en los espaguetis.

De repente, oyeron a gente chillar. Asustados todos miraron hacia la ventana.

Seis personas habían salido al porche de Paul y venían gritando cruzando la entrada de coches.

—Gibson, ¡eh!, ¡eh! —gritaba el conductor del autobús.

El señor Gibson se precipitó a la puerta principal rápidamente, cojeando y todo. Se sentía terrible y asombrosamente contento de verles. La vida inundó de repente la casa cuando entraron en masa. Lee Coffey llevaba a Virginia cogida del brazo. Después entre Theo Marsh, ágil y con el rostro arrugado, y la pequeña Jeanie saltando flexiblemente debajo de los brazos gesticulantes del pintor. Y luego estaba Paul sujetando la puerta para que la señora Boatright hiciera su aparición como si fuera un transatlántico.

—¡Lo hemos encontrado! —gritaron todos.

—¡Todo está controlado! —decía a gritos Lee, agitando una hoja de papel—. Los marines han llegado a tierra. ¡Al fin lo conseguimos! —exclamó golpeando enérgicamente la espalda del señor Gibson—. No tenga remordimiento, no va a haber ningún muerto, ¿dónde está...? —susurró.

—Cuéntenoslo —gritó Rosemary por encima del ruido—, uno de ustedes...

—Jeanie. ¡Esta chiquilla! —bramó Theo Marsh—. Esta Jeanie es tan buena y tan inteligente que me tengo que postrar a sus pies. Estoy loco, loco, mi vida, mi trabajo —le arrebató la hoja de papel al conductor del autobús.

—¿Pero qué?

—Bueno, díganselo —insistió la enfermera. Entonces ella se lo dijo—. Jeanie fue la que le pidió a Theo que dibujara la cara que había visto.

—Y lo hizo tan bien —gritó Jeanie fulgurante—, que la abuela la reconoció.

Pusieron el papel ante las narices del señor Gibson. Eran unos pocos trazos a lápiz. Un rostro, una belleza en resumen.

—Mamá dijo que era Violette —gritó Paul—, y yo no podía creerla. Nunca me di cuenta de que era tan condenadamente hermosa.

—Tener ojos… y no ver —dijo monótonamente el pintor. Tenía los pelos de punta. Sostenía el papel con ambas manos y lo movía suavemente atrás y adelante—. ¿No ha trabajado nunca de modelo? —canturreó en voz baja—. ¡Qué nariz tan perfecta!

—Pero ¿qué ha pasado? —carraspeó el señor Gibson.

—Virginia llamó a casa —explicó Lee excitado. A casa de esa Violette o como se llame. Y era esta Violette. Había allí una hermana suya y esa hermana dijo que sí, que ella lo cogió.

—¿Su hermana lo…?

—Violette lo tenía —gritó Paul—. Se ha ido a las montañas. Se lo ha llevado con ella. Pero la señora Boatright llamó a la Policía…

—Ella es amiga de los altos cargos y les dijo lo que tenían que hacer, estupendamente —continuó Lee dándole un manotazo en los hombros a la señora Boatright—. ¿Eh, Mary Anne?

—Van a detener el coche —dijo tranquilamente la señora Boatright—, o el camión, o lo que sea. Les dimos el número de la matrícula, un informe completo. La organización es muy eficaz —la señora Boatright estaba sonriente como un Santa Claus a pesar de su calma.

—Así que ya lo ve —susurró Virginia—. No va a usarlo en el camino. ¿Cómo podría hacerlo? Así que está salvado.

Ethel estaba allí de pie.

—Además —dijo la señora Boatright, mirando a su alrededor como si estuviera en un comité—. No creo que haya motivo en absoluto, puesto que no ha ocurrido ninguna desgracia, para más diligencias. No se servirá a la justicia con la publicidad o con un castigo. El señor Gibson no va a suicidarse. Nunca volverá a repetir tampoco una cosa como la que hizo. Creo que he convencido al juez Miller… Si no es así, lo haré.

—Ya lo ha hecho —gritó Lee—. Se lo metió en la cabeza, Mary Anne. Créame, estuvo estupenda. Bien esta lo que bien acaba. ¿Eh? ¿Eh?

—¿Eh? —dijo Theo uniéndose a ellos.

Rosemary lanzó un pequeño gemido de alivio y tambaleándose, se dejó caer en una silla.

—¿Hay algo de coñac? —dijo la enfermera con ansiedad, observando aquel derrumbamiento con mirada profesional.

Ethel permanecía de pie. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. No entendía nada.

—El coñac está en la cocina, en el armario de la izquierda sobre el fregadero… Su rostro adoptó una sonrisa afectada y de sociedad. Esperaba que la presentaran a todos ellos.

Pero la enfermera se fue corriendo a la cocina, llevando a Lee Coffey cogido de la mano.

Sonó el teléfono y la señora Boatright avanzó suave y velozmente a su manera para coger el aparato.

Fue Theo Marsh el que se volvió, con los codos hacia afuera, la barbilla adelantada, la mirada traviesa y dijo en voz alta:

—¿Así que esta es Ethel? ¡Mortífera Ethel!

—Ciertamente —dijo Ethel, poniéndose roja—. ¿Quién es toda esta gente?

El señor Gibson, al que le temblaba todo el cuerpo, se dejó caer también en una silla. Se dio cuenta de que Ethel no sabía qué hacer. No estaba al mismo nivel que los demás. No entendía sus rápidas conversaciones. Además, la habían insultado..., pero él no podía hablar; el condenado había sido salvado y sentía un hormiguillo en los oídos que le impedía articular palabra.

—Íbamos a decírtelo dentro de un momen... —empezó Rosemary, tosió ligeramente y se calló.

Se produjo un silencio pues todos acaban de darse cuenta sorprendidos: ¡Ethel no sabía nada!

La señora Boatright hablaba por teléfono:

—Sí, aquí es, puede darme el recado.

¿Del laboratorio? ¡Ah, sí!, ya, pero ya lo han encontrado, y no ha habido ninguna desgracia..., ¡ah, sí!, ¿lo hizo?... No, no podrá saber en qué momento..., ya entiendo. No, nunca estuvo perdido entre el público. Sólo fue un error.

En la cocina, la enfermera encontró el brandy con rapidez, pero entonces Lee la abrazó con arrojo y permanecieron allí abrazados. Una bolsa de papel verde estaba encima de los desperdicios del cubo de la basura. La botella que tenía la efigie del rey Roberto estaba puesta boca abajo, en el mostrador, pero ellos estaban hablándose al oído y no mirando el paisaje.

En el cuarto de estar, Theo enseñaba sus dientes multicolores a Ethel (la señora Boatright estaba demasiado ocupada para impedírselo, pues estaba hablando por teléfono pidiendo que le enviaran un coche).

—¿Así que usted es Ethel en persona?

¿La muchacha sin retorno, la predicadora del destino, la psiquiatra aficionada?

Parecía que a Ethel le iba a dar un ataque.

—No comprendo —gritó ronca de ira—, por qué un perfecto fantoche, un viejo extraño, se permite venir aquí a insultarme. Hasta que alguien de esta habitación se muestre razonable, tengo la intención de tomarme mi cena que —levantó la voz como si fuera un lamento— se me está quedando fría.

Ethel no podía soportar que su horario fuera interrumpido, ni que se presentara ningún imprevisto. Fue hacia la mesa y se sentó de golpe, hundió el tenedor ciegamente en la masa de espaguetis ya bastante fría. Theo Marsh la siguió. Se apoyó en la pared para observarla, y ladeo la cabeza.

El señor Gibson sentado en la silla del cuarto de estar parecía estar recobrando sus sentidos. Los ojos se le aclararon. Había digerido ya las noticias, la fabulosa sorpresa. Estaba salvado. Era libre. Amaba y era amado y nadie iba a morir a causa del veneno, y reconocía que las oraciones son realmente atendidas, en lo que se refiere al ser humano, y miró a su alrededor con placer para percibir el calor del hogar: su querido hogar.

Y se le cortó la respiración.

—Rosemary —gritó—. ¿Qué es eso?, ¿qué hay en la repisa de la chimenea?

—¿El qué, querido? —Rosemary, que se había levantando, agitada por la alegría, se movió, borracha de satisfacción—. ¿Esto? Cogió un ovillo de cuerda color mostaza y lo levantó en la mano—. Aquí hay dinero —dijo con asombro—, en el sitio donde estaba el jarrón azul.

Entonces el señor Gibson, con todos sus sentidos trabajando más rápidamente que lo habían hecho en toda su vida, se apresuró aterrorizado, lanzándose como un jugador de rugby entre Paul y Jeanie pasando junto al cuerpo de Theo Marsh para quitarle a su hermana el tenedor de la mano.

—¡Violette ha estado aquí —gritó.

—Realmente, Ken, no sé qué decir —exclamó Ethel—, pero te habías dejado todas las puertas sin cerrar y podrían habernos robado... —estaba lívida de rabia.

—¡Aceite de oliva! —gritó—, ¡una botella de aceite de oliva! ¿Dónde está?

—En la salsa —dijo Ethel—. Supuse que lo habías traído para la salsa. ¿Te has vuelto loco? —le preguntó fríamente.

En ese momento, la enfermera y el conductor del autobús llegaron rápidamente, pisando fuerte.

—¿Qué es esto? —dijo Virginia. Tenía en una mano un vaso de coñac y en la otra una botella pequeña de cristal vacía, que agitó para que la vieran.

—¿Y esto? ¿Eh? —dijo Lee Coffey resoplando, enseñándoles la bolsa de papel verde.

—Aquí está —dijo el señor Gibson—. ¡No lo toques Ethel, es un veneno mortal!

—¿Veneno? —dijo ésta reaccionando.

El señor Gibson vació los espaguetis de los tres platos en el bol, y después lo cogió con mano firme.

—Debió de ser Violette quién me llamó en el autobús —les dijo—. Tenía que ir al banco. Recuerdo que me lo dijo. Tomó el autobús para ir y volver. Me habló la segunda vez cuando vio que me lo dejaba en el asiento. Sabía que era mía, y la trajo cuando vino a devolver el ovillo de cuerda.

—Es tan honrada… —dijo Rosemary aterrada.

—¡Ya está! —gritó Theo—. ¿Tiene el veneno ahí?

—Está aquí. Ha estado aquí toda la tarde —dijo el señor Gibson y cogió el recipiente con ternura y fue a sentarse sosteniéndolo en su regazo e inclinando la cabeza.

—Tenemos que informar a la Policía —dijo la señora Boatright, secamente, pero con profundo placer.

—Todos somos unos héroes —afirmó el conductor del autobús.

Pero Jeanie Townsend, la niña heroína, estaba allí con todos los héroes y se estremeció.

—Pero ¿por qué la señorita Gibson no sabía nada del aceite de oliva envenenado? —preguntó—. Yo oí que lo decían… en su radio. En esa que está ahí.

—Yo…, no entiendo…, ¿qué veneno? —dijo Ethel levantándose y tambaleándose—. No lo entiendo. ¿Qué es eso del aceite de oliva?

—Llamaron del laboratorio hace un rato —dijo la señora Boatright severamente—. Estaban haciendo lo que debían. Habían descubierto que faltaba el veneno. La Policía aún no había ido por allí. Pero seguramente, hablarían de que su hermano había sido el único que tuvo la oportunidad…

—Yo cogí el recado —dijo Ethel con voz pastosa—. Nadie mencionó… ¿veneno? ¿Ha tomado Ken veneno? —los ojos le daban vueltas.

—Iba a suicidarse —dijo el conductor del autobús confidencialmente—. Pero lo ha pensado mejor.

—¿Suicidarse?… ¿qué? Por favor…

—Lo ha pensado mejor —intervino Rosemary agitada—. ¡Oh!, cariño, ¿de verdad lo hemos encontrado?

—Aquí mismo —dijo el señor Gibson—. Lo tengo —apretó los dedos tensos. De repente, Rosemary tenía un aspecto angélico, como si fuera a echarse a volar hacia el techo con grandes alas.

—Un…, un momento —dijo Theo Marsh. Miró a Lee Coffey—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Pólvora?

—¡Pólvora! ¡Pólvora! —gritó el conductor del autobús—. Ya lo entiendo. Y está cogida en su propia red —agitó un brazo en el aire.

—¡Eh, Eh! —dijo Theo—. Será mejor que analicemos esto. A ver Ethel… —dio una vuelta alrededor de ella—. Naturalmente, sabrá que

todos nos movemos en virtud de las fuerzas del subconsciente. Bajas y primitivas, ¿eh? (había copiado los «eh» del conductor del autobús).

Ethel parecía estar completamente atontada.

—¿Dice que no «oyó» el aviso? ¡Eh, eh, eh! —el artista produjo un sonido triste—. Pero, querida, el subconsciente lo oye todo. Usted ya lo sabe. Entonces, ¿llamaron del laboratorio, pero no le dijeron nada? ¿Y usted tampoco lo preguntó?

—Es una historia muy verosímil. Está bien —dijo Lee jovialmente —. ¿Dónde estaba su subconsciente..., eh? Todos los hijos de Dios tienen subcons...

—Su subconsciente estaba atando cabos —dijo Theo, haciéndole callar—. Por lo tanto es evidente. ¿Verdad, Ethel? Usted quería matar a su hermano y a su mujer. Pudo haberlo hecho.

Ethel se le quedó mirando.

—Porque casi los mata, ¿sabe? —dijo Theo—. En esa salsa hay un veneno mortal. No intente decirnos que nunca quiso hacerlo —se metió los dedos en los ojales de la chaqueta. Parecía el sheriff de una película del Oeste.

—Yo... —gruñó Ethel—. No me habían avisado, no comprendo... Por favor —pareció recobrar la razón—. ¿Quiere decir que nos hubiéramos puesto enfermos?

—Se hubieran muerto —dijo el conductor del autobús.

—Ha fallado en esto —afirmó Theo—. Era evidente también que usted quería suicidarse —Theo se volvió al conductor del autobús—. Dígame, ¿cómo explica esto?

—Podemos imaginárnoslo —replicó el conductor del autobús con entusiasmo—. Vamos a decirle cuáles eran sus motivos.

—El sexo —dijo Theo, aguzando el ingenio.

El señor Gibson permanecía silencioso.

Rosemary dijo indignada.

—No sigan. Déjenla ya los dos.

—Subconscientemente... —empezó a decir el artista, examinando a su víctima con su mirada brillante y maliciosa.

—¡Theo! —avisó la señora Boatright.

—¡Lee! —dijo Virginia exactamente en el mismo tono. El conductor del autobús hundió los hombros, moviendo los brazos hacia afuera con un gesto que parecía implorar su perdón. Pero estaba sonriendo.

Sin embargo, el señor Gibson observaba a su mujer con adoración. Amada mía, pensó. Es verdaderamente amable y compasiva de corazón. Y si esto es inocencia, qué dulce es esta inocencia. ¡Qué hermosa! Rosemary estaba de pie junto a Ethel, defendiéndola fieramente.

—Ethel no escucha las palabras cuando oye la música. Se ha

acostumbrado a no hacerlo. Seguramente no habrá oído el aviso. No estaba intentando matar a nadie. No tenía intención de hacerlo. No podía tenerla. Habría sido un accidente. Y ustedes lo saben —desafió al artista—, y no sea usted tan mezquino, vamos.

—Rosemary —dijo Ethel desesperadamente, acercándose a ella—. No entiendo esto..., honradamente. Yo no quería hacerle daño ni a ti ni a nadie..., palabra.

—Claro que no —dijo Rosemary, acariciándola como si estuviera consolando a un niño pequeño y asustado—. No hagas caso a estos payasos. Vamos, yo no creo que quisieras hacerlo, Ethel.

El señor Gibson pensó confundido: Rosemary y yo tenemos que intentar ayudar a la pobre Ethel..., pobre, valiente, infeliz Ethel, desleal y defraudada por el amor. Durante un minuto o dos le pareció que se iba a desmayar. Parecía que todo el mundo le estaba contando a Ethel toda la historia y él no podía aguantarlo. Se reanimó y se encontró que estaba sentado todavía en la silla, sujetando fuertemente con las manos el bol de comida envenenada.

Miró a su alrededor.

Ahora Ethel estaba sentada sola.

La señora Boatright estaba al teléfono diciéndole a la Policía exactamente lo que tenía que hacer ahora (y lo harían, sin duda).

La pequeña enfermera, al no encontrar nadie a quien le interesara el brandy, estaba en el suelo, sentada junto a la silla de Ethel bebiéndoselo pensativamente a pequeños sorbos.

El conductor del autobús y el pintor se frotaban las manos; el artista literalmente saltaba arriba y abajo con intelectual deleite y seguía murmurando para sí.

—No se debe juzgar, ¿eh? —dijo el conductor del autobús—. El mordedor mordido. Amargo mordisco.

Jeanie había ido corriendo a la puerta como un rayo, hacía un momento (ahora lo recordaba) gritando: «Voy a decírselo a la abuela.» Y Paul, que la había estado abrazando debido a su alegría, abrazaba ahora a Rosemary (a cualquiera, a cualquier cuerpo suave que se encontrara. El señor Gibson lo comprendió perfectamente).

El abrazó el bol que tenía en la mano y pensó con deleite: ¿Quién hubiera podido imaginar una escena como ésta?

Pero no lo contempló mucho tiempo. Sosteniendo aún el cacharro, se unió también a la celebración.

Un coche de Policía había entrado por la rampa, y un agente se bajó de él.

Era joven, y no estaba muy seguro de para qué le habían mandado allí. Se acercó a la puerta de la casita. Antes de que pudiera llamar fue conducido velozmente al interior de la casa con un tremendo clamor de bienvenida, empujado por un hombre pequeño y

robusto de ojos danzarines. Este hombre llevaba a una mujer morena y de ojos alegres cogida con su otro brazo. Ella también estaba sonriendo y ayudaba a mantener, equilibrado entre ellos, lo que parecía ser un bol de madera lleno de espaguetis. Ambos retrocedieron al unísono como una pareja de bailarines y le invitaron a entrar.

En el pequeño salón había un caballero delgado y atractivo hablando en voz baja por teléfono.

—Está bien, cariño, es cierto. Todo está bien y pronto volveré a casa. (El policía no podía ni imaginar que estaba hablando con su suegra.)

En el cuarto de estar, un caballero viejo y tieso con una camisa rosa silbaba desentonadamente a través de los dientes y andaba majestuosamente con sus piernas delgadas, dirigiendo entusiásticamente la mole majestuosa de una matrona con una chaqueta beige y blanca, mientras bailaban un vals. Ella pisaba ligeramente.

Otro hombre, con una chaqueta de cuero, estaba agachado con el propósito de besar a una rubia nórdica pequeña y fría que estaba sentada en el suelo. Algo que había en el vasito de cristal le cayó por el cogote, pero no le importó.

El policía captó todo esto con la mirada. Había ido allí, suponía, para hacer preguntas.

—No sé mucho de esto —confesó, mirando a la mujer de mediana edad, sin atractivo, que estaba sentada en medio de toda aquella alegría, quieta y afligida, con la mirada fija en la alfombra (como si hubiera sufrido una gran impresión, pensó).

—¿Es ésta —dijo aparte con pena— la que no tuvo cuidado con el veneno?

El hombre de la puerta dudó.

—No, fui yo. Pero afortunadamente... Pase, pase —dijo el señor Gibson cordialmente—. Ahora ya estoy bien.

Créditos

Título original: *A Dram of Poison*
Charlotte Armstrong, 1956
Traducción: Teresa Recio
Editorial Forum, 1983
Colección: Círculo del Crimen, 22
ISBN: 978-84-85604-47-0

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford/Rbear*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura